Manuel Alvar

El envés de la hoja

* El envés de la hoja *

MANUEL ALVAR

EL ENVÉS DE LA HOJA

DIPUTACION PROVINCIAL
INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»
ZARAGOZA

Publicación núm. 873
de la
Institución "Fernando el Católico"

I. S. B. N.: 84-00-05166-1

Depósito legal: Z-923-82

IMPRESO EN ESPAÑA

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza

A mis amigos Luis Rosales y Félix Grande, que se divertían con mis andanzas, y encima las publicaban.

Para el estímulo que me dieron, yo quisiera acuñar una moneda, nunca usada, a la que llamaría amistad.

EL ENVÉS DE LA HOJA

El dialectólogo hace treinta y cinco años que patea la ancha y áspera piel del toro ibérico. Recoge palabras y ama a las gentes que las pronuncian. A veces piensa que ya está bien, que los mozos se tiren al monte y que él debe empezar a descansar. Pues ir siempre como un azacán de un sitio a otro ya pasa de la raya, que parece un zascandil y que tanto va el cántaro, etc. Y si no que recuerde cuando le dio un cólico en Visiedo, o se rompió los huesos en Motril, o le picaron las hormigas en el Amazonas. Esto es verdad y toda la verdad. Pero si uno tiene culo de mal asiento, no puede posarse porque salen indignas dolencias. Lo malo es que cuando el dialectólogo mira hacia atrás, recuerda cosas que creía olvidadas, y las siente vivas en su piel, como si el desconchón le hubiera levantado túrdigas, y sobre la carne, apenas con un asomo de sangre, cayera el ácido de los limones. Y esas cosas —¿será que se hace viejo?— le llenan de emoción y le traen gustos remejidos hasta la boca. Y piensa en las gentes con las que habló y los paisajes que vio y los pueblos que detuvieron sus pasos. Sí, el dialectólogo ha aprendido que el hombre no es el yo más su circunstancia, sino que es yo en mi circunstancia, bien cobijado en ella, o la circunstancia dentro del yo, si todo esto cuadra y no se convierte en galimatías. Por esas cosas cree que le alegra contar lo que ha vivido y dar —que nadie se atreva a pensar vanamente—, dar, sí, un poco más de vida a todos esos hombres que él buscaba y quería que fueran analfabetos. El dialectólogo tiene un humilde y denostado oficio: quiere ser escribano de quienes nunca escribieron. Y quisiera identificarse con gentes —lo siente ahora— que lo hicieron feliz y le enseñaron esa bella y agridulce condición que es la de ser hombre. Por eso, en muchos kilómetros de raíl y en muchas millas de viento, ha

ido recordando, por si acaso la fatiga le lleva a poner un punto final a estas cosas. Y se ha asomado a los días caliginosos de un verano pirenaico cuando aún tenía veintiún años, y a estos otros días, húmedos y tristes, de otro verano, cuando un hijo suyo le ayudaba en la tarea de acrecentar cuadernos. Entonces creyó que sería dulce y suave poner contrapunto a las asperezas y ascetismos de la dialectología. Porque el dialectólogo —así lo cree él— tiene una delgada membrana alrededor del corazón y hora es de sentirla, aunque la faz se trueque y los nobles —y discretos— varones se lo denigren. Pero también se acuerda que un día en Salzburgo un colega de muchas campanillas lo presentó como a un bicho raro y, en vez de hacer apologías, se limitó a leer unos poemas del insólito pajarraco.

Estas líneas son la justificación del título: esa otra faz, que el dialectólogo acalla cuando trabaja y que, sin embargo, se acurruca, temblando y emocionada, detrás de la membrana que hay —ya lo ha dicho— rodeando el corazón para que la sangre no se vacíe.

INSTITUTO GOYA

Aquel curso habíamos comenzado una semana más tarde. Yo oía hablar de un gran desconocido al que los mayores llamaban Unamuno. Unamuno se había jubilado y todos le rendíamos homenaje. Durante aquella semana aprendimos a ir a las preparatorias, desde la calle de Aguadores —tan lejos, casi en el río— hasta el que había sido colegio de los jesuítas. El niño iba a descubrir una ciudad nueva, la que estaba más allá de la plaza de la Victoria. Porque el niño venía de un barrio proletario con escuelas del Ayuntamiento y el Instituto se convertía en la gran aventura familiar: no cruces la plaza de Aragón, vente por detrás de Capitanía, no te montes en la trasera de los tranvías... Y así la ciudad se le iba engrandeciendo. A veces rodeaba la puerta del Carmen: con sus agujeros de metralla, con su única bola, en las piedras se podían aprender lecciones. (Muchos años más tarde, entraba en un autobús. Y oyó una voz agria. A ver cuándo tiran este armatoste, que sólo sirve de estorbo. Y el niño, sin saber cómo, había resucitado entre las piedras. Detrás, erguido —flamante, agresivo, enjurioso— un convento de ladrillo rojo. El niño sintió como el latigazo de una blasfemia. En el hombre más que maduro se habían levantado unos ojos grandes y despavoridos que, tantos años hace, pasaban bajo la puerta camino del Cabezo.) Y es que aquí, al querer leer lo que no alcanzábamos, los muchachitos de nuestra escuela nos sentíamos héroes de los Sitios. Por cualquier rincón se podían aprender lecciones: Casta Alvarez, Cerezo, el tío Jorge... Todo un mundo que nos cercaba. Y el púlpito de San Agustín. Sí, junto a la casa de la abuela en la calle de Palomar. Y el eco de la guerra aún temblaba en su recuerdo cuando llegó la otra, la de verdad, la de los aviones, y las carnes maltrechas, y los sacos terreros en el Paseo. El niño había

empezado por el descampado donde la toponimia aún no se había convertido en motivos ocasionales. Paseo de los Plátanos, o de los Cubos, o de las Damas. Sí, allí, en el de las Damas, a pedrada limpia vio por vez primera a Fernando Lázaro. ¿Tú de qué sección eres? Yo de don Rafael. ¿Y tú? De don Inocencio. Eran las preparatorias del Instituto, el día aquel que en el tablón, habían puesto unos pocos nombres, para que el Goya se les abriera por años y años. Allí empezaba a desenhebrarse el hilo que trata de ovillar ahora. Eramos dos compañeros de las preparatorias, los dos únicos que —juntos— acabaron siete años después; los dos únicos que —juntos— concursaban a un premio de doctorado catorce años más tarde; los dos únicos que —juntos— se encaraban en un estrado académico cuarenta y dos años más tarde.

El Instituto Goya no tenía locales. Empezamos en el colegio de los jesuítas, íbamos y veníamos. Otros compañeros vivían en el piso alto en una residencia que allí mismo dirigía un profesor de latín. Y allí supimos de días difíciles, cuando Cebrián nos protegía de otras violencias. Meses después, las cosas fueron distintas. El Instituto se nos hizo pequeño. Arriba había soldados heridos, hasta por los pasillos. En el barandal, una venda blanquísima colgaba teñida con sangre reciente. Y el runrún ensordinado se iba extendiendo: son defensores de Huesca, ¡qué va! si son italianos de Guadalajara, ¡anda éste! si está mi primo herido en el estrecho de Quinto. Eran nombres que sonaban y que ahora resuenan entremezclados sin precisar su perfil. Salía una caja a hombros de falangistas y la llevaban cubierta con dos banderas. Ahora vendrán los moros y esos sí que sí: se agazapan y zas, zas, el tiro no les falla. Venían los moros y vendían sus rapiñas: sábanas y máquinas de coser. Los ojos de los niños se desorbitaban atónitos. Es la guerra. Y a veces les sacudía un terror de crueldades: aquel guiñapo que paseaban grotesco ("porque quise matar al cura") o la mujer rapada con un colgajo patriótico, o el éxodo de los que huían. Carros cargados de enseres, de animales domésticos, de gentes hacinadas. Ya están en Pina y esta gente escapa de Alfajarín. Alfajarín, donde estaban los recuerdos de la más tierna infancia: el castillo, la grajera, la escuelica los zapos. Era un vivir en zozobra y una angustia de familias escindidas.

Nosotros pasábamos sustos cuando veíamos temblar a los profesores y Baratech nos decía pegaros a las paredes. Hasta que —otra

vez— la sirena nos liberaba de congojas. Pero el Instituto Goya no tenía locales. Nos fuimos a la Plaza del Museo. Aún estaba el quiosco modernista que el rencor insaciable de la ciudad ha llevado hasta Dios sabe dónde. Nosotros entrábamos en el primer piso. Arriba estaban las chicas de Comercio, pero —según crecíamos— nos bajaban a los sótanos. Allí venían Gella y don Pedro Gómez; sí, Amador todavía e Ibarra. Y Allué, don Miguel, tan risueño, pero ¡cómo se puso el día que echamos polvos de picapica y bolas de malgüele al auxiliar de ciencias! Eran años piadosos y crueles. Rezábamos en clase y sabíamos del horror. Fue por entonces cuando yo vi un muerto. En el último bombardeo habían matado a una compañera nuestra del Servet. Nos llevaron al depósito de Medicina. Y yo recuerdo, como si pudiera tocarlos, unos cabellos erizados de muñeca barata, y unas costras de sangre en la nariz y en los dedos que se crispaban y una boca entreabierta.

Pero el Instituto no tenía locales. Un día, apareció un emblema de aviación y nos tuvimos que volver a marchar. Ahora ya no podríamos jugar a la pelota, ni ver a las chicas de Comercio, ni asomarnos al Museo. Ahora íbamos a la vieja Universidad. La Universidad estaba en la plaza de la Magdalena. Allí había otro Instituto, el Servet. (No dejes la calle Mayor, cuida al cruzar la calle de Alfonso, vente por la calle de la Hilarza, que es más estrecha que la de Predicadores.) Pero no, en la de Predicadores, cuando volvíamos, frente a la cárcel vieja, ponían "El Noticiero", y sabíamos, a retazos cosas de las que en casa no se hablaba: la muerte del Papa, un catedrático que se llamaba Giménez Soler, el sabio don Miguel Asín.

El Instituto Goya no tenía locales. Ahora entrábamos por un callejón sombrío. Después, por la plaza. La vieja Universidad era lóbrega. Nosotros rompíamos zapatos contra los guijarros, mientras Norberto, el conserje, nos miraba sonriente, y Navarro, el bedel, nos decía que eso del miedo es libre y que él cogía el que le daba la gana y que a miedoso no le ganábamos ninguno y que ya estaba bien de bombas y que...

Pero la guerra nos había traído compañeros nuevos. Ya no eran aragoneses como nosotros, sino castellanos, y valencianos y hasta un peruano. Los nuevos eran pronto iguales que nosotros. Menos aquel empollón, tan limpio siempre, tan sin despeinarse,

tan distante. Le pusimos una zancadilla. Se levantó sereno, borrando las huellas de la mugre. ¿No veis que con mi peso podíais hacerme daño? Aquel día —desarmados por su bondad— fue nuestro amigo. Aquí está, fraterno casi cuarenta años más tarde. Tal vez siga llamándose Félix Monge.

Pero la guerra nos había traído profesores nuevos: eran Moreno Alcañiz y Baratech y Blecua. Cada uno de nosotros buscó arrimo según sus preferencias. Y un día Blecua bajaba las escaleras de la Plaza del Museo: iba con la boinilla que puso de moda entre nosotros y liaba un pitillo. Me han dicho que quieres estudiar literatura. Sí, señor. Tendrás que trabajar mucho. Sí, señor. Si quieres yo te ayudaré. Sí, señor. Al muchachito de quince años se le habían roto los celajes de su noche, y la luz le inundaba. (No, aún no, el muchachito no debía saber nada del Tintoretto.) ¡Qué bárbaro! ¿Y dónde has aprendido tanta mitología? Pero mira, así no se escribe. No, señor, así no se escribe. Oye, no pierdas el tiempo en estas letras góticas tan difíciles. No, señor, no perderé el tiempo en esas letras góticas tan difíciles. Y los días pasaban.

En clase se oían cosas nunca escuchadas, y los ojos escudriñaban en las librerías de viejo. Un día a solas el mozalbete buscó la calle de la Libertad. Allí, en un barrio dudoso, con olor a aceite quemado, con letreros ambiguos, con una linde en lo aún permitido, buscó la librería. Era una tienda pequeña con una especie de fresquera en la puerta. Los libros estaban marcados y eran asequibles: unas pocas monedas tintineaban en el fondo del pantalón. Con ellas el mozo compró los dos primeros libros de su vida: *La gloria de don Ramiro* y *Dos discursos y dos ensayos*. Eran nombres que ya empezaban a sonarle: Larreta, Unamuno. En el Sopena de casa, buscaba palabras y palabras que ignoraba. Eran unos tientos que nunca terminan y un camino que sólo acabará con los últimos pasos. El librero era un hombre menudo y de pocas palabras; se apiadaba siempre del mozuelo y le devolvía unas monedas. Fueron pasando los años y aquel hombre menudo y de pocas palabras resultó ser un hombre bueno. Se cambió de aposento en el mismo barrio, y el estudiantillo ya podía buscar otros libros. Era un día luminoso de mayo; volvía a Zaragoza y fue al encuentro de su amigo el librero: tengo aquí un Madoz completo y se lo puedo dejar a duro el tomo. Eran los primeros

libros para sus nuevas andanzas. El librero sabía muchas cosas, y las visitas sólo se interrumpieron con las ausencias. Las palabras no eran demasiadas, pero se sentía el gozo de la amistad. Cuarenta años después aquel mozo de entonces quisiera ser lo que Inocencio Ruiz le puso en una dedicatoria. Ojalá, aunque lo fuera para un solo hombre. Y, a cada viaje, la misma pisada sobre la reja de la bodega o sobre la tarima de la tienda. Y, sin mediar palabras, el librero corrige el precio y se lo ofrece al amigo, como cuando contaban una sobre otra las perras gordas con las que pagar el libro, y siempre faltaba alguna para redondear la cuenta. Ahora el gesto tiene un emocionado sentido: es el tributo cordial a dos hombres, jóvenes un día, y que, sin darse cuenta, siguen encontrándose, con pocas palabras, con una sonrisa abierta, en el amor compartido a la letra impresa.

El Instituto se alargaba en la librería. Había que hacer un pequeño desvío, y siempre se encontraba algo. Don José Manuel, me he comprado... Sí, es un libro bueno. (Siempre se compraba el que don José Manuel había dicho la mañana anterior y el maestro fingía no recordarlo.) Era una sabrosa peregrinación que no ha terminado. El viento dispersó la trama del vilano y la flor escapaba cuando los dedos la pretendían. Lo que el muchachito fue aprendiendo estaba en las clases, en la modestísima librería y en aquellos compañeros del Goya. Mucho habían cambiado las cosas: aquellos días han dejado huellas en el alma y traen soles ardientes y ásperas hojas de maíz. Vuelvo a los días en que la adolescencia se rompía y veo a lo lejos el mar. La noria se levanta en un cercado calvero; la mula —*con los ojos vendados*— da vueltas y vueltas. Hace un calor rasposo, como de hojas dilatadas de higuera, y zumban mil insectos amodorrados. Tengo en los labios una hoja arrollada de cañavera; el blanco tierno sabe a dejo dulzón; atravieso la bráctea con la vaciada oquedad y un barco verde se desliza entre la canal de ladrillo. Sigue chirriando el malacate y el agua mana fría y transparente. Voy siguiendo mi improvisado batel; se precipita al surco abierto. Las cañas de maíz son más altas que el muchacho, y el agua sigue manando. Asperas hojas lastiman más que acarician, las barbas rojas de la mazorca atosigan el respiro y el penacho de flores blancas tiene un gusto insípido. Es un verano de guerra todavía. Entre estos maizales mataron a dos hombres que huían y quedaron tendidos, hasta que

las cañas secas se quebraron, porque aquel verano nadie las segó. Me tiendo entre dos surcos y los dedos conforman el barro que va naciendo. Hay un calor de congoja y un aire que no respira. La lombriz agujerea la tierra recién humedecida y los siete puntitos de la mariquita trepan por la caña verde. Dos hombres muertos hasta que se descubrieron entre los palotes amarillos. Y el agua. Y el zumbido y la modorra. Aún dura el verano, pero pronto acabará. Un camión de soldados —por Morella— me devolverá a casa. El Instituto, tan vacaciones inesperadas y llenas, tan sorpresas descubiertas junto al mar. Será ya quinto. No, más de tres veces quince y se volvía —de nuevo— al Goya. Un día —absurdo otoño en primavera— volvieron todos juntos, pero habían nacido palabras nuevas: polución, tráfico, huelgas. Y hubo maestros que, por culpa de las palabras, ya no pudieron acercarse. Seguían otras caras, con gesto de fatiga que caía al querer de la sonrisa; había un cendal sutilísimo que transparentaba el recuerdo de todos. El Instituto Goya tenía ya locales, ¿para siempre locales?, y los hombres de cabellos blancos, de espaldas que empezaban a encorvarse volvían a la casa que ya no era suya. La casa donde se buscaban las paredes amigas, las risas amigas, los sustos amigos. La casa, y el recuerdo de la modesta librería y el de los años de la guerra y el del verano de milpas junto al mar.

SALAMANCA LA BLANCA

Eran años malos aquellos de 1944. Los trenes renqueaban, los fríos aterían, los calores agostaban y las carreteras estaban llenas de baches. Más o menos como siempre. Porque en este país nunca pasa nada. Nada bueno, claro, porque el carpetovetónico se inclina más bien hacia los desmanes y el desafuero. Son maneras, se entiende, de amenizar el aburrimiento y la inercia. Salamanca era un pueblo que estaba en una geografía que no lindaba con el valle del Ebro. ¿A Salamanca dice que va? ¡Vaya destino! El malhumorado taquillero era nieto del cuevachuelista antañón y predecesor del hogañero. Salamanca, Salamanca, ¿de verdad que es un mal destino? ¿Se me habrá perdido algo en Salamanca? Y el tren hipaba sin fuerzas: la estraperlista metía las cebollas bajo el asiento y las patatas, en el retrete; las botellas de aceite daban plenitud a sus glúteos y las talegas de harina cachondeaban robusteces de hurí. El mozo aquel se asomaba a ver el nombre de las estaciones y le gritaban: ¡a ti qué coño se te ha perdido! Y era verdad. Antes de llegar a nombres sonoros —Pancorvo, Quintanillabón, Briviesca, Bureba— por las ventanillas de los vagones cargaban o descargaban extraños bultos. Porque, también debe ser cosa de la Bardulia ésa, subir y bajar por los estribos resulta monótono y es poco solazante. Los cierres de guillotina tenían su arriscada emoción y la cortinilla al viento simulaba largas cambiadas o recortes de capote. Era la tauromaquia por la Celtiberia, ¿sabe usté? O a puerta gayola, si bien le cuadra. Que todo vale. Eso, a puerta gayola, con chiquero abierto y percal flameante, que queda muy bien escribirlo. Mientras el mozo daba vueltas a Salamanca, su destino, venía la gitana escorada, culiblanda, repeinada y tetihenchida (bueno, también tumbaguera y fluflujosa), la gitana del crío mamantón y la mantelería de encaje: o me la compra

o me da una limosnita. Y venía el tío aquel del monito baila un poquito (y el mono, con alopecia en el peluche, amagaba y se izaba cuando la goma cedía), el mono que escruta el futuro y adivina las cartas; quién quiere un número a gorda la carta o a peseta la tira. Los oros de la suerte para los pobretones, las copas con elixires aromáticos para las doncellas casaderas, las espadas para el bizarro militar harto de chuscos y de imaginarias, los bastos para los hombres que tienen mujer ventanera o hijas correnderas. Ay lagarto, lagarto, con la cola de esparto; lagartija, lagartija, con la cola de lija. A gorda la carta y a peseta la tira. Un caramelo de menta para la casada sedienta, otro de naranja para la vieja borracha y el tercero de limón para la niña que se rasca en el rincón. El premio, ahí es nada, galletas, tofes y garrapiñadas. A gorda la carta y a peseta la tira. Manos blancas dan el corte y el tísico renegrido va en busca del agraciado. El día pasaba y la tarde venía. La noche era ya —¿se dice?— un manto de llanto y el tren seguía renqueando. Un trasbordo y otro y Medina la del Campo. Medina era el tercer cambio. Pero el viajar enseña que los ingenieros de caminos, canales y puertos, no tienen ni puñetera idea de la geografía. Colocan estaciones de parada y fonda en los sitios más inhóspitos de la híspida piel de toro: que si Venta de Baños y Redondela, que si Selgua-Barbastro y Cortes, que si Bobadilla y Moreda. No cabe más frío, ni más calor, ni peor café, ni más mala leche. Oiga, ¿lo dice por el ingeniero? Que no hombre, que no, que es por los polvos de yeso con que blanquean la cebada tostada. ¡Ah, que si por eso...!

Salamanca la blanca, será por la rima, que lo que es por la acogida. Salamanca. En la estación dos bandos enfrentados, mismamente como Capuletos y Montescos, gallistas y belmontistas, conservadores y progresistas. La voz se alzaba como un quiquiriquí agresivo (¡caritas!) y otra voz era un opaco cocorocó de desafío (¡carotas!). Incruentas y sonoras batallas, para atraerse al estornino asustadizo que caía en aquel vaya destino. Pero una lluvia meona enturbiaba el ambiente en el que aún se dibujaba el húmedo calor del vaho. Era el catorce de abril y garujeaba espesando telarañas en los ojos. Habacuc Ramos, tripas. La ciudad, entre gritos de combate, daba la bienvenida al forastero, sí, forastero; sin esos títulos tan bonitos de foramontano, de turista o de emigrante. Forastero y, ya, para muchos años. Gritos de combate,

amparados bajo el resabio bíblico; arcos triunfales para los redaños hispánicos. Salamanca la blanca y Roma la chica y Atenas de Occidente. Así cayeron Babilonia y Nínive: caritas, carotas, Habacuc y tripas. No se crea usté que esto tiene algún intríngulis: simplemente, la verdad. La verdad de unos cerretanos hirsutos dispuestos a llevar en sus tartanas al primer fugitivo que no supiera para qué había llegado a ese vaya destino.

Aquel recibimiento poco tenía que ver con años venideros. La gabarra de escaso porte fondeó la potala por aquellas aguas y el barquero se dedicó a contemplar sorprendido. Porque, al fin y al cabo, allí había ido —como tantos mozos en la historia— para ver si Salamanca daba algún envite a los empréstitos de natura, y piano, piano, se hacía bartolomico. Empezó, como era de rigor cuando la buena crianza aún se llevaba, por ver a los que iban a ser sus maestros. Otros le habían dado credenciales que aseguraban sus buenas intenciones y que sabía ya la lección aquella de amar y respetar a los que te enseñan tanto como al propio padre. Porque al padre uno no lo elige, pero sí al maestro a cuya sombra se arrima. Los años han ido pasando y la tierra, que unas veces pare hombres, otras los devora; y ahora piensa que Salamanca sin quienes le enseñaron las alquimias éstas de la historia y la filología es muy poca Salamanca.

El decano de la Facultad lo recibió en su casa. Tampoco aquí las cosas iban muy de acuerdo, pues lo que unos llamaban paseo de las Carmelitas, otros le decían avenida de Alemania. Debía ser por la grandeza del momento, pero, piensa, tampoco estaba bien repudiar a las monjitas para acordar imperios. Pero así son las cosas y lo paga siempre el nombre de las calles. Estas ganas de molestar no las curan los cerretanos, ni los várdulos, ni los bacceos, ni los edetanos, ni los (pare, hombre, pare, y deje quieta a la historia, que de ésa los celtíberos estamos siempre renegando). Pues bueno, en el número 26 del paseo (para los discretos y pensativos) o avenida (para los solemnes y vibrantes), le esperaba el decano. Las escaleras de la casa eran muy empinadas; en el primer remate, una vidriera con arco y cristales de colores; luego, primero derecha, la puerta buscada. Siéntese. ¿Es usted aragonés? Sí, me escribió su maestro, que iba a venir. Pero me parece que se equivoca. (El día seguía frío, llovizna inmisericorde, somnolencia de una noche toledana, desazones de lo descono-

cido.) Aquí es difícil aprobar. Notas, ¡ni hablar!: catorce años llevamos sin dar un premio extraordinario. ¿Sabe latín?, porque al padre Tal, a pesar de ser salesiano, lo suspendimos. ¿Y de historia? Porque ya me figuro que vendrá bien de literatura. (Los dientes castañeteaban. El frío estaba en el alma y en aquellas esperanzas que parecían perderse poco a poco. Estábamos en una sala grande, con un armario de comedor a la espalda del mozo, una mesa de camilla con faldas de fieltro verde. Lámpara y sillas.) Aquel hombre seguía implacable: no se preocupe, la paleografía es como saber escribir a máquina; ya la aprenderá si la necesita. Veremos el latín y la filología. Yo hace años que no voy a Zaragoza. Desde la guerra, no quiero salir de Salamanca. No merece la pena. (Los ojos del forastero se atrevieron a alzarse: frente a él había un hombre al que se podía mirar. Parecía tener cierta edad; para un mozo de veinte años, cualquier hombre parece tener cierta edad. En un rostro seco, la cabeza se alargaba, los ojos escrutadores se escondían tras las gafas, los labios se cerraban achicando voluntariamente la boca y los carrillos se hundían cada vez que tentaba el cigarro. Los santos románicos se parecían a aquella efigie. Grandes ojos redondos se abrían si la boca amagaba la sonrisa y los dedos —ya enrojecidos— cogían cuidadosamente las purnas de tabaco caídas sobre el tapete.) Al bajar, en la calle, el frío lastimaba y el temor era negro en las tenues esperanzas.

Ya salían juntos de la clase y caminaban amigos. A veces, el maestro detenía su paso y erguía una mano con el rígido índice de las estatuas. La sonrisa se abría lentamente y la admonición, cariñosa y severas apariencias, temblaba en el dedo, ay, don Manuel, don Manuel, que usted se condena. Y se hablaba de cosas nunca oídas; aún estaba la guerra al alcance de la mano (sí, Hedilla me quiso dar el nombre del delator, pero preferí no saberlo, ¿para qué odiar a nadie?). ¿Y en Zaragoza? Me resguardo en mis recuerdos. Usted no llegó a conocer a *La Chelito*. ¡Qué animalillo joven! Bailaba la pulga. La pulga que se escondía en el menor repliegue de la piel y juguetona retozaba sus cosquilleos. *La Chelito* en escueta y breve camisa. El Teatro Circo —¿aún dura?— se había hecho espeso, como una densa tufarada que pudiera cortarse. Se oía el tracatá de los latidos y se notaba el turbio rubor de la sangre. *La Chelito* había terminado con su inútil búsqueda

y pretendía retrepar a la cama. Cuchillos de agobiado silencio cortaban la rijosidad caliente. De lo alto del gallinero la voz sensata y realista del palurdo: maña, que no has meau. Zaragoza era aquellos hombres increíbles: Serrano y Sanz, Giménez Soler, Moneva. Zaragoza. No volveré a Zaragoza. Venga a buscarme a los italianos: me siento, veo gente que entra y que sale, oigo las únicas cosas que me interesan, escucho el silbido de la cafetera exprés, y es como si arrancara el tren, y me voy a estaciones en las que nunca recalaré. Hasta mañana, don Manuel. Y gracias por acompañarme. Adiós, don José María.

Ahora las calles eran de bajada. Allí esperaban los comedores estudiantiles. Todos los días la misma cosa y las mismas cosas. Los días habían caído implacables. Monótonos, de superpuestas semejanzas. Sin embargo, cada minuto igual, cada hora repetida, cada día calcado sobre el anterior, iban labrando una vida diferente. La tesis, las clases, las oposiciones. De vez en cuando, un quiebro. Mañana vamos a una dehesa con los curas portugueses. El clérigo se había separado del grupo y corría despavorido; con paso trotón y cochinero, la res se acercaba aburridamente: padre, no corra; que no es un toro, que es una vaca. Eu não tenho medo que me foda, tenho medo que me de com os cornos. Lejos el soto del lunes de aguas y, más lejos todavía, Salamanca la blanca. Un quiebro, a las veces. Y el fin de los años: aquí me deja usted. Dios sabe hasta cuándo. Las cartas, las visitas. Ramos en su soledad: sobre la silla, el Quevedo donde todos los días se leían unas páginas, y Sthendal. Son mi boletín oficial. Los años, que iban tomando un color herrumbroso de veleta inútil. Y Ramos enfermo. Ramos. Con qué dignidad sufre. Ramos. Desde Roma nuestra esperanza. Ramos. Al llegar a España: Ramos ha muerto. (¡Qué soledad en el último momento! Cuando de nada sirven las palabras enamoradas, ni el cariño recatado, ni el sarcasmo de las bromas. Se había ido con el mismo decoro con que se mantuvo en vida. Que no, don Miguel, que no, que en su casa la inteligente es doña Concha, no usted. Oiga, ¿y cómo lo ha adivinado? Sí, el día del destierro, en la estación estábamos tres amigos y aquel militar insensato que no quiso abandonarnos. Bueno, lo del paraninfo fue otra cosa. Sí, sí, yo conté cómo murió don Miguel. Y cómo lo enterramos. ¡Pobre España nuestra! Ramos quedaba, con las puntas del cuello sobre el sweter de lana. Con los ojos

insobornables. Con el dedo de palo que caía veloz para levantarse súbito. Con la sonrisa de hombre que comprende todo porque Sócrates ha muerto como quería.)

Oigo campanadas en las agustinas, o en la Veracruz, o en las úrsulas. Sube un retintín de plata y cae un redoblón de plomo. Todo cambia. La avenida vuelve a ser paseo, pero el ruido y el polvo y el humo espeso. Mira, aquí estaba la casa de Ramos. Aquí, en San Marcos nos separábamos. Y el tiempo, esa criatura enamoradiza, ha puesto una mano suave entre las mías.

MOSEN FELICIANO

Un sol de clemencia caía sobre el camino. Primero, una carretera de guijarros; luego, un polvo que se erguía como un vuelo de brujas o de pálidos trasgos. Allá adelante un hombre caminaba con prisa. El mozo sudaba, el mozo tenía sed, el mozo tenía seca la saliva en la lengua y en las comisuras de los labios. Llevaba un carpeta de gomas, un lápiz y una invisible mochila llena de presagios e ilusiones. Buenas, oiga, ¿cuál es el camino más corto a Banaguás? Eso será según donde usté vaya. Porque el cementerio está a la derecha y el camino de Araguás, todo adelante, y la iglesia, a la izquierda. Pues, mire, todo está claro, aunque yo no sé hacia dónde voy. Pero, si me ha dicho que a Banaguás. Pues eso, a Banaguás. El cartero miraba al mozo entre sorprendido y atónito: pues mal empieza usté, porque por la vida hay que saber adónde se va. Sí, claro, yo sé adónde voy, lo que pasa es que no sé cómo ir. El mozo debía tener aire de estornino, aún no llevaba gafas, que en aquellos años sólo las usaban los seminaristas; aún era flaco, que para eso dicen que eran los años del hambre; aún no usaba carpeta de clips y de plástico, porque todavía no las tenían inventadas. (O, si lo estaban, estos pagos andaban por lo del subdesarrollo.) Bueno, no se enfade conmigo, pero la verdad es que a lo mejor puede ayudarme. No sé cómo, si usté no sabe hacia dónde va, ni a quién busca, ni qué es lo que quiere.

(El sudor se hacía más espeso. Caían goterones que picaban en los ojos y que, recogidos en la punta de la lengua, tenían gusto a salitre, y que en la camisa blancuzca dejaban una huella espesa y oscura de barro recién hecho. La camisa iba empapada. La tela húmeda transparentaba unos pelillos débiles y ralos. Las alpargatas se ensombrecían poco a poco y los dedos del pie, al encogerse, sentían un roce áspero y amigo: eran las filásticas de cá-

ñamo, refrescadas por el tacto. El mozo apenas si sabía nada de los poetas persas e ignoraba entonces eso de las caricias eróticas que se encierran en la gruesa piel de los talones. Caminaban bajo un sol inclemente: si venía una racha de brisa, un frío húmedo cosquilleaba los sobacos y un retemblor sacudía la camisa y estiraba los dedos arrugados en las alpargatas.)

Pues sí, yo sí qué sé y qué quiero, pero, sabe, empiezo ahora, y no me han dicho cómo. Como no se explique mejor esto me suena a caldo de bolomagas. ¿De bolo qué? De bolomagas. Ah. (Bolomagas, bolomagas, bolomagas. ¿Me acordaré de bolomagas? ¿Quién sabrá qué es el caldo de las bolomagas?) Sí, sí, eso estoy hecho yo —y el sudor revertía de nuevo—, sí, un caldo de bolomagas. Pues, eso. Oiga, usté, si quisiera podría ayudarme. Claro, pero si no sabe qué quiere, ni a quién busca, ni qué hace, ¿cómo, coño, quiere que le ayude? Bueno, verá, yo quiero hablar con el alcalde. Pero ¿con cuál? Si aquí no hay alcalde. Bueno, pues con el secretario. Pero si no hay alcalde, ¿qué pinta aquí el secretario? También tiene usté razón. Pues con el maestro, pero ¡si está de vacaciones! Oiga, y cuánta gente vive en Banaguás, pues unos doce fuegos. Y ¿es el pueblo más chico? ¡Qué va! Asieso, Guasillo, Abay, Araguás aún son más pequeños. Pues, me he lucido. Oiga, pero no querrá V. poner un cabaret, porque eso ni en Jaca, y tiene obispo y todo. No, no, no voy a poner un cabaret. Por eso. Oiga, ¿y dice V. que hay obispo en Jaca? Y seminaristas y frailes y monjas, y obrador de chocolate y casino y fábrica de albarcas. ¡Ah! Pero ¿de dónde viene V.? De Jaca. ¿Y no le han dicho nada? Pues, sí, verá, mi amigo es hijo del amo de la fábrica de abarcas y, claro, me ha enseñado muchas cosas, pero no me acuerdo muy bien. ¿Y dice que V. conoce al de las albarcas? Me extraña porque ahora estudia en Salamanca. Sí, también yo, pero... (El cartero miraba con ojos incrédulos. Este mocé no me la pega. Por aquí, solo y con el calor que hace y con un amigo en Jaca. La desconfianza llegaba ya a los labios del cartero. La colilla seguía apagada en aquella esquina de boca mal afeitada y unos pelos más largos se mostraban rubiascos por la brasa del cigarro.) Oiga, ¿quiere que nos paremos en la higuera? El mozo creyó que era una alusión. Que no, hombre, que no, que es para secarnos el sudor: ve allí está el camino de la iglesia. ¡Ah, claro! Habrá cura, ¿verdad? Sí, el mosen está esperándome

porque todos los días le traigo *El Noticiero*. ¿Usté cree que podré hablarle? Hombre, claro, si yo le hago de sacristán los domingos. (Un recalcón en el hombro y la correa de las cartas se puso en su sitio. Asomaban las hojas de un periódico y en la esquina, con tinta negra, estaba el Pilar recortado en silueta. Luego, aún se veía, rojo, agresivo y petulante, ...*ero*. Al empezar la calle una parra dejaba colgar sus haces de pámpanos y sus zarcillos díscolos. El aire olía a lija en agraz. Una noguera grande se extendía sobre la cerca de piedras y dejaba, sobre el polvo, una sombra dura y unas manchas oscuras como de tinteros derramados.) Buenas, mosen. El cura con sus gafas, sus ojos vivos, su calva, su batón negro —desabrochado por el cuello— se puso en pie. Tome su *Noti*. Este mozo quiere hablarle, pero, no sé, no sé. Y hacía un gesto confidencial como quien atornillara algo ahí, entre la oreja y el rabillo del ojo. Adiós, mosen. Bueno, V. dirá en qué puedo servirle. Las palabras habían devuelto la confianza al mozo que empezaba a no estar hecho un lío, un timbre algo agudo, pero tranquilizador le llegaba de nuevo: Siéntese a la fresca del nogal, que no hace mal, aunque otra cosa digan. ¿Y V. llama nogal a este árbol? Sí, hombre sí, ¿pues cómo quiere que lo nombre? No sé, pero, a lo mejor, noguera. Claro, pero eso es de por aquí, yo soy de Ciudad Rodrigo. ¡No me diga! Yo vengo de Salamanca. Buen pueblo, ¿eh? Y de pronto los ojos del mozo veían piedras doradas, y plateadas filigranas y un paréntesis (Señor, ¿cuántos paréntesis después?) que se había cerrado cuatro o cinco semanas atrás. El mozo se había olvidado de todo y, como ahora, tantos años después, tan los ojos cansados, tan cabellos blancos, piensa en unas piedras doradas, y en aquellos doce zagalones —tres mozos, siete mozas y dos monjas— que se le habían colado en el alma. (¿Dónde estarán ahora? ¿Cuántos dados sobre el tapete verde? ¿Cuántos habrán entrado en el cubilete igualatario?) De pronto, una sonrisa le traía el recuerdo de aquel maestro (a ese sí, unos dedos huesudos lo recogieron como un dado), de aquel maestro medio socarrón y otro tanto escéptico, pero hombre entero y cargado de ciencia y de todo lo que no hace falta para arrastrar esta cochina vida: a mi lado, los mozos; el ganado rabón, donde quiera. (Y allí que se iban todos los que en aquellos tiempos se vestían por la cabeza.) Pues sí, buen pueblo la Salamanca ésa. ¿Hace mucho que no va V., mosen? Sí,

desde que se acabó la guerra de África. ¿Y por qué de África? Unas gotas —éstas no eran saladas, sino dulcísimas— ponían un eco de relente en los ojillos vivarachos. Y me dice V. que yo puedo servirle. Verá: quiero hacer un trabajo sobre el habla de estos pueblos. ¡Ah! vamos, ¿también V. busca palabras fartas? Bueno y ¿por qué dice también? Usted conocerá a Veremundo, el poeta cheso, y a Jorge Puyó, el ganadero, y a mi colega don José Pardo. Sí, a unos sí y a otros no, pero debía conocerlos, ¿no le parece? Ellos son los que más saben de por aquí y a veces me traen alemanes o ingleses para que les diga cosas, pero usté viene tan solo que me da pena. (Sí, sabe, yo todavía no gano y tengo que recurrir a la buena voluntad, y aún no tengo bicicleta, y... Bueno, bueno, que V. no tiene nada. Pues eso, no lo había pensado, pero debe ser eso.) Ande, siéntese conmigo y yo le llevaré luego por las casas.

Desde la piedra, junto al nogal, se veía una hermosa iglesia. El ábside circular tenía —en lo alto— una hilera de fajones. Mosen, ¿es románico con influencia lombarda? ¿Quién le cuenta a V. eso? No sé, lo oí a un profesor de arte. Contra mí: ¿Y sabe cómo se llaman las ventanas de esa casa? ¿No son conopiales? Pues, mire, me cae bien; le voy a ayudar. Por el pedrusco subía —veloz, larguísimo— un rimero de hormigas; arrastraban una brizna de yerba aserrada en el filo y remontaban cosquilleantes el dedo del mozo. Era una apacible compañía. No agredía, no se irritaba. Sobre el suelo, el mozo tendió la mano ahuecándola para no lastimar a sus amigas momentáneas. Le hacen pensar las hormigas, ¿verdad? Yo también pienso en ellas y me acuerdo de la guerra de África, con aquellos soldados —ennegrecidos y requemados— en lo alto de Monte Arruit. Fue una carnecería sin respeto a nada. Un silencio sobrecogedor se tendía sobre las hormigas. ¿Cuántas veces a lo largo de su vida, un silencio sobrecogedor habrá sido la única compañía del mozo aquél? Sin fajones lombardos, sin yerbecillas rasposas, sin hormigas acariciantes. Hubo que agacharse de nuevo: la carpeta había soltado las gomas y el lápiz rodaba indiferente.

Busco palabras. El otro día empecé con Blasa Iguácel en Bergosa. Apunté muchas. Ahora me gustaría seguir y a ver si sé hacer una tesis doctoral. Pica V. alto, ¿no? Es que hace muchos años que no hay cátedras de Instituto y necesito hacer algo.

Mis maestros de Salamanca me animan mucho y quisiera ver si me quedo de ayudante. Se llenaban hojas y hojas, las mujerucas se reían desdentadas y los hombres se enfadaban por la falta de respeto. Iban saliendo cosas y el mozo empezaba a conocer las peineteras y las manetas de dios, el olor de la alholva y el seco —bordón violeta— de la alfalfa, el sonido del truco y el de la carnalera, el segallo y el bucardo. Las palabras venían y venían. (Señor, ¿de dónde saldrán tantas palabras? ¿Qué misterioso éfeta empezaba a quitar los sellos de los sentidos? Allí, entre piedras de sol se había cerrado un paréntesis. Ahora —¿quién lo iba a decir?— estaba abriéndose otro y sigue alargándose, alargándose como la amelga de la besana, como las nubes estivales que se deshacen, como, sí, como la vida que un día pondrá el arco último al paréntesis abierto.)

Mosen, ¿me dejará volver? Hijo, venga V. cuando quiera. Es que, sabe, por la mañana doy prácticas en la Universidad y como no tengo bicicleta... (Con el bocado en la boca el mozo se escapaba de las tertulias.) Era un mundo fascinante el que le descubría mosen Feliciano. En hojas de calendario le apuntaba —día a día— palabras y más palabras; las papeletas del mozo crecían y soñaba con una tesis y con un libro y con ser dialectólogo. También, sí, también con ir por los pueblos de otras regiones y encontrar muchos mosen Felicianos... Pensaba en gentes buenas que le abrirían cofres de tesoros; palabras para ver el alma de los hombres, carteros con mensajes de gozo, árboles umbríos y regatos con agua clara. Pero todo requiere su tiento y ahora debía conformarse con lo que el tiempo encartaba; no podríamos decir que no diera gozos, pero en la noche, todavía no alumbraba más que algún fucilazo de vez en cuando.

* * *

Mosen Feliciano decía misa en Abay los domingos. Venga V. conmigo: tengo unas casullas del siglo XVI, que son maravillosas; pregunta V. a mis amigos y luego comemos juntos. Pero, mosen, ¿y la bicicleta? La tendrá, hombre, la tendrá. Era un domingo al mediar agosto. La mañana empezó con boira en Oroel y, ya se sabe, luego viene una especie de lluvia meona que se queda, cutio, cutio, en un desapacible calabobos. Era un día —agosto aún— en que el verano reviscolea. Un tiritón de vez

en cuando anuncia las aguas otoñales, las yerbecillas tapizan suavemente la tierra recién humedecida y los senderos se ocultan bajo gotas de relente sorprendidas en las flores retrasadas. Los dos hombres empezaron a pedalear. La lluvia ponía un tamiz sedoso delante de los ojos y el carril apenas dejaba ver su caminar serpeante. Los hombres, dale que le das, avanzaban despacio; si el camino se dilataba, corrían apareados; cuando se angostaba, el mosen se ponía detrás para que el mozo marcara su ritmo a los pedales. El agua iba calando y asomaba el rehilar del frío. A pesar de agosto, los dedos empezaban a aterecerse y el temblor de las manos hacía un zis zas, apenas perceptible, en el manillar. Las ruedas imprimían la huella, precisa y geométrica. Los dos hombres iban en silencio, pero uno y otro pensaban en lo mismo: ayer se supo. En Hiroshima había más de cien mil muertos, la bomba se había vuelto a ensayar en Nagasaki, y Japón se había rendido. ¿Oyó anoche la radio? Y un calofrío entró más hondo que el agua menuda, y el manillar hizo que las ruedas quebraran la línea pulcramente geométrica.

* * *

Los días actuaban de amigadores. El mozo subía ya otro piso, a la sala por empinados escalones; la sala con alcoba en la que justamente cabía una cama; sobre el velador redondo, una caja de laca. Fume, ande. Gracias, no fumo. En la caja, una cigüeña plateada; se oprimía un botón y se abrían las dos hojas de la tapa; la zancuda metía el pico por la hendija y su pico —toc, toc— se abría y se cerraba. Al soltar el botón, se erguía el pajarraco: desafiante, sacaba el cigarrillo que había aprehendido. ¿Es graciosa, verdad? La traje de África. Mire. Y mosen Feliciano sacaba una fotografía, con sus estrellas, con su guerrera, con su gorra de plato. Estaban muy viejos mis padres y volví a la Península. (Las palabras tenían un dejo empañado.) Abandoné el ejército, me vine aquí y ellos murieron. Nunca saldré de Banaguás. Mosen Feliciano no abandonaba el dejo de su sonrisa. ¿Y está a gusto? De pronto, el mozo se dio cuenta de la impertinencia. Un día, allá por tierras de Ciudad Rodrigo, un mozalbete iría al seminario. Un mozalbete sentiría nostalgias de martirio y de heroísmo, un mozalbete soñaría —sí, como todos— en la celda del seminario. El camino, ancho, se acababa de abrir. Era la Historia con H grande: solda-

dos que necesitaban, hombres que lloraban con las carnes desgarradas, cautiverios peores que los de tantos y tantos héroes conocidos. Un temblor sacudía aquella triste y dilatada España. Habría consuelos que llevar, almas que encaminar con las dos palmas abiertas, heridas que esperaban el suave y refrescante bálsamo. Era el darse abnegado a los demás, el heroísmo en la trinchera cercada —contad veintiuno y disparad sobre nosotros—, la garganta bendiciendo cuando la gubia amenazaba. Pero la vida es cobarde y artera: cuando más brilla el color, deja caer —despacio, áspera al tacto— una hoja de secante. La mancha queda, sin brillo, opaca ya; apagado el refulgir viscoso de los colores, nunca volverá a llamarse tinta: borrón, mancha, ensuciando la plana donde la caligrafía dibujaba sus perfiles. Mosen Feliciano sonreía limpiamente. Y el mozo se mordió los labios que nunca debieran haber hablado. Sentía en su corazón una inmensa piedad y pensaba en sí mismo. Aquella vida a la que quería dar forma y un día —tal vez un bellísimo día— se encerraría en un Banaguás de renuncias. Sin grandeza y sin heroísmo. A rezar monótonamente el rosario vespertino con las mismas viejas; a escuchar —una vez al año como lo manda la Santa Madre Iglesia— los mismos pecados, torpes, iguales, sin imaginación, de los hombres. ¿Sin grandeza? ¿Sin heroísmo? Sobre el nogal cantaba la oropéndola variopinta.

* * *

Iban y venían veranos. Un par de veces el mozo, paseando, se acercaba a Banaguás. El mosen le esperaba siempre. Alguna carta navideña y, luego, las charlas largas del estío: la cigüeña, quieta, parecía coronar unos blancos alminares. Dos copitas —cristal con flores talladas— de vino dulce y unos bizcochos sobre un plato francés —al acabar, se veía un dibujo gracioso y falso: cours de taureaux; el banderillero cruzaba las piernas con un paso de ballet. Hasta el año que viene. Y venía otro año. El mozo ya no era mozo. Saqué la cátedra, ¿sabe? Ya conozco Marruecos y allí he visto cigüeñas en los campos y en las mezquitas y, arriba, en el cerro del cementerio: me recordaban las de Alfajarín y las de Ávila; pensaba en usted. ¿Sabe? Me casé. ¿Sabe? Ya tengo un hijo. ¿Sabe?... Los pasos del mozo aquel se enderezaron hacia otros procesos; las visitas se cortaron, pero seguían llegando las

felicitaciones navideñas, acabadas siempre —¿no parecían de Lope?: Su capellán...

El mozo ya no era mozo. Había engordado, tenía cansados los ojos, el pelo blanco. Había pisado todas las tierras de España, había sido peregrino —de arriba abajo— por todas las hablas de América, había volado todos los aires. Había querido estrujar la vida hasta dejarla, seca, como la naranja que rezuma su ácido entre los pulpejos que la oprimen. Y un día le pedían de Zaragoza: ven a inaugurar los cursos de Jaca. La llamada era mosen Feliciano. Era el mismo camino de hacía ya un cuarto de siglo. Despacito para que el niño, el hijo más pequeño, no se cansara, pero el corazón saltaba con prisas. Sabéis, mosen Feliciano está en la primera página de mi tesis con el maestro de Orante, me llevó a casa del herrero de Araguás y fui con él a Atarés y a Asieso. Ahora tendrá una gran alegría: Sacará la cigüeña para que juegue el niño, nos traerá vino dulce con bizcochos y, al final, un vaso de agua clara del pozo, sobre un pañito de encaje. Tendrás que apoyarte las rodillas porque las escaleras son muy empinadas. (La iglesia estaba abierta y arrojaba bocanadas de aire frío. Como siempre, la cancela de madera y la pila exenta, y el coro sobre la entrada.) Tres golpes con la aldaba. Silencio, cada vez un silencio más largo. La fuerza redobló sus pretensiones. Del otro lado de la calle interrogó una voz cansada. Venía de un ventanuco alto, enjalbegado en su redor —para que no entren las hormigas—, cubierto por pobre tejaroz. La parra lo hacía casi invisible. Mosen Feliciano, ¿sabe?, lo enterramos la semana pasada. La tarde de julio era luminosa. El sol empezaba a descender y unas nubes limpias medían para nosotros la lejanía del cielo. Una mujer y un niño seguían los pasos de aquel hombre al que se le empezaban a doblar las espaldas. Cruzaron la carretera —todavía con guijarros puntiagudos—, el cancel del cementerio, enrobinado, cedió a las manos que le empujaban. Sí, aquí está, a la izquierda, un caballón de tierra todavía esponjosa. Mosen Feliciano Alvarez, tus feligreses no te olvidan. Coronas verdes, cintas negras, letras doradas. Se hubiera dicho que inevitables. Allí, aporcado bajo la tierra removida, estaba el cuerpo de un amigo mío. ¿Qué sabía de él? ¿Cómo fueron sus pasos? ¿Qué zozobras lo asaetearon? A mi lado, mi mujer y mi hijo, ¿adivinaban qué homenaje —Padre nuestro...— estaban rindiendo a un hombre

—¿quién lo sabe?— que había modelado los pasos de un mozo, cuando ser mozo era —gracias a Dios— un ejercicio de austeridades, cuando ser mozo era la alegría de hacerse —solito y día a día— una vida que nos era propia, cuando ser mozo era tener —a Dios gracias— un camino largo, largo por delante y unas florecillas opacas bajo el cáñamo de las alpargatas?

* * *

Volvíamos andando a Jaca. El cielo tenía cada vez más azules y oros y rosas de fray Angélico. Golondrinas y vencejos ponían rayas de carbón sobre el azul limpísimo, y el gañido de las aves nos hacía creer que aún no pisábamos los caminos del cielo. Ya de bajada y al empezar un recuesto, la mujer, el niño y el hombre se sentaron. Como hacía un cuarto de siglo. El río Aragón seguía aventando remormores, mientras sus aguas, blancas, salpicaban los pedruscos. El puente de San Cristóbal levantaba sus ojos —Cristobalón grande, zapatanco, zapatón, con las yemas de tus dedos, hazle cosquillas al sol—, una bandada de grajas pasó graznando. (¿Sabes distinguir las grajas de los cuervos?) La tarde iba apagándose lentamente. En Oroel el sol se reflejaba, empecinado en no irse; movidos por la brisa, los chopos de la residencia tenían un releje blanco al temblar, sonaban —solemnes o cantarinas— las campanas de la catedral. La sombra del cabezo nos evitaba el sol, caído ya, contra los ojos. Una mujer hilaba su copo de lana y venía hacia nuestro refugio menando sus dos vacas. Se sentó en un canto y el niño, asustado, de las vacas, de la rueca, de aquellos pellejos caídos y desdentados, buscó cobijo en los brazos del padre. (Es que, ¿sabes?, tengo un poco de frío.) La voz rompió amable: o niné ye muito escoscau. El niño se abrazaba con sus ojos agrandados. Que eres muy guapo, dice la señora. Vusté, posa la fusada con o fuso o con o enrocaó. Con o fusé: o ganché y a cocorota no fan bien pa andar. Otras vegadas, a ormino, ya traiba, ya. El niño se abrazaba con más fuerza. Sus ojos eran grandes, grandes. La esposa sonreía apaciblemente: veinticinco años atrás... Tuba, roya; tuba, morica. Y el hombre, bueno, el hombre había sentido el paso del tiempo. ¿O acaso iba, pedal arriba, pedal abajo, por las trochas celestes en busca de mosen Feliciano que le esperaba?

TREINTA AÑOS DESPUÉS

Volver sobre unas viejas páginas es una extraña experiencia. Porque no se trata de justificar el valor —Dios las ampare— de unas cuartillas hechas cuando el dialectólogo empezaba a borrajear papeles, sino darse de boca con un mozo al que uno tenía muy olvidado. Por eso la negativa a reimprimir antiguos trabajos casi treinta años después de haberlos escrito. Y uno que ya empieza a creer que no es viejo —mala señal— se da cuenta de que treinta años son muchos años para quererlos llevar con garbo. Y de pronto le hacen pensar que sólo puede a aspirar a que lo mire con buenos ojos —y ya es pedir— la mujer propia.

Cuando de escribir recuerdos se trata, la insinceridad va pareja con las vanidades. Y como no es este el caso, quisiera que tú que me lees creyeras —sin juramentos, que eso está feo entre gentes que no mienten— lo que aquí voy a contar. Los trabajos que hice en Navarra, cuentan entre los primeros de mi quehacer dialectológico. Como ha llovido mucho hasta en estos secarrales nuestros, resulta que me encuentro lejos, de este modo de trabajar, de hacer las cosas, de encararse con los problemas. Pero me digo yo ¿qué podría hacer un mozo de veintidós años hace casi treinta? Y entonces, el dialectólogo gruñón no se acomoda con las páginas que lee y, sin embargo, tiende cariñosamente las manos hacia aquel mozuelo que se acercó —tanto tiempo ya, tan sin saberlo entonces— a gentes que iban a hacerle la vida, a gentes de las que ya nunca —y Santa Lucía le guarde los ojos— quitará su mirada, a gentes humildes y sencillas con las que pasó, feliz, años y años de vida. Y el dialectólogo hoy, cuando escucha el estridor de los frenazos y masca el visco de la gasolina mal quemada, envidia a aquel muchacho que empezaba a recoger palabras, sin saber mucho ni cómo ni para qué. Pero que hablando

con la gente a la que nadie hizo caso nunca iba aprendiendo la más honda lección de humanidad y de patriotismo.

Desde una urbe llamada populosa —y el dialectólogo no la vilipendia cual es ingenioso hacerlo— el dialectólogo piensa en el invierno —un año casi de invierno— que pasó en el Pirineo navarro. La nieve calaba las botas, y el capote de soldado se quedaba tieso al relente. Porque el dialectólogo de hoy era aquel mozo que se sentaba al fuego, junto a la pichela de vino con tapurres, y veía jugar al mus a las fuerzas vivas. El secretario, el maestro, el cura. El cura ganaba siempre y además se enfadaba —ya ve usted lo que son las cosas—. El soldado que deseaba poderse acurrucar en el chacurtegui pensaba ya —y son ganas de pensar— que aquella gente decía unos tacos estupendos —el dialectólogo no los apuntaba por mor del qué dirían— y para suavizar el garguero —San Blas bendito— le atizaban inmisericordes al morapio calentado en el rescoldo. Pero el dialectólogo, entonces ya, quería ser justo y equitativo. Y no le parecía bien lo de los tacos, no porque la moral sufriera mucho con ellos, sino porque el cura venía a protestar de que los soldados —mal comidos, mal dormidos y peor calzados— los dedicaran al mulo que quería soltar el baste. Ahora el dialectólogo —ya he dicho que no es joven— sabe que el mundo es así y que paciencia y barajar. Algún día, el mozo tuvo que jugar con el cura y su hermana —del cura, claro— al mus y aprender —ya era sacrificio— lo del envido, el órdago y los amarracos. Si el dialectólogo cuenta todo esto no es para decir que el cura le ganaba los cuartos y los soldados, aquel rato, podían despacharse a gusto.

Pero estas hojas tienen su mucho de confesión y es necesario decir todo —hasta los pecadillos— para que la conciencia se quede en paz. Y un día el dialectólogo se burló del cura. Aquel hombre con cara de vinagre, cada mañana, pian, pianito, pasaba a la misma hora por la puerta de la comandancia. Y cada mañana se alejaba del pueblo. (No, aún no existían películas de Hitchcock.) Mi comandante, ¿me presta los prismáticos? Y el comandante que sabía mucho de hombres se los prestó. (Anda éste, si el comandante había mandado regulares en Marruecos y un batallón expedicionario en Guinea.) Claro, el comandante se creía que era para ver las piernas a la moza que traía las cartas, todos los días a la misma hora, todos los días saltando la cleta del huerto a la mis-

ma hora. La burla estaba lograda. Los prismáticos nos llevaban lejos, muy lejos, a un recodo de la senda donde el cura se escondía. Sí, donde no alcanzaban nuestros ojos, y con el bastón removía la tierra. Por la tarde, a la hora del paseo, el soldado buscaba los aires del campo. Y en el recodo aquel donde la vista no alcanzaba había tierra enmollecida y cuidadosamente aporcada. Como quien lee, el dialectólogo escarbaba con el machete: había unas setas hermosísimas, carnosas, suculentas. Por la noche, cayéndose del olivo: Oiga, ¿y aquí en Garralda no hay setas? Anda éste, unas setas gordas que las asamos con una chorrada de aceite, o que hacemos en tortilla. ¡Ah! Y con más cara de tonto que nunca: Pues ustedes no tienen estiércol en la bodega, ¿verdad? Pero, hombre, eso es donde no hay hayas, ni cardos, ni nada de nada. Aquí sabemos dónde salen y, luego, las cubrimos con tierra. Y al día siguiente o a los dos días las sacamos para que no estén alunadas. ¡Ah! Y el soldado, otra mañana más, junto a la estufa: ¿Puedo mirar con los anteojos? Mire, si con eso le basta. Allá lejos, en el recodo aquel donde la vista no alcanzaba, el cura movía suavemente la tierra, luego se apresuraba, después tiraba el garrote. El cura traía más cara de vinagre que nunca. Los soldados, a su paso, se aculaban contra la recacha de sol que caía sobre las piedras del muro. Ni buenos días. En la cocina de la casa estaba el Sabino, un soldado de Luarca que guisaba como los ángeles, si es que los ángeles se ocuparan de tan sublimes menesteres. (Cuando me licencien, en la plaza de mi pueblo pondré un Bar España.) El Sabino había adornado las setas clericales: con un ajo bien picadito, con sus hojas de perejil, con sus granos de sal, con su todo. Y el cura: Desalmados, os condenaréis de tanto mirar con esos ojos a los muslos de las mozas.

Esto tiene que ver con la dialectología. Porque el soldado, siempre que le dejaban, se sentaba en un posete para ir apuntando todo lo que oía. Todo lo que oía —ya lo ha dicho— no siempre era de apuntar, pero ahora lo recuerda: que si la hija no era hija o no había marido o que si aún te chupabas el dedo. Y ahora, al recordar los domingos junto a la chimenea, recuerda que también —poco a poco y para no producir empacho— se asomaban algunas mozas de buen ver. Como a los soldados no se les puede pedir que sean muy finos, a dos rubias apacibles las llamaban *Las Tordas*. (Ahora al dialectólogo viejo le parece cosa

sin ingenio, pero entonces debía creer que era una sutileza.) También venían las telefonistas, con un lagarto del brazo bien desarrollado de tanto darle al manubrio, y como los soldados —ya ve usted— eran de Letras les llamaban *Las coribantes rubicundas*. (No, no, no me pregunté por qué.) En el pueblo había unas monjas o lo que fueran, que, a pesar de ser aquellos años, no llevaban hábito; allá ellas. Vivían en comunidad en el barrio alto. Eran serias y siempre buscaban al cura. Como no tenían especial relación con los servidores de la patria, se quedaron sin ingenioso remoquete. Un día, una de las *Tordas* (nunca dejaba que le lleváramos la canasta al lavadero, y a lo mejor fue por eso) se puso mala. Fueron unas horas de angustia. El pueblo no tenía médico. Vino otro de un pueblo cercano y vio que aquello estaba mal. Dejó unas inyecciones y se fue. Al caer la tarde, la muchacha estaba muriéndose. Y los soldados —de Letras para más señas— no sabían poner inyecciones. El médico del batallón no estaba. La centralita de teléfonos trepidaba con la angustia de los soldados: "¡Oiga, oiga, el médico!". Y el médico cogió su moto. Pero la cuesta era muy dura y los repechos fuertes. Y el médico no llegaba. La familia acosaba y enloquecía la manivela del teléfono. Aquella muchachita blanca, rubia, que nos trataba de usté y no dejaba que le lleváramos la ropa, estaba muriéndose. Afuera, unos soldados, sin resuello, con los ojos —era la cellisca, ¿sabe?— nublados veían al médico subir y bajar de la moto, pero la moto no subía. Luego, corriendo, tres, cuatro kilómetros. Todos empapados, el médico, los soldados que le daban ánimos, todos. Y la muchacha estaba muerta. El dialectólogo no quiso entrar a verla: aún la recuerda. Rubia, blanquísima, hermosa. Y hoy, cuando recuerda la angustia de una tarde en la Aézcoa, piensa que su pelo está blanco y que la grasa le ataca sin piedad y que... Piensa, sí, en aquella muchachita blanca y rubia que no ha envejecido, que quedó, hermosa para siempre, en los versos que le dedicó un soldado.

Todo esto viene a cuento de los trabajos que por entonces se escribían. Porque así, entre marchas y nieves, entre gentes que miraban hostiles y gentes que nos querían, se fueron recogiendo muchas palabras. (Ya ve usted, y no son pocas, ¿qué cree que podía hacer? Y eso que el ferretero Cornelio Iriarte —don Cornelio Iriarte, mi amigo— me enseñó sus mijitas de vasco y me

daba clase con un diccionario que me regaló y que un servidor conserva mejor que si fuera oro.) Y las palabras se apuntaban y y se definían. Pero había que hacer muchas cosas y aunque un año se pasó por aquellos andurriales el tiempo no daba para más, ni el agracejo del licenciado permitía menos. Y el caso es que, además, había que acabar la tesis doctoral y la novia —aún sigue aquí, terne, llena de suavidad y de risas renovadas— le mandaba fichas del Zurita y del Kehr, de los *Monumenta Germaniae Historica* y del Giménez Soler. Era cuestión de acabar, pero... Consiguió acabar. Venía a verle otro soldado, que había sido compañero suyo —pero mayor, ¿eh?— en la Universidad: jugaba al fútbol con su regimiento, aprendió a dormir —trrriiinnn— bajo el teléfono y sabía mucha filosofía: un chófer de camión siempre tiene más éxito con las mozas de Burguete que un doctor en Letras, era su sabio adagio. Ya dicen por ahí que de gustos no hay nada escrito. El compañero venía a verme en un percherón muy solemne y circunspecto —el percherón— mientras que a mí me dejaban, sólo, un jamelgo famélico que con su rosario me escaldaba el ipurdi. El compañero se marchaba licenciado y yo vi, sobre la grupa dignísima y abacial de su percherón, irse mi tesis doctoral acabadita, copiada a máquina y todo, camino de la ciudad —¿existían las ciudades?— a la que por buen nombre —y Dios se lo conserve mientras el mundo sea mundo— llamábamos Salamanca.

Otro día el soldado tuvo que incorporarse a Orbaiceta. Más palabras. Pero, ¿sólo palabras? Ah, no. En la casa había un mozo que —por la noche— daba espantosos alaridos. A su alrededor todo enloquecía. El estudiante ya se sabía su Dostoyevski y su Barbey d'Aurevilly, pero no era cuestión de hacer allá, en la Aézcoa, un relato de perversidades. Y en algunas palabras de las que aquí quedan, hay —también— noches pasadas en blanco, entre los alaridos de un demente. Pero, ¿quiere usted decirme que todo esto le pasó? Y más, ya ve V. Otro día se nos cayó un soldado en una caldera de agua hirviendo. Dios, la que se armó. El teniente quería suicidarse, como si los suicidios tenientiles apañaran las llagas en carne viva. Y el soldado —con otro al que llamaban Zaca, y que pintaba, buen par de inutilidades— tuvo que hacer de hermana de caridad. Sí, a todo eso se aprendió cuando uno pensaba que podía hacer dialectología. Y, lo que son las cosas,

es posible que la dialectología resultara mal (vaya, hombre, ¡yo que estaba tratando de justificar a este insensato editor!), pero la vida del mozo aquel iba aprendiendo a tener ternura —y usted no la necesite— con los que sufrían. Por eso, el soldado —chiflaos que sois los de Letras— quiso enseñar a leer a los analfabetos. La experiencia resultó mal: los analfabetos creían que leer era hablar a golpes ("como mean los tocinos", según decía el profesor francés en Zaragoza que, además, nos enseñaba jaculatorias al empezar las clases.) Y veían el catón con sus granos pintones (u - va) y leían ra - ci - mo, o veían la airosa chimenea de una fábrica con su penacho y todo: hu - me - a. —¿Qué es humea? —Pues que mea mucho. (Algo así debía ser, porque el escolar veía el dibujo al revés que el maestro.)

Cuando vino el buen tiempo —tan tarde— las ventanas de la escuela se dejaban abiertas: grandes ramos de lilas entraban desde el jardín. El soldado gustaba del encierro: había un intenso olor a tierra húmeda y un verde tierno en las hojas. Dentro de la escuela, unos pocos libros. Don José, el maestro, le regaló uno al soldado. Aquí lo tengo, viejo, mal encuadernado, pero bellísimo: *Flor nueva de romances viejos*. Era la edición de Espasa Calpe, con su papel de antes de la guerra, con sus viñetas, con su primor artesanal de cuando los impresores aún tenían amor por los libros. Y el dialectólogo jura que don José le regaló el libro y que él, el dialectólogo, devolvió todos los libros que le prestaba para leer. Pero a lo que íbamos. Mazorcas de lilas entraban por las ventanas. Al trasluz, los pétalos eran —sólo— una mancha violácea muy suave y las hojas tenían transparencias de seda. Al otro lado del ventanal, una luz quebradiza sobre el verde reciente. Don José, ¿puedo cortar unas lilas? El viejo maestro sonreía. No, don José, no son para lo que V. se piensa. Como todas las tardes llegó el autobús. ¿La Aezcoana? ¿La Aritztoquia? Zaca y el dialectólogo estaban esperando. Era una estampa inédita para aquellas latitudes: con su traje de faena, su gorrillo —la verdad, un poco pringoso por el filo—, su montón de lilas entre los brazos. Bajaba el capitán, como esos de los viejos tercios que pintaban en nuestros tebeos de chicos, hasta con bigote y todo. A su lado, una muchachita menuda y frágil: Amparo, son González y Alvar. González y Alvar nunca las habían pasado más gordas. Estaban avergonzados como parvulillas. (Oye, ¿y tú crees que estará bien lle-

var lilas a una recién casada?) Pues, verá, no sabemos si es correcto ofrecerle estas flores, V. perdone, pero en el comercio no hay otra mercancía. Pero, bueno ¿y así hacía V. dialectología? Pero, oiga, de qué árbol se cae V.? ¿Es que en este país se puede andar con remilgos para trabajar? O se hacen las cosas o se dejan de hacer, pero no vaya V. con exquisiteces que le pasará lo que a los de Lumpiaque. Oiga, ¿y qué les pasó a esos señores? —Mira éste, ¿pero es que aún no lo sabe? Que iban de ronda y les amaneció templando. Pues, sí, así había que recoger las palabras y rellenar los cuadernos y ver los documentos de Roncesvalles, que todo pide el cuerpo, y cazar palomas a la pasa o ir al encierro de los sanfermines. Pero... Ya ve V., de allí salió uno con ganas de andar por los pueblos o de tirarse al monte o de... Pare, pare. Pues ¿y lo del cura de Igal? Pero eso es una dialectología más tardana. El escritor José María Iribarren —gran tipo— me acompañaba por Pamplona ("¡Qué cornalón el de Rafael Ortega! Toda la noche me la pasé en el patio de caballos. ¡Menuda crónica me escribí! Y el tío informal va y no se muere"). Iribarren me dio una carta para su pariente el cura de Igal. ¿Y V. aquí qué hace? Ya ve que me va a nacer el primer crío y estos aires parece que nos sientan bien a los primíparos. Pues, sí, sí. Mejor en bicicleta. Y el dialectólogo zas, zas, cuesta arriba, cuesta abajo —a mí no hay cura que me achante— y el párroco zas, zas, cada vez más duro —¡qué se creerán estos señoritingos!— hasta que aquello se puso peor que negro. Caía un sol de piedad y había una higuera ancha a la orilla de la carretera. El cura se desremangaba. ¿Se desremangaba o se desnalgaba? Y yo qué sé cómo dirán los académicos. A lo nuestro, el cura se estiraba la sotana: "¿Y V. dice que es catedrático en Granada?". —"Sí, sí, para lo que guste de mandar". —"¡Qué fuerte es V.! Un mes conmigo y a tortazo limpio acababa con todos sus compañeros". (El dialectólogo casi se muere del susto. Y como la vida enseña mucho, ahora se da cuenta que el párroco de Igal era un Platón cuando menos. Aquel cura, bueno como el buen pan, caritativo hasta apiadarse del dialectólogo —volveremos en autobús— habrá muerto hace muchos años y no podré decirle que además de ser un santo varón —¿no sería por eso?— tenía don de profecía.)

Pero hay que seguir con orden. La estancia en la Aézcoa tuvo un paréntesis algo más abajo, en Oroz-Betelu. En Oroz había gente

que estaba muy bien: el cura era más joven y no nos miraba con malos ojos a los castellanos, servidor de V., nacido en Benicarló, provincia de Castellón, por un casual, pero de Zaragoza. Jugaba a la pelota como los ángeles, y eso que iba con sotana. Había un médico que fue futbolista en un equipo que se llamó "Agrupación Artística Aragonesa" que, según se mira, tenía mucho que ver con lo de los pies y los pelotones. Había un viejo pastor de Nevada que se había ido a retirar entre bojes y neblina. (El soldado dormía en aquella casa. Lo trataban con finura y las mocetas se admiraban de que leyera un libro del que no se entendía nada: el libro era *Poeta en Nueva York* y se lo había mandado otro soldado, Tomás Buesa, que ese sí sabía poner inyecciones para que los tísicos no se le murieran antes de llegar a destino.) Y había una viuda, muy agradable y respetada, la señora Lecumberri (en cuyo comedor el soldado se alimentaba). Y había otras muchas cosas. El dialectólogo pasó allí la Semana Santa. El dialectólogo, cuando esto escribe, cree que Dios fue con él muy generoso y le regaló, a prueba de capuchino, una fe digna de aquellos curas navarros a los que fue conociendo. Hubo misiones y la compañía asistió a los actos. Todo era impresionante: la iglesia a oscuras, el mundo pecador, la maldad del hombre... Y el capuchino que subía al púlpito con sus grandes barbas y una soga al cuello (Cristo nuevo al que estábamos dando muerte con nuestras infamias). Por las noches el soldado, que esperaba ganar unas oposiciones para casarse con su novia, como Dios manda, no podía dormir. Se veía en infierno, irremisiblemente perdido, y total, ¿por qué? Ya ve V. lo que son las cosas, porque cogía —no, hombre, no, del brazo no, de la mano— a su novia, y sólo los domingos. Menos mal que a la mañana siguiente los dos capuchinos, con sus hábitos, con sus barbas, tenían una procesión de niñas vestidas de blanco que gritaban —criaturas— ¡Muera Satanás! ¡Muera el pecado!

Sí, también en Oroz-Betelu recogía palabras. El capitán de la compañía se aburría como una ostra y se llevaba al licenciadillo como ostro. Allí aprendió a pescar chipas y barbos y madrillas. La verdad es que, sin ánimo de dar coba, el capitán pescaba mucho más. Y es que también las chipas, los barbos y las madrillas, saben distinguir de clases. Pero unos días con unos, otros con otros, se fueron llenando unas hojas. Y se fue aprendiendo algo que vale mucho más: a distinguir el verde de las hayas del verde

de los robles (sobre la guerrera producían visos distintos) y a distinguir la flor blanca y delicada del belorri, de la rosa —con su rayita en los pétalos— del arantza. Y aprendió, también, que los capitanes a veces son iguales que la tropa, pero no está bien sacar a relucir debilidades ajenas (ni propias, hombre, ni propias). ¡Ah! También supo —y luego dirán— que los catedráticos de Universidad querían a sus alumnos, y el viejo dialectólogo conserva —más que oro en paño— las cartas que a la Aézcoa y a Oroz-Betelu le escribían su maestro Ramos y Loscertales, catedrático —¡qué tío!— en Salamanca.

El mozo aquel —¿cómo sería?, ¿pensaba algo?, ¿amaba y sufría?— tenía veintidós años —¡quién los pillara, aunque hubiera que volver a las andadas!—. El mozo aquel le cae, ahora, bien al dialectólogo que no quiere ser viejo. Y el dialectólogo cree que cada cosa a su tiempo y que los que no lo entiendan allá ellos. El dialectólogo piensa ahora que era más joven que sus hijos mayores —¡anda! ahora su hijo mayor está en Lima hablando de diccionarios gordos y menos gordos, y, como al dialectólogo no le duelen prendas, piensa que estos mozos de hoy saben más que él de algunas cosas y, como la justicia es la justicia, de otras, menos—. El dialectólogo estos días de vacaciones ha sacado papeles viejos —¿Señor, yo escribí esto?— y ha pensado que el mal no tiene remedio: si lo que escribió era malo, quien lo busque, lo encontrará. Si era menos malo, a lo mejor sirve para algo. Sí, claro. Para decir cómo empezaban hace casi treinta años, qué es lo que sacaban de la Universidad hace treinta años, qué hacían cuando los movilizaban meses y meses y hasta años y años. Para que luego digan. Y entonces se ha decidido a poner en orden muchas páginas. Por eso ha querido dar unas explicaciones tan largas, que —aunque V. no lo crea— venían a cuento. Y no quería decir que si vuelve a publicar estos papeles es por culpa de un editor —pero, amigo, ¿en qué árbol vive V.?— que cree que esto podrá servir a las gentes de su tierra. Y como no es cuestión de aguar la fiesta cuando se ha entrado en la danza, el dialectólogo que no sabe si esto sirve para algo, sí quiere dejar constancia de que hubiera querido hablar con el mozo aquel que —cuando podía y como podía— recogía palabras en la Aézcoa. Pero, piensa, que esto va a ser difícil y se queda —noche ya— a solas con el remusgo agridulce de sus recuerdos.

Para que mi editor no se desconsuele pensando en el lío en que se ha metido, yo debería decir que de mis trabajos hablaron con cariño (lo que no quiere decir que dijeran amén) gentes muy sabias e importantes, como Krüger, como Pottier, como Tovar o como Alwin Kuhn. Pero también debe decir —mire V. aquí no se engaña a nadie— que fue compañero de Pottier y alumno de Tovar. En cuanto a Krüger (bueno, será éste el último escolio), lo vio varias veces, viejo ya. Krüger tuvo con el dialectólogo gestos de gran señor, que el dialectólogo agradece en cuanto debe. En 1970, el dialectólogo dio un curso en la Universidad de Cuyo —sí, al otro lado del agua, allí mismito— y Krüger, que no había ido a la Universidad desde su jubilación, asistió día tras día a todas las lecciones. Krüger, como un símbolo, se levantó tras los aplausos de la última clase. Y habló. (La mujer del dialectólogo, sí, la novia de antes, tenía los ojos arrasados, pero como estaba en la primera fila, sólo se los podía ver, y con cuánta ternura, el dialectólogo.) Krüger habló. A fuer de persona honrada, el dialectólogo sólo recuerda que Krüger habló de España y los filólogos españoles, de la dedicación y de las dificultades del trabajo. Pero, ahora, los recuerdos no vienen muy bien, ni falta hace esforzarlos. A lo que íbamos, el dialectólogo fue a casa de Krüger para dar las gracias al viejo maestro. Krüger le enseñó unas papeletas donde estaban los libros que él creía importantes, pero esto a nadie —ni al dialectólogo— le importaba ya mucho. Después, tras la hospitalidad, prisas. Aquel día, en Cuyo empezaba la primavera —sí, igual que aquí sólo que al revés— y el cielo estaba limpísimo, y la calle de Sobremonte en silencio. Krüger, ciego, como un espectro, lloraba. Al arrancar el coche gritó ¡Viva España! Y el dialectólogo que tiene cada cosa en su sitio notó como ahí —sí, ahí, V. también lo tiene ahí, ¿o no?— donde dicen que está el corazón, había un puño que le estrujaba.

SOLEMNES PALABRAS

La tarde pintaba en agua. El Ayuntamiento estaba vacío. Había que esperar bajo el alero la llegada del alcalde y del secretario. En aquel descampado, donde se levantaba la casona con su campanil y todo. Ante nosotros las suaves pendientes con verdes amables, vaguadas viciosas y serrijones domados. Aquí y allí casas solitarias, vacas de aburrido mirar y soledades humanas. Paciencia y barajar. El tedio nos desesperaba. Sólo el goteo continuo del canalón y el charco que se iba agrandando (glo). Se levantaban unas ondas tímidas y pudorosos (glo), mala puntería, el goterón había marrado el tiro y ahora eran unas górgoras las que con ensordinado puf se rompían en el aire. El balcón se proyectaba en la badina: el astil de la bandera era la garrocha de un viejo grabado (glo, glo). Se rompía en mil pedazos inconexos y, por imaginar, pensábamos en un cuadro puntillista descomponiéndose en puntadas hirientes. Pero (glo, glo, glo) el cuadro se nos desintegraba y no podíamos recomponer el rompecabezas. Volvíamos al bar: oiga, ¿y cuándo vienen los jerarcas? Pues a eso de las seis, pero, con este tiempo, a lo mejor se retrasan. Sí, claro, era un consuelo. En el bar no había nadie. Y la lluvia desazonaba en todos los huesos y en todos los nervios. Glo para los retrasos, glo para la pérdida de tiempo, glo para aquellos dos mozos que llenos de ilusión empezaban sus tareas a mi lado. Otro tiento a la baraja de las horas (ris, ras) y estábamos con el mazo para partir las cartas. El crío mocoso tenía un aire de mensajero divino: que el alcalde iba a su casa, que yo lo he visto entrar. Toma para caramelos, que no, que yo lo hago con gusto. ¿Tú sabes cuántas clases hay de abejorros? Pues a los rubios se les da azúcar y no se les espachurra: dicen que traen las buenas noticias y hay que acogerlos con buen talante. Pero ¡si yo no soy

un abejorro rubio! Quién sabe, quién sabe y ¿si lo fueras? Como la mostolilla es una rapaza que se cambia de forma, como tú de camisa —es un decir, vamos— y yo quiero estar a bien contigo. Pues, bueno, si me da el duro lo llevo a lo alto el pueblo, que es donde vive el alcalde.

Volvía a llover, pues los duendes vespertinos no gustan de hacer dialectología. La luna les guiñaba el único ojo que se le veía relleno y —zas— cántaros que te vierto. Oiga, ¿y son cántaros?, porque mi abuelo dice que es que las brujas se mean. Tu abuelo tiene razón, hijo. Las brujas, las brujas y no sólo se mean sobre los dialectólogos. Las piedras tenían pan de rana para que aquellos insensatos fueran amorrándose sobre las ortigas de las bandas, los perros aullaban dispuestos a saltar de una tarascada el ojo sano de la luna o, por más hacedero, marcar discretamente los calcañares ajenos. Con malas entendederas socorre Dios en estos casos y, al llegar a la casa del alcalde, los dialectólogos iban hechos unos ecce-homos: con rodillas desholladas, con las manos requemantes, con los pelos (piis, piis, piis) chorreando sobre las gafas y con escasa vocación —eso sí— de escuerzos. Pero ya ve usté, no todo sale como le cuadra al apetito. Eso digo yo, lo del apetito y lo de la cuadra. Porque habíamos llegado —con perdón— a la cuadra. Con perdón, porque los dialectólogos son pobres mortales que buscan humildes palabras —¿y con eso comen?—, que saben muchas palabras feas: que si la cabra está buquidera; que si la oveja, amarecida; que si la vaca, torionda; que si la perra, cachonda. (Anda éste, si la cachonda dicen que está mi prima la del Soba. ¡Niño! A ver si hablas bien y te reportas. Perdón por el paréntesis.) Buscábamos —sin faltar— humildes palabras, pero allí las palabras eran muy solemnes. ¡Qué le vamos a hacer! ¿Da usté su permiso? Si pué pasar, ya puede, ya puede. ¿Es usté el señor alcalde? Pa servile. La cuadra era como todas las cuadras: montones de telarañas colgaban con gran dignidad, laboriosas arañas tejían en los rincones y las puñeteras moscas, según dijo el poeta, foriqueaban bajo el rabo de las vacas que (zas, zas) hisopaban a aquellos atrevidos. El olor, alimentaba y la boca apetecía resina de algalia, pero no era ocasión de echar una instancia. Precisamente hubiera sido mucho imaginarse a Venus —desnuda y pudorosa— entre dos valvas en el azul de Citera, pero la cosa venía a cuento porque estos dialectólogos, aun-

que poco imaginativos, son a veces muy pedantes. La bombilla temblaba con un hilillo encanijado y triste, la luz era para boques en aquelarre y los dialectólogos, cegarritas todos y —usté perdone— sin vocación de vecinos de Biterna, aquí meto el pie, y la cazcarria salpicaba hasta la rodilla; aquí me calzo una bosta digna de un hornero mallorquí (tan redonda y aplanada, tan suave y acariciadora, tan suculenta —plaf, plaf— y tan bien dispuesta para la taza de chocolate); ¡ah!, sí, también, aquí me deslizo, dulcemente, por el sumidero del purín. No era, no, el mar de Cirene, pero estas gentes tan poco imaginativas pensaron los tres —¿qué demon vespertino les había enrelingado los recuerdos?—, digo, o dicen, pensaron los tres en ese neptuno que ofrece sus posaderas sin ningún recato por los paseos de las grandes ciudades. Bueno, que no, que el alcalde no era mitológico, sino real; algún Goya o algún Velázquez de mala uva lo puso así; y a san aguantarse tocan: ahí se quedó el munícipe local inmortalizado —también son ganas de exagerar (¿lo dice por él o por mí?), sí, inmortalizado, en su gesto más noble y acuñado con troquel.

En aquel dintorno —para que las cosas vayan cobrando solemnidad— bajo la bombilla canija y temblona, había un hombrecillo enhiesto, agarrado a una horca de hierro. No era mucho el cambio: basta colocarle un tridente en vez de los ganchos enroñecidos, un paño flameante en vez de aquellos calzones que —desvergonzados ellos— se empeñaban en que midiéramos las canillas desnudas, y poner aguas de parténope donde nosotros —miopes desgraciados— nos empeñábamos en ver pajuzos podridos y plastones femateros. Por lo demás todo igual: remetidas verijas casi al aire, escurrido costillar al desnudo y barbas con escasos afeites.

Señor alcalde, la voz cobraba un aire congresal y solemne, traemos una carta para usted del presidente de la diputación (aún hay clases: éste no merecía el señor); se la presentamos respetuosamente y, como verá, solicitamos su inapreciable ayuda. Quieras que no, pusimos el sobre en mano de neptuno, pero, como somos finos, los dialectólogos sujetábamos el pentadente mohoso. La suerte empeoró; neptuno no sabía abrir el sobre, pero de sus andanzas con el repajolero Ulises había salido muy fértil en recursos: es que sabe, en estos menesteres, y con esta luz no necesito anteojos; si usté la lee, pasaré por su palabra y me tendré por confortado. Señor alcalde de... el portador de esta carta, etc.

Bueno la verdá es que no sé qué quiere el presidente, pero ¿oiga?, es don Sabino o el nuevo, porque si es don Sabino yo, sintiéndolo mucho, estoy incapacitado para servirle porque no soy correligionario, y, ya sabe, la disciplina de partido es la disciplina de partido. Todo estaba muy claro: había que ver (suertecilla, firmaba don Remigio), había que explicar, había que mostrarse senatorial y digno. Neptuno agarrado al tridente era un ejemplo de monumentalidad y decoro: ascendía, ascendía, ascendía y chorros de agua brotaban a sus pies, hipocampos ventrudos y rijosos arrastraban su carro y él impasible nos contemplaba olímpico y distante. La perorata didascálico dialectal terminó malamente: estas gentes que buscan palabras tienen poca correa y no se enrollan por mucho rato. Neptuno blandió el tridente, los hipocampos se doblaron como un garabato de duda y un resuello angustioso infló aquellos bofes entumecidos. Silencio. Los dialectólogos acoquinados como ursulinas en pantaletas escucharon el veredicto: No, no puedo. Lo que ustedes me piden es mucho y tendría que apellidar los prohombres a concejo. (Los dialectólogos se agarraron para no hundirse en el hondón de los mares, que bien merecido lo tenían. Recularon, recularon, recularon, como si aún esperaran más solemnidad en las palabras y, cataclás, todas las brujas del cielo soltaron a la vez sus espitas. Una plazoleta sin luz les acogió, unos guijarros sin piedad se les hincaron en las sandalias, pero el lechero llegaba con una camioneta. Oiga, ¿nos puede llevar a la fonda? Le pagaremos lo que haga falta. Arrebujados los tres en un asiento veían cómo las brujas inmisericordes, echaban una chorrada cristianizante sobre las medidas de latón. No hombre, no, los llevo gratis. Y los tres dialectólogos —Alá sea bendito— pensaron que aquel barbián vendía buena, muy buena leche.)

Así empezaron las cosas. Otras veces así acaban, pero los cuadernos se rellenan con salivilla y exponiendo, porque aquí no caben las faenas de aliño. Hoy era sol lo que tocaba. El pueblo se llamaba Aldeamayor del Ibero. La misma letanía de siempre: había una tienda de vinos y comestibles. Por favor, ¿el alcalde? Aquí no hay alcalde. ¿Y el señor maestro? Aquí no hay maestro. ¿Y el señor cura? Pa morirnos no necesitamos cura. También es verdad, pero ya, sabe, era hablar por hablar; claro que la razón está de su parte, y maldita la falta que nos hacen esos pejes, pero la cosa es que veníamos. Pos ya pueden irse. No, verá, es que no-

sotros. Ustés aquí no pintan nada. No, pintar lo que se dice pintar, no, pero buscábamos un hombre. Aquí no hay hombres, los caparon todos en la guerra. ¿Pero y los zagalillos esos? Esos son de las mujeres. Sí, claro, es usté un ente que razona, y nosotros pagaríamos... Aquí no se paga, lo más caro de todo es la mortaja, y esa sí que la tenemos que pagar cueste lo que cueste. Aquella mezcla de Séneca y Solana era irreductible. Los dialectólogos habían oído que por Huesca se reza a Santa Paciencia. Se fueron al rincón y de espaldas y aginollados empezaron un larguísimo suplicatorio a la Santa. Por cambiar de tercio le dijeron: Oiga, ¿nos puede vender un pan? No. Oiga, ¿nos puede vender un chorizo? No. Oiga, ¿nos puede vender una lata de cualquier cosa? No. Pero si V. tiene de todo eso. Si, pero es para mis parroquianos. ¿Y para nosotros? Venimos andando desde Vadorreble y no podemos volver sin trabajar. Sí, eso ya es otra cosa (los dialectólogos se acordaron de Santa Paciencia y vieron su beatífica sonrisa más allá del solerín inclemente), eso ya es otra cosa les digo, porque así es que se aguantan ustés, y con la música a otra parte. Estaba visto que viajar enseña mucho y conviene leer el periódico para convencerse en las reservas morales del hospitalario hombre del campo, según dicen las últimas estadísticas. Salieron del tascurrio los famélicos dialectólogos y comenzaron a pensar en la inanidad de las glorias mundanas: sin carretera, sin comida, sin agua, sin unos hombres a los que pagar tres jornales. Los perros procuraban mostrar su hostilidad, y de modos poco versallescos. Los dialectólogos se fueron al abrevadero y con mucha sutileza doblaron tres cuartillas, hicieron sendos vasos y bebieron, bebieron, bebieron. Hasta que el agua empezó a dañar las junturas del papel: cada vez que alzaban el vaso, el agua se deslizaba —no, hombre, no, por el astil, no— por el brazo y ponía un reguerillo frío y apacible que caía —lentamente— por el codo hasta dar un tiritón cuando llegaba a las axilas. Después los dialectólogos sacaron otras cuartillas; las doblaron cadenciosamente, las aprestaron, las colocaron bajo el chorro. El agua las arrastró al buzón de la cascada. Regato abajo huían —apresuradamente— tres barquitos de papel.

(Pero, ¿tan mal acabó la cosa? No, la cosa acabó bien. Al vernos pasar el rato, se acercó un hombre muy amable: era el alcalde. Nos curó el desconsuelo y buscó gentes de su casa. El

resto ya no importa, pero la verdad es la verdad, ¿no le parece? Y usté que lo diga, y usté que lo diga.)

Pues nos está usté dejando buenos, ¿y todo eso le pasó? Pues qué se cree, ¿que la dialectología se hace como las pintadas o las pegatinas? Pregunte, pregunte a Mayoral y a Carlos de cuando el informante de Castro Urdiales nos decía no se acerquen ustedes a mí, que llevo sífilis, o que le cuenten cuando llamamos a la guardia civil para que no nos atropellara más el alcalde de... (ya ve, de cuyo nombre no quiero acordarme), o cuando eché un pulso al tío aquel de... (vaya, otro nombre del que no quiero acordarme) y cómo le gané, pues, anda, a contestar gratis a las preguntas. Pero... que sí, que sí, que ahora grabamos y ya ve, o, mejor, ya oye, todo queda en las bandas ésas. Todo queda en el alma de los dialectólogos que acaba marcada para siempre. Pero es que usté, alto, amigo, yo me acuerdo de todo lo bueno y por eso escribo siempre palabras de gratitud que no cesa, como el rayo aquél, ¿se acuerda? Y pienso en gentes que me enseñaron cosas que yo no sabía y, a veces, cuando me deja el dolor de vivir, pienso en los viejos con los que hablaba y —ya se habrán muerto— entonces se me agarrotan los dedos sobre la pluma, porque un amigo marchó y no pude decirle mi gratitud. Pero quiero hacer un breve sermón, según decía don Gonzalo, mi viejo amigo, que santa gloria haya. Es que no quiero acordarme de los turistas foramontanos, mariquitas y albinos, culialtos y patiestavados, raquíticos y escrofulosos que ensuciaban con su barbilampiñez y desgaire aquel nombre —espléndido nombre— que sólo se puede pronunciar con todo letras mayúsculas: San Sebastián de Garabandal, pueblo milagrero y generoso, en el que un 8 de julio (mi madre dice que fue día muy importante para mí) acabé un atlas llevando a mi vera a esos dos mozos que V. ya conoce, porque se llaman Mayoral y Carlos. Pero me siento aquí y al pensar en que yo enderezo, al fin, señor, mi paso para que V. no crea que nosotros vamos por los pueblos para preguntar por las salamanquesas o por los cauchiles, por el cardo cuco o la seta de colmenilla, por el janequín, por las desgas. Que no, hombre, que no. ¡Si V. supiera cuánto nos importa saber cómo eso se llama! ¡Ay, si V. supiera todo lo nada que eso nos importa cuando descubrimos una cosa que se llama... (no mentemos su santo nombre en vano)! Y es que otro año estuvimos en Villacarriedo. ¡Qué

pueblo! ¡Y qué país de locos este nuestro! Vuelta a la retahíla: carta para el alcalde, explicaciones nunca bien entendidas, barajar y repartir las cartas. Quien mejor les servirá es el señor Celestino; lo malo es que está ciego. Los dialectólogos decían que no, que un ciego, que hacen dibujos, que... Miren ustedes, y toda la sabiduría de los libros sapienciales salía de aquella boca preñada de experiencias: aquí sólo trabajan las vacas; van al prado, comen, hacen leche y se dejan ordeñar. Los hombres no salen de la taberna... Bueno, bueno, vamos a la taberna y sacamos a los hombres. No, si de allí no saldrán ustedes, pero háganme caso, yo les traeré al señor Celestino y en la taberna hablan con la Rosa y con su padre, y ya pueden encetar su bodigo.

Vino el señor Celestino; era altísimo y corpulento, se apoyaba en un garrote pintado de blanco y caminaba con la dignidad de Edipo, oiga, ¿no sería mejor de Homero? Sí, caminaba con la dignidad de Homero cantando de pueblo en pueblo las rapsodias del epos jónico. Yo le ayudaré, mi señor. (Los dialectólogos quedaron anonadados: era una voz alta y sonora, tenía dejos de cantar de gesta, cuando sus palabras caían era como si las tormentas desarraigaran robles.) Yo sé más que nadie de las cosas de mi pueblo. Usté pregunte, mi señor, y yo le contestaré. Aquel hombre tenía la grandeza de las epopeyas: todo lo sabía, todo lo entendía, no necesitábamos del dibujo, ni de las largas descripciones, ni de los gestos torpes para acompañar las palabras indecisas. Los cuadernos se llenaban y se llenaban. Habían pasado horas y le ofrecíamos un vaso de vino. Se lo acepto, mi señor, para contarle algo de mis días. El señor Celestino ante la chimenea tenía el aire de don Juan Manuel de Montenegro; su voz excomulgaba a tirios y troyanos y la gente del corro callaba sobrecogida:

> Traidores, traidores todos de las Españas. Nos dejaron solos los políticos. Traidores todos los políticos. En España sólo son traidores los políticos. Así llorábamos, cuando el desastre y así lo oí al león de Graus cuando mis ojos veían. Aquel hombre era un patriota. Los políticos nos traicionaron en Cuba y en Puerto Rico, los políticos de siempre han traicionado a España. Cobardes que no quieren trabajar y España, ¡pobre España!, está a solas con nosotros, los ciegos, los desheredados, los pobres que no la podemos guiar. ¡Traidores!

Aquel hombre era Jeremías, era la voz de todos los profetas, era la voz entera y ardiente de las Españas. Allí, sí, allí, en la taberna de un pueblo venido a menos, un ciego había cobrado la grandeza de los relatos épicos. Sí, él solo, hubiera sido capaz de desjarretar toros y estrangular leones si los hubiera sabido traidores. El fuego levantaba las más altas llamaradas: sobre la pared blanca se dilataba una sombra gigantesca como de viejo vinculero. Los hombres le oían aterrados. ¡Traidores! Y la cinta del magnetófono seguía grabando, grabando, grabando, como si las manos del ciego aquel de Villacarriedo no blandieran la antorcha purificadora de la Verdad.

TIERRA DE JAUJA

Al llegar a Vélez-Benaudalla los dos viajeros se apearon. Era una tarde de la primavera alta, cuando los frutales empiezan con su vicio y las lomas pasan suavemente del azul al violeta, del violeta al gris ceniza. La tarde era larga y la fuerza del sol iba desmayándose muy despacio, como si temiera dejar el prodigio entre los dedos de la noche. Allí acababan los caminos; luego había que empezar trochas y veredas hasta llegar a las Guájaras. ¿Qué más da una que otra? Guájar Alto, Guájar Bajo, Guájar Faragüit. Suenan bien, ¿no le parece? A la izquierda quedaban Gualchos, Pórtugos y, perdido, Trévelez, donde los viajeros fueron conducidos por un comandante de maquis, que los trató bien, que se esforzó en hacerles grata la estancia y que —por si faltaba algo— los convidó a vino de la Contraviesa y a jamón del pueblo. Vaya vida que se dan con los viajes, ¿eh? Lo malo es que no todos los mandamases son como el comandante aquél, porque uno tropieza con el alcalde de Jauja y aviados estamos. Oiga, más bien parece que usté la tiene tomada con los alcaldes. No, hombre, no. El común de ese ganado tira a manuable y pastueño, lo que no quiere decir que uno no tropiece con algún morlaco resabiado y te expones al derrote con enganche. A mí me parece que esto de las metáforas a veces no casan con el ayuntamiento y necesitan de escolios o comentos porque si no, la injusticia puede hacer pagar a justos por pecadores. No crea que no lo pienso, no, pero las faenas hay que hacerlas toreando dentro de terreno para que las tarascadas no te alcancen y hacen falta muchos hígados para que los machos no se suelten. Oiga, pero ¿también le da al cálamo ése? Y qué quiere que le hagamos: uno aprende donde menos piensa porque como dijo Carulla, el eximio vate: Jesucristo nació en un pesebre; donde menos se espera salta la liebre. No sé, no sé,

porque eso suena a libertario e irreverente. Pues, claro, menudo olfato tienen los celadores de la verdad, sola la verdad y toda la verdad. Excomulgaron al pobre Carulla —despistado, paraguas verde y aire de desgraciado—, que apenas se atreviera a caminar, como lo pintó Morcillo. Oiga, ¿don Aquilino? Sí, ése. ¿El que pintó a Franco a caballo y se le olvidó poner el caballo? Que sí, hombre, que sí. ¿El que lo dejó garriancho y sin asiento para la entrepierna? Que sí, que el mismo. Ah, bueno. ¿Y qué le pasó a Morcillo, don Aquilino? No sé porque lo vi hace muchos años comiendo un cocido en la calle Echegaray y ya no sé más de él. Claro, claro, porque le pudo pasar algo malo. No lo sabe usted bien; las cosas malas que pueden pasar, según y conforme a mi amigo Manolo Maldonado. ¿El pintor? Oiga, ¿es que puede haber otro? Manolo era —y es— una fuerza de la naturaleza. Pintaba como los ángeles; lo malo era cuando le daban libros de mística para que aprendiera simbología. ¿Y eso no es bueno? Ay, no sé; como nunca fui ángel, no pude practicar en las escolanías celestes, pero, veamos, es un suponer, digo yo, a los ángeles ¿les darán rollos para pintar con las plumas de su ala? Pues mire, lo que hablamos comentamos, nunca me dio un repente de pensar en semejantes floripondios, pero es que se nos va el santo al cielo y el ángel no nos baja. Pues también es verdad, también es verdad. ¿Y al amigo ese que le pasó? Ah. En la Universidad recibíamos a mucha gente. Todos hablaban gorgoritos en folklore y los huesos —oiga, ¿pero aún no los han tirado a los perros?— y los huesos de don Fernando y doña Isabel (sabe, en orden, que aún no han prohibido la epístola de San Pablo), digo, y no me interrumpa, que los huesos temblaban en su cajón de plomo cuando esta lengua de cristianos se la pronunciaban en folklore. ¡Ah! y va y viene un jerarca de esos y le dice el rector folklórico (ceñó, ehta mañana en la proseció hemo centío en to lo jondo de nuestro corasone, et sic et coeteris), va y le dice, oiga, si ésta es la foto de Jalón Angel de cuando la guerra. Hombre, así vive en eterno amanecer en las mentes juveniles. Que usted es muy listo, ni poco, llegar a rector con lo joven que es; menudo carrerón; pero hay que poner un retrato de la eternidad perenne de este momento. Tome una foto de almirante, y a pintarlo. Ya ve usted las cosas; eso del color aún no se llevaba mucho y como un paraninfo es un paraninfo el padre de la patria y protector de la ju-

ventud estudiosa tenía que estar mismamente que ni pintado. Llamada folklórica: Mardonao pa mañana un retrato en coló; ahí va la vera efigie. El pintor que era, y es, una fuerza de la naturaleza, buscó al ángel amigo y le pidió emprestada la mejor de sus plumás. Lo otro, el numen era del caletre del artista. Dale que te pego tarde y noche y, a la mañana, al paraninfo con sus colores y todo. Bueno, y ¿eso es malo? Que no hombre, que no, que lo malo fue cuando vino doña Carmen a ver cómo estaba aquello y casi se desmaya en brazos del rector folklórico. Verá, todo tiene su tiempo y razón y como usted me achuche nos vamos a caer allá lejos, lejos, lo que pasa es que el artista pasaba por su época parisino-novecentista: que si putillas en bragas, que si abanicos de plumas de pavo, que si sombreros de cocota rica, que si lívidos sostenes colgando de una jofaina; sí, todo eso tan propio del París molinorijoso ése, ¡ah! Y el almirante estaba todo lucido: con un penacho rosa nacarino en el bicornio, la banda blanco espuma de las batallas de amor, la borla verde esperanza sobre un bellísimo calzón carmesí. Oiga, ¿pero es que en Granada nunca han visto un almirante? Pero reoiga, ¿es que se cree que suben acorazados por el Darro y el Genil? Amigo, amigo, a la escuela; eso lo saben hasta los mamoncicos: los dos ríos de Granada, uno oro y otro sangre. ¡Habráse visto!

Lo que yo creo es que usted se cabrea muy deprisa, porque la cosa no es para tanto. Y, además, no me comprometa, porque esto de la democracia no tiene que ver con almirantes y cocotas, con plumas de pavo y con batallas de amor, con poetillas y con pintorcetes. Hasta aquí llega la carreta, siéntese y, a aguantarse tocan. Habíamos bajado del autobús en Vélez-Benaudalla —¿o no?— y preguntamos: ¿A las Guájaras? Según prefieran, por lo seco o por lo mojado. Cabildeos: por lo seco. Se suben, se bajan, se encaminan por la torre, se tiran al río, se trepan a la herriza, se ponen derecho y a la volcaica, ya está Guájar. Si no está claro se lo repito. No, no, lo hemos entendido muy bien. ¿Y en cuánto llegamos? Bueno, eso ya es más difícil de calcular porque depende de la bulla que lleven, y de lo deprisa que caminen, y de las veces que se pierdan y de los perros que les salgan. Claro, claro, es una teoría de relatividades, pero, así, cegarritas y todo como somos, cuánto nos calcula. Pues verán —con los ojos nos palpaba los glúteos, los mollares de las piernas, los huesos del tobillo—.

Pues no están mal, que no. Parecen fuertes. Si no viene la nube, y el río no se sale, a lo mejor dos horas y media. Pero oiga, ya será de noche. Bueno, pero eso no cuenta, porque después de pasar el río, ya se ve la torre que tiene una bombilla colorada y oirán rezar el rosario por los altavoces, y ya no tiene pierde. Gracias, gracias, tiene usted una mente cartesiana. Carte ¿qué? Nada, hombre, nada, que gracias y que felicidades al maestro de su escuela. Oiga, que el maestro es el alcalde. Que más gracias, hombre, que más gracias.

Subíamos por la quebrada, ya estábamos en lo alto de la herreriza. Ahora, a bajar. Allí no se veían trochas ni carriles. A saltar, ¿no te parece? Sí, yo primero y como tú estás más flaco te tiras como a un colchón, pero, no me muelas y estira los codos y las rodillas, que no tengas miedo, que yo nunca pasé de peso gallo. Zas. Ahora el magnetófono, ahora las máquinas, ahora los cuestionarios, ahora tu cartera. Otro zas y los dos en la plataforma. De nuevo zas y el magnetófono, y las máquinas y etcéteras, lo de antes. A la cuarta vez, ya no se podía saltar: amagaban los huesos en quiebra. Bueno, paciencia. Pasaremos la noche en esta cueva y mañana, Dios dirá. El lubricán ya no permitía distinguir el perro del lobo, es un decir; y cegarritas los dos. Apañaos estamos. Menos mal que lo que asomó era una mula jerezana con un gañán que nos gritaba. El río bramaba abajo y parecía un mugido de ternera encadenada. Oiga, usted perdone la interrupción, pero ¿no pegaría mejor decir que era un horizonte de perros? Sí, puede que quede más propio si ponemos eso tan bonito de ladraba cerca del río. Eso, y usted perdone. Pudimos salir de la boca y ya estábamos a unos metros del macho, que si van a Guájar, que yo también, que vayan detrás, pero que no se cojan de la cola porque el animal es muy guito. Nada, nada. A prudente distancia seguían los dos viajeros. El jayán gritaba y el río —maldito sea— se tragaba las voces. Cada vez caía más sudor y las alpargatas torcían más los tobillos y se entendían menos los alaridos. La mula resollaba al subir, y los dialectólogos echaban los bofes; la mula —suelta de petral— corría por la pendiente, y los dialectólogos, emprendían un trote cochinero; la mula —¿qué mal ángel le dio tan mala uva?— se metía en un meandro y los dialectólogos detrás; y otro y otro y otro. ¿Adivina, adivinanza, cuántos meandros hacen falta para ahogar a dos dialectólogos? Pues es

verdad, que nunca se pasó por las entendederas, pero ¿no cree usted que son muchos? Y ahora ya están guiados, la voluntad y a descansar. Al llegar a la casa que hacía de fonda, pero ¿criaturas, por dónde han venido? Ya ve, por lo seco, por lo seco. Métanse en la cama y enjutaré su ropa. Eran dos dialectólogos capicúa: agua desde el colodrillo hasta la rabadilla (era, ¿sabe el sudor?), agua desde el dedo gordo del pie hasta el ombligo (eran los meandros, ¿sabe?). No, mire, mande comprarnos alpargatas y mañana será otro día. Camisa, pantalones y calzoncillos son —con mucha propiedad— adornos en la cama de los dialectólogos.

Mañana fue otro día. ¿Y el señor alcalde? Servidor. ¿Además, señor maestro, verdad? Y ¿cómo lo saben? Nada, que fama volat, porque su prestigio se derrama por doquier. No tanto, no tanto, servidor cumple, saben, y la gente es generosa con las dádivas que reciben. Buena verdad la de hacer bien, ¿no le parece, señor alcalde? Mejor, señor maestro, que es más noble. Lo que usted diga, usted manda, usted manda. Mire, aquí y un servidor venimos de Granada (la retahíla de siempre, que no pongo por mor de lo caro que está el papel). Pues nada, a su disposición, pero antes quiero que vean los adelantos que he introducido en el pueblo desde que tomé el mando. (A sus órdenes, señor alcalde, a sus órdenes.) Verán si no es todo un invento: compramos una cafetera italiana y como lo de expresso con la prosodia local no suena muy bien, hemos preferido que nos sirvan batidos de chocolate. A veces el caño se atora, pero el mozo sopla y sopla y lo deja expedito (lo que usted mande, señor alcalde) y, a cambio, no importamos café del extranjero, porque el de Guinea, ya se sabe, son piñas tostadas con aljuma y todo (pero, señor alcalde, ¡qué bachillerato el suyo! Y usted que lo diga, aquellos sí que eran tiempos, no éstos faltos de imaginación y de perendengues. Que no, señor alcalde, que usted parece estar muy bien dotado. Y usted que lo diga; fíjese, en guerra lo que me pasó en Zaragoza: nada, yo oficial, con mi bigotillo, mi racionamiento extra, mi pistola, locuras con las mujeres. Una me cambió el suministro y en el hotel me vino con remilgos que si no, que si era la primera vez. Fíjense, yo con mi cinto y ella en pelota viva, la que armé. Claro, claro, si usted está muy bien dotado, señor alcalde). Hasta mañana y para irse, basta con que se tiren hacia el río y, ya, el camino de Vélez. Que guarde muy bien el cinto, señor alcalde, que es una

presea gloriosa. Y gracias, colegas, gracias, soy feliz de haber pasado tan buenos ratos con funcionarios del mismo ministerio que yo. Sí, sí, eso del ministerio tiene sus bemoles, ¿no le parece?

La bajada fue de garabalillo. Había que tirarse. Materialmente, tirarse. Del risco al almendro. Torceduras de tobillos, manos desholladas, gafas por los suelos. Se agarraba el tronco del árbol y una sacudida violenta obligaba al retroceso: túrdigas de piel quedaban en la corteza rasposa; alpargatas desarmadas, en los pedruscos resecos y un pálpito angustiado que quería salir del pecho. A veces el almendro —dirían mala follá por Granada—, a veces, el almendro se tronchaba y los dos dialectólogos se daban un costalazo contra el santísimo suelo. Y así de almendro en almendro, como si fuera el juego de la oca. Al final —¡qué altos los peñascales!— se anunció la vega. Había una pasarela de tablas, con su soga y todo para agarrarse. Cuando, aspeados, estábamos llegando a la llanada —con náuseas de chocolate y cinto—, salió un puñetero niño y nos la quitó. Al vernos las caras de estornino se engrifó contra nosotros: dos pesetas cada uno o llamo a mi padre y por aquí no pasa ni Dios. Nada, guapo, lo que quieras, y que tu papá descanse; no lo molestes, anda. Oye, ¿sabes quiénes eran Rómulo y Remo? Vaya chorradas que ustedes preguntan. No si no es por nada. Así debieron empezar y ya ves, ya ves...

Oiga, por éstas, ¿cuánto se inventa usted? Mire yo soy de una tierra sin fantasía. Cuando sale alguien bien dotado se llama Argensola o Luzán; así que ya ve. Yo soy un notario de recuerdos y nada más. Pero, pare la jaca, amigo, y qué me dice de Gracián y Goya. También es verdad, pero hay que ser respetuoso con los santos tópicos porque, si no, se echa a perder la bien ganada molicie y nos denuncian al ministro de vagos y maleantes. Y usted que lo diga, ¿qué lengua tiene? Así que también es verdad lo de Jauja. Que por éstas, que mentir está feo y que Washington no sé qué lío tuvo con su padre por culpa de un cerezo y la verdad. (¡Hay que ver lo que enseñaban antes en la escuela del ayuntamiento; eso ahora, ni en los colegios de frailes!) Sí me parece que antes le hablé de Jauja. Yo había estado en Alameda con un amigo que tiene muchos libros y que me trató muy bien, y hasta me mandó con su jeep a Jauja. Verá, Jauja nos recibió mal y nos descuajeringó la caja de cambio. Menos mal que era a la entrada del pueblo y la arribada forzosa nos

dejó en dique seco. Y ahora viene lo de siempre: ¿el señor alcalde? Está rezando el rosario. (El peregrino sonrió beatíficamente: ¿le iluminará nuestra Santa Madre la Filología?) Si quiere puede ir a ver la tumba de José María el Tempranillo, que es de mucho valor y la joya más insigne de las preseas de la localidad. ¡Qué bien habla usted, oiga! Pues claro, o es que usted no sabe que aquí estuvo don Dámaso y luego publicó eso de las últimas normas de ortografía y prosodia. Que sí, que sí. Si don Dámaso es amigo mío y me ha dicho que venga a buscar la *e* de cané, aguilé y grané. Pues eso, la ortografía y la prosodia. Bajó don Antonio, el alcalde. Su D. N. I. (malo, por entonces no lo pedían por las tierras autónomas del meridión). Así es que usté se llama Manuel Alvarez. No, mire, señor alcalde, como mi padre era pobre se quedó sólo en Alvar. Y ya sabe, un hijo debe respetar la voluntad paterna para que no le caigan las maldiciones divinas. Oiga, usté me parece que no está acostumbrado a tratar con autoridades. No, la verdad es que no, pero, usted perdone, yo sólo trataba de justificar esas cinco letras, pero no quería ofenderle. Bueno, bueno, por esta vez pase. Y aquí qué pone: catre qué, cadre qué, crate qué. Oiga, este D. N. I. es falso y, además, malo; lo que está claro es que usté es de la catedral y pone casado. Vamos hasta ahí podíamos llegar: un cura casado (eran los años del martillo de herejes y esas cosas que suenan tan bien), así que dese por detenido hasta que venga la guardia civil. (Nuestra Santa Madre la Filología, debió dormirse con los arrullos de la letanía.) En su encierro, el dialectólogo descubrió ciertas cosas que aún no había experimentado, verbigracia (otra vez la escuela de ayuntamiento) que los orines de la cochinera son más picantes que los de la gañanía, que las moscas hacen más cosquillas en el caño de la nariz que en las orejas, que los calzoncillos escuecen más en las ingles que en los cuadriles y etcétera. Luego, muy luego, vino el cabo primera de la benemérita. De entrada ya daba cierta tranquilidad: era rubio y tenía ojos azules, era alto y saludaba dando la mano, pidió cortésmente el D. N. I. Lo devolvió: todo está en orden, puede circular libremente. Gracias, benemérito, gracias, pero, oiga, ¿usted podría decirme por qué me han detenido? Mire, yo no soy gallego, pero ¿podría preguntarle? ¿Qué se le ha perdido a usted por aquí? Hombre, perder lo que se dice perder, nada, pero quisiera encontrar algo. Pues, no lo entiendo porque

en esta calle de Lucena, ni se pierde ni se halla. Bueno, a lo mejor me ayuda. ¿Acepta un chato? Yo, sabe, pues lo ha leído en mi D. N. I., yo soy eso que pone, y estoy haciendo un diccionario y voy por los pueblos buscando palabras. Pero, alma de Dios, ¿usted cree que ese es un oficio de gente sana? Pues no lo había pensado, pero ahora me doy cuenta que a lo mejor estoy en un error así de gordo. Usted me dirá. Mire, hace quince días vino un chino que hacía juegos malabares. Enseñó a las fuerzas vivas (pero usted no es fuerza muerta. No, es que la ordenanza es la ordenanza y yo visto siempre de uniforme. No podemos denigrarlo en el azar de los tahúres. Usted perdone, y mis respetos). Como le decía, enseñó a las fuerzas vivas y luego las desplumó. Se escapó con los cuartos de todos y con la honra de una pretendida doncella. La cosa está clara —¿no le parece?— porque usted ¿qué utilidad trae a la república? Y usted que lo diga, señor benemérito, y usted que lo diga, pero ¿qué le parece, qué puedo hacer para pasarme por chino?

En Bobadilla se encontraron los dos dialectólogos. Sí, en Bobadilla, mismamente donde Dos Passos cuenta que pueden pasar todas las cosas del mundo. Allí, acaso los rocinantes en camino éramos nosotros, ¿quién sabe? Allí nos ocurrieron cosas largas de contar, como las del hincha del Betis manque pierda, las de la criada de Casariche (ay, ceñito, tié uhté la mehma cara que mi Henaro er día que me perdió), las de los gitanos capadores que se empeñaban en llevarnos a cerrar las almazaras de Puente Genil y acabaron comiendo con nosotros ensalada de abadejo y naranjas, las de... Oiga, ¿pero tantas cosas pasan en Bobadilla? Y más y más, porque ya verá: Gregorio Salvador venía de tierras de Sevilla, qué, ¿bien por Jauja? El *ABC* trae un artículo sobre don Antonio el alcalde y la justeza con que al pueblo supieron ponerle nombre. Sí, sí, pero la verdad, Gregorio, es que hay que viajar menos y leer más el periódico.

TRUCHAS Y BRAGAS ENJUTAS

Aquellos pueblos de Córdoba —tan arriba— siempre quedaban a desmano, pero había que hacerlos. Con frío y lluvia empezaba la peregrinación que acabó con hielo y temporales. Sí, son cosas que a veces pasan y que no se pueden remediar. Trabajar así engarabita los dedos, deja ateridos los pies y no gusta descansar, porque las sábanas están húmedas siempre. Pero había que terminar el trabajo y el invierno de 1955 se presentaba con cara de perro. Ya se sabe, secar o aguachinarse. Córdoba nos despedía tristona porque las truchas —y ya es dolor— hay que pescarlas con calzas mojadas y arrecogidas. El autobús era un destartalo que caminara: las cuadernas del sollao se entreabrían y el viruji trepaba por las perneras abiertas; los cristales no ajustaban y un tracatá obsesivo golpeaba inmisericorde los oídos; como estaba prohibido fumar, las tagarninas —¿de qué?— arañaban en la garganta que tan poca afición tenía a quemar sahumerios. Pero poco a poco la ciudad —lejana y sola— se nos había perdido y cruzábamos campiña y soledades, entrábamos en la sierra, donde aún se oye la brama de los corzos. Por allí pasaron comedias y tragedias: que si novios de Hornachelos, que si Fuenteovejuna, que si soledades de don Álvaro. Uno, que no cree en vaticinios, debía confiar algo más en la historia, pero todo esto se piensa después de saber las cosas y entonces no vale hacer cubileteos con los dados esos del tiempo pasado. Pues, no me diga, vaya lata. Eso, mucha lata, pero irremediable e irreparable, según se lee en los relojes de las catedrales. ¿Y ellos lo saben? Claro, hombre, lo aprendieron de los canónigos, que son gente sutil y fina. Allá arriba hay pueblos de nombres sonoros (Villanueva del Duque, Villanueva de Córdoba, Granjahermosa, Fuenteobejuna con be) y otros que tienen un retintín menos acariciante y hasta fosco

(Pueblo Nuevo del Terrible), pero es que hay gente pa tó y esto de bautizar pueblos tiene sus gajes, como todos los bateos, y uno junta letras y luego le salen melindres o ajos, que los padrinos se parecen mucho a los que tuvo aquella moza, jocunda y refitolera, a la que no supieron ponerle nombre. Eso, pero, ¿no le parece que el padrino tiene bastante con tender los brazos y que el agua y la sal son de difícil casorio? Pues, sí, también es verdad, por eso pasan las cosas que si no, ni modo. (Este hombre parecía un libro: decía sentencias tan sutiles que el rabí palentino las hubiera envidiado, y eso que no estaban en verso, ni dejaban agua de rosas en ningún vaso.)

El pueblo tenía una plaza grande, con dos fustes rematados por bolas. Eran años más o menos escurialenses, aunque la gente —según parece— empezaba a no creer en las reservas morales de occidente. Al fondo una iglesia con arco de piedras abigarradas; el ayuntamiento estaba allí cerca, y, lo de siempre, oiga, ¿podría hablar con el alcalde? Claro, pero ya no es hora y como llueve... ¿Y su casa? Sí, aún no es tarde. Claro, claro, como llueve y no es tarde... ¿Puede acompañarme? En una calle cercana estaba el casino. Era una casa como todas de por allí: blanca, pulcra, grande. De casino no tenía mucho: habitaciones destartaladas, de vez en cuando una mesa con sillas o posetes y poco más. Cruzamos un cuarto, luego otro, luego otro, y al fondo —con chimenea y todo— lo que debía ser cocina. Los leños se acurrucaban en los morillos y piadosamente nos daban una llama limpia que se estiraba al saberse sin frío.

¿Cómo está usted? ¿Es el señor alcalde? Presentaciones, pretextos y causas. Lo de siempre. ¿Entonces, usted conocerá al Dr. Castilla del Pino? (Repeluznos como carámbanos empezaron a sacudir al visitante: su amigo dirigía el manicomio.) La voz del jerarca retumbó: ¡todos fuera, que tengo que hablar con el caballero! (Cuando el caballero se encontró cara a cara con el munícipe se acordó de que el perro ladrador, etc., pero, ¿y si el perro no lo sabía?) Verá, es que el Dr. Castilla me está tratando, ya le diré, ya. Ahora tengo que ponerle en antecedentes: en cuanto veo un reloj, zas, zas, a pedrada limpia. Y, claro, fíjese usté, el otro día me llamó el gobernador (sabe, consignas de acción conjunta) y fui a Córdoba. ¡Eso sí que es ciudad! Tantos escaparates de cristal, tanto lujo, tanto señorío, porque usté ya lo habrá oído:

caballeros de Jerez, señores de Córdoba... Sí, sí, no hace falta el resto de la retahíla, aquí tenemos parada y fonda. Y usté que lo crea, y usté que lo crea. Y, de pronto, un montón de adoquines de las obras, y una relojería —¡Dios la que armé!—, había tantos relojes que me faltaron adoquines. Pero como soy autoridá, pues ya usté sabe; saqué la citación del gobierno y el guardia, que venía con las del beri, se cuadró y dijo, a sus órdenes, señor alcalde. Y yo, ponte cómodo muchacho, ponte cómodo. Porque hay que ser fino con los subalternos bien educados. ¿Y qué le dijo el médico? No, hombre, no, si al médico voy por otra cosa. ¡Ah, sí! Verá, con usté tengo confianza y usté es un caballero (para servirle, para servirle). Es que tengo un hijo y le doy cada tunda que lo muelo. Pero, hombre, los críos no se dan cuenta, y hacen cosas indebidas, por eso los padres debemos corregirlos pero sin ira; al fin y al cabo son carne de nuestra carne y eso que dicen en el púlpito. Pues nada, que lo tundo. Prevenir antes de corregir, ¿verdad? Eso es lo que yo digo, porque ¿y después? Claro, claro, ahí está el problema, ¿y después? Graves cosas hará, ¿no? La peor de todas: mama de mi mujer, y eso que no tiene más que seis meses, que cuando tenga veinte años... El forastero tiritaba, tenía sofocos, sudaba y le caían gotitas de escarcha. (La mujer era joven, parecía hembra de mucha guerra; el crío, rubiales y risueño. Bebíamos vino de la cosecha y la buena moza traía pastas. El forastero tenía algo raro en el garguero: parecía cemento amasado con mosto. Pero, vaya usted a saber, los productos cambian tanto de pueblo en pueblo que parecen, mismamente, palabras de diccionario. Y usted que lo diga.) Bueno, señor alcalde, me voy muy contento; he aprendido mucho aquí porque —como usted dice— el viajar enseña mucho. Y la vida paradisíaca de las aldeas es como es, y no hay que pedirle otra cosa. ¡Qué razón tan verdadera, señor, qué razón!

El otro pueblo seguía a remojo. Aquí el director de la escuela era afable y parecía muy bondadoso. Sabía bien la historia local y llevó al forastero por buenos pasos. Porque, ¿verdad usted, que las cosas no pintan siempre cabreadas? ¡Qué va, hombre, qué va! Aquí todo fue bien hasta la tarde. Al dar de mano (no, aquí no pegamos a los zagales, es un decir. Sí, claro, ya decía yo), al dar de mano vino otro colega: llevaba un abrigo descarnado por las hombreras, alguna hilaza era gualdrapa sobre la tela gastada y

una cuerda guindaba, desdeñosamente, a los lados del cuello, tras remansarse en el morillo. Ya sabrá perdonarme, pero como es sabido, los maestros de escuela tenemos amables compañeros en las hambres endémicas. Comemos diez días y veinte, silbamos. Oiga, y ¿tan mal siguen las cosas? Pues verá, en España la cultura no se aprecia —y usted que lo diga— y basta que un servidor fuera alumno de don Américo Castro, para que se ensañen los que no saben de hombres egregios —pues sí, no le falta razón— y claro, yo me casé con una moza joven y ya no ando para muchos trotes, porque el intelecto desgasta mucho —sí, claro, sí— y la dejé allá en la aldea, en Galicia; me vine bien lejos para defender mi integridad y salvar el don preclaro de la inteligencia —más síes; la verdad por delante— pero lo que gané en velas se me fue en cirios. Y aquí me tiene. Tras la cortés bienvenida al colega universitario, me despido para ir al trabajo, porque tengo pluriempleo y descargo vagones en el tren. Muy señor mío, y que la patria premie su dedicación y laboriosidad. Y usted que lo vea. Y a sus pies, señor profesor, a sus pies.

Oiga, don Antonio, pero ¿así está el gremio? Pues no, porque este es de lo mejorcito que he tenido. ¡Ah!, también tiene usted suerte, que si no... Con el discípulo de don Américo vino otro colega. Hermano de un jerifalte. Me pidieron el desván de la escuela para dormir, porque tenían que ahorrar para la familia (sí, sí, claro), y un día me quemaron los colchones porque asaban las sardinas con el somier por parrilla. (Ya es imaginación, ¿no le parece, don Antonio? La imaginación la descubrió luego. Pues usted dirá, si no atenta al sigilo profesional.) Un día, el otro colega apareció muerto. Busqué al juez y allí fue Troya (pero, Troya, Troya. Sí, Troya, Troya; ya sabe son idiotismos que se fosilizan y ahí están. Como lo de los paquidermos y proboscídeos, que siguen en el diccionario y ni Linneo aclara ya las cosas. No le falta razón, que no le falta). Bueno, me vuelvo a Troya: dormían sin colchón y sin manta, se encamaban sobre papel, como los plátanos de Canarias, y así les iba. Además, estaban envueltos en periódicos y una guita les rodeaba todo el cuerpo para que no se les cayera la cultura impresa. Pero... sí, claro: uno le ponía al otro el zumbel como si fuera el trompo y al revés, o al respective o la recíproca, como los verbos. Sí, claro. Y lo malo es ahora, ahora,

porque, ¿quién le pondrá el rehilé a este desgraciado para que haga de perinola?

El forastero estaba peor que cuando chico. Al jugar a los patacones de barro, un poco de salivilla —suavica, suavica— dejaba liso el fondo del hoyo. Se invertía, se tiraba contra el suelo y —zas— la pasta amasada quedaba cierta, mientras el culo saltaba en mil rebabas desmigajadas. Pero si al zas el barro caía —paf— como la torta vacuna, los otros críos se le burlaban: al primer tapón, zurrapa; al primer tapón, zurrapa. Sí, por lo que usted cuenta el juego tiene su conque y no debe ser fácil el chatobrián de la barrera, que si hecho por fuera y blando por dentro. Claro, claro, es de mucho conque. Pues he vuelto a ser crío y recrío: al primer tapón, zurrapa; y al segundo. Ahora me voy a otro pueblo porque estos Pedroches me salen más difíciles que una estocada a Cagancho. Hombre, no todo está mal, porque a lo mejor hasta escribe un cuento y eso sí que tiene mérito. Y usted que lo diga, pero tengo unos marrajos que si no se acierta la primera en los rubios convertimos la encuesta en un alfiletero.

Estábamos ya en la novena de Navidad. El pueblo, sin luz, sin fonda y sin cena. A tientas llegamos a casa del secretario. Era un mozo muy dado a sus alcurnias. Hizo caridad con el forastero y como la tal empieza por uno mismo, a cambio de la cena y de buscarle informante, le largó un legado en francés para que siguiera practicando la didascalia ésa. Mire, como madrugo, se lo acabaré mañana. Seguía lloviendo, y el forastero se parecía al alcalde de Alagón; no dejaba en paz ni a los charcos; el forastero se torcía el tobillo en cada guijarro hundido; el forastero, entró al palpo. Sin luz y sin cerillas. Tentó la cama. Sí, los pies, esto deben ser las bolas doradas y esto el redondel del centro; ahora, ya no hay cama. Acariciaba un palo áspero; otros tres bajaban; el asiento de abozo. Ya está. Colocó cuidadosamente la chaqueta, se descalzó, volvió a la caba —húmeda, desabrigada— y se metió con ropa y todo. No había forma de orientarse. Tendido, se agarró a los banzos; si soltaba una mano el cuerpo se escoraba hacia el suelo; si la otra, el equilibrio era —¿se dice así?— inestable. Cerró los ojos y apretó los puños. La noche era toledana. De otro cuarto se oía ayyy, ayyy, y sonaban ruidos sin armonía ni diapasón. Ayyy. Y esto le pasa a uno por meterse en camisa de once varas, si estos pueblos ya no son Andalucía, si la orden

de Calatrava, si el desierto del Ovejo... Todo se ponía de color tétrico. Ayyy. Y en el cuarto no entraba ni una rachita de luz. Debieron pasar horas. Pam pam rataplam plam pam. El lúgubre toque de las cajas sonaba cada vez más cerca; el redoble de los tambores tenía agresión de mesnada enemiga. Sí, en Zalacas atacaron con atabales y en Niebla se usó la pólvora. El forastero pensó que cuando la noche es toledana todo esto, en Venezuela lo dicen, son mamaderas de pavo. Sones y redobles se iban alejando y al fin se perdían. Nuestro hombre se agarró al banzo de la derecha y se palpó: sí, aquí está el botón alto del calzoncillo; sí, esto son los calcetines con el tomate de la punta; sí, aquí, en el bolsillo de la camisa, tengo el lápiz rojo de las señales. Dio un hondo suspiro. Aún vivía y aún recordaba lo inmediato. La santa compaña —pam pam, rataplán— se acercaba. ¡Dios, si yo estudié en Salamanca! Cada vez más cercano y agresivo el rataplán. Y ahora se amortecía poco a poco. Apenas si se oía —plaaammm—. La noche no estaba para bromas. En el tratado de etiqueta y urbanidad de la escuela (sabe, era de ayuntamiento, y a lo mejor por eso nos dieron modales de buena crianza), sí, en el tratado decía que a las visitas hay que recibirlas con decoro en el vestir y afabilidad en el trato. El botón seguía, seguía el roto en el calcetín, el lápiz seguía. Pero ¿y las figuraciones? ¿Y los fantasmas noctámbulos? ¿Y las cabras del aquelarre? Mira, mira, vístete, y si vienen por ti las tibias aflautadas, tú, decentito y cariñoso. A lo mejor así se arrepienten. Soltó una mano y se dejó caer; con la otra, tastó. Aquí están. Metido en la cama se puso los zapatos. Anudó los cordones. A lavarse. En la cocina, el rescoldo estaba recién avivado. Se anunciaba una llamarada y del techo colgaba un gancho; de él, una capaza con la Virgen del Pilar y una leyenda muy propia: recuerdo de Sallent de Gállego. Si aquel pobre hombre hubiera sido un Abderramán cualquiera, le hubiera dedicado un bellísimo poema. Pensó que mejor era no competir. Todos los vates del Universo mundo han dicho esas cosas tan nuevas del abanico de sus hojas, de la firmeza de su pírgano, de la esbeltez de tu talle. Pero eso lo han dicho de la palmera. ¿Usted sabe si han cantado al capazo? ¡Si a lo menos hubiera sido un espinazo del arenque!

Entre meditaciones ascéticas (sólo un vaso para toda la zafa), emocionantes añoranzas, y astucia para administrar el agua, pasó

un buen rato. Los ayyyes seguían con acompañamientos de popa. La pared tenía reborujones de cal. Sí, blanca del albeo; los guijarros del paso lastimaban, pero les habrán dado aljofifa y por la mañana brillarán; la cortina del cuarto se mecía suavemente. Un temblor —rataplán— sacudió al hombre aquel que quería esperar con decoro en el vestir y afabilidad en el trato. El cobarde livor del amanecer se anunciaba. Ojos ciegos tendían las manos adelantadas. Palpaban, palpaban. Una sombra inane —*Eneida*, VI— se escapaba de los dedos de Palinuro. ¿Y la ventana? ¿Toda la noche sin ventana? Buscó la silla y se metió en la chaqueta: un frío doloroso le abrazaba el cuerpo; sentía humedad de caverna y visco de anguilas en su cintura, en su torso, en sus brazos. La repugnancia que sufrió Laocoonte debía ser aquello. Se quitó la chaqueta, la tiró y frenéticamente se palpaba: las manos estaban mojadas, la camisa mojada, los pantalones mojados. La desolación empezó a vestirse de día. Y dejé el otro saco en Villanueva... La claridad amagaba ver: la habitación daba sobre la calle, no había ventana y el agua implacable —tac, tac, tac— había entrado durante toda la noche. ¿Y el suelo? A gatas lo fue palpando: sólo tenía yeso, la silla era baja, la americana de lana... Los faldones y las mangas habían chupado durante horas y horas y la mojadina subía, subía, había estado subiendo, desde el suelo. Oiga, ¿y los tambores? Sabe, es que estamos en la novena de navidá y la cofradía de las ánimas sale para llamar a la misa de penitencia. ¿Verdad que es una costumbre muy piadosa? Y usted que lo vea, porque —ya sabe— seguimos siendo la reserva espiritual de occidente. Qué verdad es ésa, qué verdad es ésa.

El tren llegó a su hora —o sea con tres horas de retraso—; venía —es un decir— de Azuaga, y se decía —es otro decir— que iba a Córdoba. En la estación, todas las fuerzas vivas despedían con afabilidad al forastero. Era ya un anuncio la Navidad y, aunque no se había inventado lo de felices fiestas ni lo de merry christmas, estaban alegres todas las gentes cristianas. (Oiga, eso suena, ¿verdad?) El forastero, lo que son las cosas, también se iba contento: Córdoba estaba a unas pocas horas y allí le esperaba su mujer —siempre sonrisa abierta— para comprar los juguetes a los críos. Pero el retraso, el día corto y las prisas largas, hicieron que la noche llegara pronto. El diluvio no tenía reposo y el tren renqueaba. A fin, se añusgó y no quiso andar más. Gentes de-

portistas, y con su mijita de cachondeo, se acercaban a la vía bogando botes con su remo y todo. A ustedes les gustaría, mucho, ¿verdad?, parecería la barcarola de *Marina*. ¡Qué razón tiene, qué razón! Doce horas después llegábamos a Córdoba, ¿también suena, verdad?, lejana y sola. Que el disco, que las agujas, que el jefe de estación. Se organizó un safari semiacuático. La estación estaba a oscuras, las puertas cerradas y el amo se había llevado las llaves. Claro, sabe usted, es que no nos iba a esperar toda la noche; hay que comprenderlo, porque también los renferos tienen corazoncito, y eso, y la mujer, y los hijos, y el hogar, el dulce hogar (¿cómo suena, eh?). El Néstor fértil en recursos, que nunca falta, improvisó escalas. Cuiden, no se claven en el sieso las lanzas de la reja; los gordos, los últimos, que pueden escoñar las traviesas; primero las mujeres y los niños. Que si mangas remangadas, que si bragas de rosa —sólo usaban pantalones los hombres—, que ligas apretadas —más arriba o más abajo— a las carnes, blancas, y sonrosadas por el cerco. Al otro lado de la tapia, la libertad. Un cine tardano tenía encendido el letrero: *Desirée*. No había ni esas diablas tan bonitas y decorativas para los turistas. El hotel Granada, sabe por lo del paisanaje, estaba a un salto de liebre. El forastero —madrugada alta— debía parecer un cristo. Que no, mire, que no. Que aquí sólo hay señoras decentes, que eso está más cerca del río, que lo que usted me pide es una grosería. Diluviaba, decoro en el vestir y afabilidad en el trato. Pero estas barbas, y esta mojadina, y esta soñera irritando los ojos. No claro, si es verdad, si usted cumple con su deber, si aquí sólo hay señoras decentes —hasta ahí podíamos llegar—, busque usted en los viajeros que han llegado hoy y verá que mi mujer ha tomado una habitación para dos personas. Aquel mozo de hotel era más duro de pelar que el Kaiser. Al fin, pulsó la manivela: riiin. Perdone, señora, aquí hay un hombre mal encarado que dice ser su marido.

El invierno de 1955 tuvo cara de perro para la dialectología; en Los Pedroches sobró el agua. Y es que —¿verdad que usted también lo sufre?— nunca llueve a gusto de todos.

IGUAL QUE UN CUENTO DE BARBEY

Pues ya ve, los maestros nos ayudaban, como los alcaldes, como los secretarios, como los alguaciles. Y como los curas, ¿verdá, usté? Sí y como los curas y como las gentes de pocos posibles, porque con los médicos y los veterinarios no nos atrevíamos mucho. Esto de las palabras no se cotiza y teníamos miedo a quienes nos miraban con desdén. ¿Así es? Pues claro, hombre, ¿le ha dolido alguna vez una etimología? ¿O le supuró un archifonema? ¿O le salió un golondrino de fricativas? Si se pone así, pues no hay forma de hablar, pero, me digo yo, habrá otros menesteres más humildes y que no precisen del bisturí para sajarlos. Que no, que no, porque tampoco sale usagre de las lexías ésas, ni aspean los sememas, ni producen ubrera las velares. Pare el burro, amigo, ¿y no hay modorra de morfemas? En eso tiene razón, pero se cura con un poco de oreo y otro poco de acarrazo, que para esos quehaceres los dialectólogos no vamos al veterinario. De eso usté sabrá, porque por aquí no gastamos de esas suertes de vagos y maleantes. Oiga, sin faltar. Es que con eso que usté cuenta, pues, vaya a saber, qué es lo que ustedes buscan y con qué malos fines. Pero si le molesta, dejemos la fiesta en paz que los señores maestros son muy señores míos y con ellos estábamos. Pues a lo que iba.

El campo tenía ya su vicio. Entre la cebada, las amargazas menudas ponían una mancha de amarillo suave, menos hiriente que el de retamas, retamones y escobas. En otros sitios, el trigo encañado —cuando canta la calandria y responde el ruiseñor— estaba alfombrado de ababoles con su botón negro de adormidera. Oiga, ¿y eso se ve también por los museos? Y por los campos y por los campos. Las lomas eran suaves y el siena se mudaba en un avinagrado alazán. Los olivos tenían rigores de teorema: los más viejos alzaban dos brazos generosos y desesperanzados y su verde

humilde daba calor a la tierra próvida. De vez en cuando, una palmera solitaria levantaba un penacho hierático. Y las viñas aún eran muñones amputados. Pero al hombre que se acercaba le gustaba detenerse con los motivos más menudos: romero, tomillo y serpol para perfumar las manos que tocaban; pajitos enamorados —¿sí? ¿no?, ¿sí? ¿no? ¡Sí!— para repetir suertes ha muchos años echadas; matalauva de fuertes y agudos sabores. El pueblo estaba cerca; los tejados tenían un perfil en blanco: en la cumbrera donde los rollizos se apoyan, en el descanso de las soleras, en el cruce de los hastiales. Como los pintores esos que ponen un tiznón negro para encerrar a los cristos, a los santos, a los profetas. Pero con tanto negro, los ojos de las figuras se ciegan y quedan unas manchas hirientes y sucias. En Andalucía, no. El perfil de las cosas se recorta en blancos para que el cielo siga siendo cielo y las tejas, tejas, y la espadaña, espadaña. Blanco, camino de colores sencillos y verdaderos: azul, ladrillo, ocre. Y una lejanía de sombras y de luces. Andalucía más vieja aún que Homero, redescubierta en su pureza y en su sencillez. (Oiga, pero que se desmanda usté más que un utrero en libertad. ¿Volvemos, entonces, a lo que íbamos? Porque en el pueblo sólo un tendero tenía camas. Frescura de caño subía por los escalones; tras el mostrador, un hombre y una mujer. Que aquí no tenemos, que todo está lleno, que ya le vamos a buscar al alcalde. Que si se quiere sentar en la trastienda.)

En la trastienda, una muchachita planchaba finos lienzos. Sí, como hubiera hecho Nausicáa de haberse encontrado con Ulises un poco más tarde. Eso. La muchachita tenía un suave arrebol y pausados movimientos y un sereno equilibrio. Ya no llegaba la frescura del caño. Al sentirse contemplada, los arreboles eran intensísimos rubores, y se anunciaban gotas sin formar todavía. El dialectólogo —tímido él— también empezaba a estar incómodo. No había venido a turbar apacibles soledades. Cada vez que intentaba hablar, notaba pastosa su boca y, en el rictus entreabierto, las palabras no tenían resonancia. Al fin —¿qué potro se había desmandado?— es usted la maestra. Bajó un silencio lustral y se quebró la espesura del aire. Sí, señor, —¿usted es el nuevo maestro? Bueno, más o menos, enseño en Granada. ¿En la Universidad? Hago un trabajo por los pueblos, pero aquí no voy a poder, si no encuentro dónde dormir. La muchachita estaba tranquila, volvía

a ser Nausicáa de serenidades. ¿Usted no podría ayudarme? Tengo aquí una habitación y estoy sola, puedo irme a dormir con cualquier amiga y le cedo el cuarto. Nausicáa se había cristianizado. Ahora era un ángel. Volvía el tabernero: mire, la señorita me presta su habitación y ella irá a dormir a otra casa. Pues ya se lo puede agradecer. Aquí no hay modo. Y el dialectólogo se olvidó de Ulises y se acordó del maestro de Guájar: sabe, es que somos algo colegas y la solidaridad del oficio; ¿comprende? En el calor que agredía, aún pudo sentirse un suave, delicado, perfume a poleo y a membrillo que brotaba de la ropa recién planchada.

Ya alta noche, el dialectólogo buscaba el cuarto. Dejó abierta la luz del pasillo para orientarse en las sombras de la habitación. Una cama olía a sábanas estirazadas y pulcras. Pero había otra; la indecisa lámpara del corredor se proyectaba sobre una espalda desnuda. El dialectólogo sudaba aterrorizado, pero no, no; era el cuarto de la maestra. Olía a poleo y a membrillos. La muchachita no podía estar allí. Más comprobaciones, la silla que se caía, la canilla del rezagado se lastimó en el somier, gotas de la frente nublaban los ojos. Pero la espalda no aclaraba las cosas: ¿hombre, mujer? Las margaritas de la tarde volvían a deshojarse en preguntas. Al fin el paso decidido: dar la vuelta a la cama para comprobar los abalorios (no hombre, no; la sábana cubría hasta más arriba de la cintura). Se irguió el ventero: acuéstese y no haga más ruidos. Es que yo creía que era la habitación de la maestra. Claro que lo es, pero, coño, que quiere usté, que una noche que puedo dormir sin mi parienta iba a desaprovecharla, ¿o qué?

¿Y para esto ha empleado tantas palabras? Yo creía que nos iba a contar algo del Caballero Casanova y va y nos deja con la miel en los labios. Vaya cosas que les pasan por los pueblos, si, a lo menos, nos contara una historia de miedo, pero maestra arriba, ventero abajo y, al fin, ni chicha ni limoná. Es que —ya ve— las gentes de mi oficio, por el común, somos de natural apacible y tardos de arrancada; así que no nos pasa nada, a no ser que nos lo sirvan como las carambolas al buen rey —es hablar por no callar— Fernando VII, y ni aun entonces, porque empezamos con eso del amor platónico, de Amadís y de yo no nací sino para quereros y que a buenas horas llegas mangas verdes, porque lo que no viene bien a bodas y demás cosas de mucho saber. Claro, pero qué quiere que le pase a usté con maestritas

que planchan. Si a lo menos fuera con cabos de la benemérita. Total que buscando alguaciles, secretarios y profesores de E. G. B. (según dice el Boletín Oficial del Estado) se deben aburrir como ostras. Pues ya ve, siento mucho que esto no le haya divertido, pero se me hacía un figurar sutil y todo. Pero no crea, no siempre buscamos maestros. Una vez, me ayudó el jefe de correos, que me dejó montar en el jeep de servicio para entrar a Jaén por la retaguardia. Y cuando hice aquel pueblo ya tenía mucha experiencia, pero, qué le voy a decir, si las cosas son las cosas.

Porque empecé por nombres que suenan bien: Santiago de la Espada, Castril de la Peña, Puebla de don Fadrique. Y al acabar volví para repetir el trabajo porque, sabe, diez años cambian mucho el juicio aunque de dialectólogos se trate. Pero en Santiago no supieron darme razón de mi informante, en Castril me dijo el veterinario que al día siguiente de irme se ahorcó el sujeto y en Puebla de don Fadrique se había muerto tísico el hombre que me acompañó. Pues sí que las hace usté buenas. Y usté que lo diga, pero no querrá culparme de nada, ¿eh? Porque yo pregunto y pregunto, pero a mis amigos les doy tabaco y vino y alguna tapa. Y, claro, les pago, porque en este sindicato mío no se explota a nadie. ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Quiere usté volver de los cerros de Ubeda? Mire, los nativos dicen en singular la Loma de Ubeda y no debe tenerse a desdoro lo de irse por aquellos andurriales porque más de uno hubiera querido quedarse en la plaza de Ubeda, con su Colegiata, con su iglesia del Salvador, con su palacio del Condestable Dávalos, con su ayuntamiento de Vandelvira y con un paisaje increíble abriendo —o cerrando— la obra de los hombres. Y allí cerquita, cerquita de San Juan de la Cruz, la sombra titubeante de Machado. ¿No le parece que son buenas compañas? Mire, con usté no se puede. Vuelva o quédese, pero acabe de una vez con su cuento.

Verá, sí. Me encontré solo en Puebla de don Fadrique y se me ocurrió ir a ver al jefe de correos (¿el mismo del jeep?) y le conté mis cuitas. Le voy a traer a un pastor que nos ayuda. Esperábamos en el casino. Como en todas partes se aprende algo, allí había un documento viejo: el pueblo se llamaba Volteruela. Luego, le mudaron el nombre para que fuera como el de Toledo, porque esto tiene recuerdos de los Duques de Alba. Oiga, ¿todo eso estaba en el casino? Bueno, todo no, ¿no le parece que para

ahorcar al seis doble no hace falta tanto leer? Y usted que lo diga, que su mijita de brisca y de mus hacen bien al cuerpo, pero no mucho a la historia, y, claro, para lo que yo quiero a mi barbero tanto latín, y más, sabe que Antonio de Nebrija. ¡Hay que ver qué cosas se le ocurre leer en los casinos, hay que ver, porque estoy casi por no creerlo!

Puebla de don Fadrique es un pueblo que ya habla murciano, debe ser por lo de la Andalucía esteparia, o lo que dicen los geógrafos. En Puebla hay eses castellanas (con perdón) y las mujeres hablan distinto de los hombres; en Puebla hay una hoya reseca, donde cultivan cereales, y cortijadas de pinos o de almendros. El paisaje empieza a tener aire levantino y se pierden las morbideces andaluzas, y su gracia y belleza también. Así son las cosas. En Puebla hay esparto y espliego, que lo que se pierde por un sitio se gana por otro. El esparto languidece y el espliego tiene aceite oloroso en sus florecillas violeta. Y tiene una sierra donde van los pastores, ¿como a la Extremadura? Bueno, no, que eso queda hacia la izquierda, allí donde iban las merinas de Soria y que llamaban Hornillos y ahora, para que caiga bien, Santiago de la Espada. Pero si le digo lo de los pastores es porque uno de ellos vino en mi ayuda. La encuesta era penosa. A mi amigo el jefe de correos le dije que el hombre se aibaba y que no andaba ni a paso de podenco. Sí, claro, desde que le pasó lo que le pasó. Porque iba con su ganado ramoneando de aquí para allá y así veía a la novia que estaba de moza en un cortijo. Un día no la encontró: se marchó, ¿sabe? Sí, claro, es lo que pasa, las criadas cambian de casa y no por eso hay que llamar a la guardia civil, ¿no le parece? Apañaos estaríamos entonces. Se van y adiós. El novio se quedó tranquilo, y adiós. Los pastores en su soledad hacen cucharas de palo, alisan sogas de esparto o agujerean suelas de abarca, que para eso el tiempo no cuenta, porque ¿iban a pensar en cosas de esas que dan dolor? Y usted que lo diga. Un día el pastor miraba aquel paisaje un tanto agrio: había aliagas secas, cardinchas y azotacristos. El pastor ceñía a su cintura filásticas de esparto que iba trenzando despaciosamente; después, con dos zuros de maíz suavizaba las bastedades. El perro no estaba. Pero, ¿no le parece que tampoco es esto como para llamar a la guardia civil? Y el perro seguía sin aparecer. Cuando había que pensar en el sesteo, el pastor silbó para que el perro amagara

en las corvas de las ovejas, o en la gorja de las más remisas. El silbo se perdía en la lejanía y volvía un eco en forma de largos ladridos. El perro se acercó a su dueño y le dejó a los pies una mano de mujer. Aún llevaba el anillo que le regaló el pastor. (Sabe, sí, fue para no pagarle.) Y el hombre volvió con su hatajo al pueblo, y con la mano —seca, inmóvil— de la novia que ya no acariciaba, que ya era un pedazo de leña enjuta, pero que en un dedo tenía incrustada aquella baratija.

ISLAS AFORTUNADAS

El dialectólogo a veces se acuerda de un verso de Du Bellay: "Dichoso aquel que, como Ulises, ha hecho un largo viaje". Y el dialectólogo que es hombre sincero y veraz, siente la emoción de su viaje y teme contar cosas para que los demás no le digan ¿y V. no inventa nada? Las gentes que saben mucho de libros dicen que los griegos, para nuestro bien, con la razón asaltaron a los mitos, pero uno, que también lee de vez en cuando, piensa que los griegos mataron entonces a la poesía. Y siente que, al caminar de isla en isla, o al subir a las brañas de los pastores, o al ir a un barquichuelo azocado en una caleta, ya no encuentra cinocéfalos ni cíclopes, ni sirenas, ni nada de nada. Y el dialectólogo, que a veces lee, tiene rencor contra Luciano que —con todo su racionalismo— se equivocó creyendo que hay cosas "que no solamente no existen, sino que ni siquiera pueden existir", porque él, Luciano, escéptico y racionalista, llegó a escribir esto:

> Otros muchos autores [...] han [...] contado hechos vividos, aventuras y viajes en los que hablan de animales monstruosos, de costumbres crueles y de prácticas singulares. El patrón y maestro que les ha iniciado en esta variedad de charlatanismo es el Ulises de Homero contando en la corte de Alcinoo historias de vientos encadenados y la ferocidad de ciertos hombres salvajes que no tenían sino un ojo y comían carne cruda.

Pero Luciano no había hecho ningún largo viaje, ni se tropezó un día a la hermosísima Nausícaa lavando sus lienzos, ni supo la felicidad de encontrar el perro Argos viniendo de la majada de Eumeo, ni se apoyó en un peral lleno de flores ante la casa de Laertes.

El dialectólogo quisiera poder contar cosas dignas de Ulises, su maestro y santo patrono en esto de las andanzas viajeras, pero el dialectólogo es un hombre vulgar que no ha descubierto nada que merezca la pena. Sin embargo, ha visto muchas tierras y ha hablado con muchos hombres. Y como no se resigna al olvido, piensa que sus peregrinaciones también tienen, a veces, unos pespuntes poéticos y que, a pesar de viajar en jumbo, puede ser feliz por haber hecho un largo viaje. Pues el burro y el camello no han perdido su emoción lírica para un hombre que vive entre asfalto.

Porque Ulises hubiera descubierto en las Islas la fantasía que nos quieren robar. Un día, camino de la Navidad, el dialectólogo venía de la isla de El Hierro: como un inalcanzable ensueño se iban dibujando otras islas. El dialectólogo soñaba. ¿Cuál de ellas será San Borondón? Porque el dialectólogo —hombre insignificante al fin y al cabo— hubiera querido ser siempre joven y vivir, como ha vivido en sus Islas, en eterna felicidad. Pero la realidad le acercaba unas costas resecas y despobladas. Sí, así eran las riberas que los ojos de Ulises descubrían. El dialectólogo venía de El Hierro y llevaba una cesta con nueces y con higos secos. ¿Y V. fue al Hierro a traerse unas nueces y unos higos secos? Sí, a traerme unas nueces y unos higos secos que quiero tener siempre cerca, porque las nueces y los higos secos me habían llevado a las costas de los Feacios y a la Ítaca nunca alcanzable. El dialectólogo —lo ha dicho— ha visto muchas tierras y ha hablado con mucha gente. En Frontera aprendió que "las nueces y los higos son más sabrosos cuanto menos se les conserva, pues cuanto más se prolonga el tiempo, los higos pierden su gusto y las nueces se secan". Pero, oiga V., eso se lo contaron en Frontera o lo escribió Varrón. Y el dialectólogo está en un aprieto. Porque es hombre veraz y no miente. Sí, claro, en el tratado *De las cosas del campo* (LXVII) se cuenta eso, pero el dialectólogo lleva una cesta con nueces y con higos secos junto a su maleta. ¿Se los dio Varrón? No, no me haga V. dudar, no me los dio Varrón, me los dio una mujer de Frontera que aún recuerdo muy bien, con su delantal negro, con su pañuelo anudado a la cabeza. Sí, pero oiga V., amigo, ¿Varrón ha existido? Aquella mujer habló conmigo, y me contó cosas, y rellené un cuestionario y, además, Elena, me retrató con ella. Sí, ella me lo explicó y como yo me iba, y ella sabía mucho de gratitud y de hospitalidad, me

regaló un cesto lleno de nueces y de higos secos. Y no me haga dudar, ¿cuántas veces he comido gofio? Sí, gofio, con mi potajito de berros, o mi sancochito de cherne o mi... ¿Y esto le gusta a V. también? A mí y a su amigo Varrón. ¿A Varrón? Pero ¿esto lo dijo Varrón o Pepe Monagas? Ah, eso es cosa suya, no mía, porque ya le digo que yo voy ahora en un barquichuelo, camino de la Navidad y vengo de la Isla del Hierro, y ahí enfrente veo San Borondón o la costa de La Gomera, que es lo mismo. Pero ¿y lo del gofio? Sí, sí, Pepe Monagas —no, hombre, no— Varrón escribió esto: "Durante el invierno se saca la harina del trigo destinado al consumo de la casa, teniendo que tostarla antes para poder hacer el pan". ¿Y quién dice V. que escribió eso? No sé, para V. que parece estar aún en la rama de un olivo, algún autor putrefacto. Para mí, una mujer de Frontera, la mismita ésa que me dio —y vaya complicación que me ha traído— esta cesta de nueces y de higos secos y que, además, no sabía escribir.

Delante de los ojos del dialectólogo pasaban las costas atónitas de La Gomera. El dialectólogo no quería que llegara el anochecer, ni que el mar se pusiera color de malva, ni los montes se mudaran hasta el gris violeta. El dialectólogo había colgado sus ojos en la Torre del Conde y se acordaba, sí, para eso sus amigos están en la Casa de Colón y de vez en cuando él platica con los papagayos del patio, se acordaba de doña Beatriz Bobadilla, llamada —ya ve V.— la Circe gomera, que con un pañuelito blanco —y fíjese, lo dice nada menos que Fernández Duro— despedía a Colón que se iba a América. ¿Y eso es verdad? Ah, y yo qué sé si doña Beatriz usaba pañuelo o se limpiaba las lágrimas, digamos, con el refajo. Y ¿entonces? La verdad es esta torre y los barquitos —¿o son almadías?— que se mueven suavemente para seguir las naves de Ulises, digo de Colón.

El dialectólogo piensa en las naves griegas y en las que a él le han llevado por las Islas Canarias. Entonces siente una extraña y suave emoción. Sin saber por qué recuerda que un anochecer entró en el museo de Constanza. El museo estaba cerrado, pero los amigos rumanos del dialectólogo consiguieron que les dejaran pasar a escondidillas. Aún nota el temblor que le hizo vibrar. Apenas se veía, pero sobre la pared se pintaba el Mar Negro, y las trirremes latinas, y el camino que siguió Ovidio en busca de

la eterna noche. Ovidio que llamó cruel a Ulises porque Ulises tenía cerrado su corazón al amor. Y aquel recuerdo le ha asaltado en la isla de Lanzarote. Cae un sol suave que todavía acaricia. Estamos a finales de abril. En el llano que rodea a Teguise, al pie del Guanapay, se está haciendo la encuesta: hay un silencio que sobrecoge. Como si algún arraez berberisco se hubiera asomado al doblar una cantonada. El cortijo es blanquísimo, hay unas piedras pulimentadas sobre las que el dialectólogo está sentado y, sin querer, se acuerda de otro portal en una isla mediterránea. No era la mísera vivienda de un bracero de Lanzarote, sino la morada de Neleo. (¿Pero serían muy distintas las dos casas?) Ulises vuelve a ser una presencia cordial. El dialectólogo sacude sus recuerdos y se inclina sobre el cuestionario. El cuaderno se va llenando poco a poco. De pronto, el hombre gira su mirada por aquel silencio augusto y sus ojos se prenden en las púas de una chumbera. La pala está coronada por una flor roja, espesa como el terciopelo, abierta y carnosa. Sopla un viento suave y la flor tiembla. El dialectólogo ya no ve, oye una música que viene por el mar y la identifica: es de Mikis Theodorakis. El dialectólogo vuelve a sentir un temblor incierto, mientras bajo la sombra del Guanapay va recordando versos de Yannis Ritsos, el poeta griego que —prisionero en la isla de Leros— compuso en el campo de concentración las *Canciones de la patria amarga*. Todo se ha mezclado en esta flor, roja como un cuajarón de sangre, que se ha abierto en la llanada de Teguise: el viento, la soledad, las vaharadas de mar. Y el recuerdo a otra flor en una isla griega, mientras el corazón del poeta estaba entristecido:

En el hueco peñasco en que encontraste
el oculto color con que floreces
y el tembloroso tallo que te acuna,
en ese roquedal he recogido
gota a gota la sangre que se vierte
para tejer un pañolón de rosas.
Y ahora cojo sol de libertades.

Lanzarote es como un inicio de vida. Una matriz viscosa que aún no ha dejado de palpitar, mientras soplan los vientos que la fecundan. Ríos de lava que hablan de días genesíacos y colores

—rojo, amarillo, negro— elementales y primitivos. Aquí la vida está gestándose en fuego y en soledad. Duran aún las convulsiones y las tormentas no han logrado desgastar las aristas que cortan como cuchillos. Sobre el azul límpido se afila la silueta de un camello, lento y oscilante, en nada parecido a los que Apolonio de Tianes vio en el Cáucaso, según cuenta Filóstrato. El informante sabe muchas cosas de la elaboración del vino y no lejos de la casa, entre el picón negro, se ven zocos para cobijar vides, tendidas por el suelo, apenas capaces de levantar unos sarmientos cuyos pámpanos se dilatan por ancha superficie.

Pero en Lanzarote, al norte de la isla, el dialectólogo se encontró —sin comerlo ni beberlo— con Polifemo. Había una choza de tablas junto al mar. Y allí, entre peñascos, rompía una espuma espesa y blanca. El agua se hacía transparente y algún cangrejo ensayaba su torpe caminar. Polifemo tenía una tienda de vinos. Era corpulento, de mirada extrávica y de torso velludo. ¿Usted entiende de barquitos y de peces? Polifemo reía y con su estridor temblaban las frascas. Ja, ja, ja. Mejor traigo una botella de aguardiente. Ja, ja, ja. (Polifemo reía, como si la cosa tuviera mucha gracia.) Y traigo los burgaítos que preparé el otro día. (Más ja, ja, ja.) El aguardiente abrasaba, pero el dialectólogo sin resollar se atizó un latigazo, y otro, y otro. Polifemo vaciaba la botella de moluscos sobre un plato. Sus uñas negras parecían hasta limpias. Caían viscosos, retorcidos, picantes, los caracolillos. ¿A que usted no los ha comido así? Polifemo prendía aquellas menudas presencias. Se le escurrían, y quedaban enredadas en las cerdas de su brazo, o se espachurraban entre los dedos enormes. Cuando conseguía llevarlas a su boca se interrumpía el ja, ja, ja. Una dentadura amarillenta y mellada dejaba paso a la mezcla aquella de visco espeso y de carnes blandas que se perdía en la negrura de las fauces. Por las barbas mal crecidas, destilaban gotas de alcohol, que temblaban brillantes. Polifemo veía unas láminas y gritaba —ja, ja, ja— bicúa, —ja, ja, ja— alfonsiño, —ja, ja, ja— *tostón o castañuela*, —ja, ja, ja—. El dialectólogo copiaba como si unas manazas le estuvieran acogotando. Transcribía, mientras las tablas se hacían inseguras y en los oídos —rumor de mar, oquedad de carcajadas— le iban resonando unos versos de sus tiempos de estudiante:

Sentado, a la alta palma no perdona
su dulce fruto mi robusta mano;
en pie, sombra capaz es mi persona
de innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
por igualarme la montaña en vano,
y en los cielos, desde esta roca, puedo
cubrir mis desdichas con el dedo?

¿Y dice V. que habló con mucha gente? Pues, sí, ya ve. ¿Y que comía como Ulises? Sí, sí, también. ¿Y no se aburría? ¿Y no enfermaba? ¿Y V., caballero, qué dice que es? Servidor se dedica a la dialectología. ¡Ah! ¿Y eso es bueno? Según se mire. Ahí, a la derecha del mapa hay una isla a la que Ulises no llegó porque entonces esto de la informática andaba malamente. Esa isla se llama Fuerteventura. En Fuerteventura hay molinos como los del Quijote. El dialectólogo tenía que hacer una encuesta allí. El dialectólogo iba con su mujer y un chófer del Cabildo los llevaba. Los chóferes del Cabildo son gente muy fina y bien educada. El dialectólogo, también, pero no tanto. No había nada que comer. Un ventorro —peor, pero mucho peor que los del Quijote— estaba vacío. El chófer del Cabildo, muy fino y bien educado, empezaba a perder su finura y su buena crianza. ¿Pero estos cristianos qué comen? Pues ya ve V., lo mismo que los moros y judíos, que diría don Américo. Pero ¿don Américo Vespuccio? Al dialectólogo se le despertó el alma adormecida. ¡Qué finos y educados son estos chóferes del Cabildo! Llegó el ventero, el hombre iba un tanto metido en agujas, llevaba las solapas levantadas (eso quiere decir que venía doliente de un velorio), y no entendía mucho que hubiera allí tres cristianos con la pretensión de comer. No tengo nada. Un poco de queso (las moscas le daban cierta dignidad de pastel de rica miel), un pan encetado, unos higos secos y unas pasas. También había unos tomates, esnillados y sucios. El chófer fino y bien educado dijo que era viernes y que los viernes ayunaba, según venerable tradición familiar. Y aunque estábamos a la hora de sexta nos contó con mucho primor aquello de que más mató una cena que curó Avicena, y lo otro de que de grandes cenas están las sepulturas llenas. (Sin embargo, se le olvidó que más cornás da el hambre.) Como al dialectólogo eso

de la austeridad le produce humores imaginativos, le espetó: Oiga, pues esto no está tan mal, es comida de emperador. El chófer, fino y bien educado, hizo un gesto que no es decente reproducir aquí. Que no me lo creo, si no yo sé para qué existen estos andurriales, que no sé qué fin lleva V. con tanto ir de un sitio a otro, que vaya palabras que V. busca, que ni salen en los papeles, ni se oyen en la tele, que... a mí me va V. a decir que esto lo come ningún cristiano que se precie. (El dialectólogo echaba mano de su escasa paciencia y recurrió a nuevos humores imaginativos.) Sí, hombre, sí. También de esto comían los emperadores, si no pregúntaselo a don Augusto Octaviano a quien le gustaban el queso prensado con la mano y las brevas, o el pan y los granos de uva de hollejo duro. ¿Y a V. quién le contó ese chiste? A mí, no sé, el otro día lo oí a unos amigos en la tertulia. ¿Y dónde está la tertulia? No, en la otra isla. ¿Sabe la Casa de Colón? Allí, estaban mis amigos Ventura Doreste, Suetonio Tranquilo, Alfonso Armas y creo que otro conocido suyo, ese tal don Augusto Octaviano, se lo había escrito en unas cartas.

Pero V. nos ha dicho que conoció mucha gente. ¡Y tanta! Y esa gente me trajo el recuerdo de otra a la que nunca pude ver y que, sin embargo, quedó entrañada en mi vida. Cuando trabajé en Fuerteventura, un informante me contó que don Miguel de Unamuno le había hablado una tarde entera. Don Miguel andaba perdido. ¿Por dónde está el atajo de Puerto Cabras? Y el soldado caminó a su vera hasta las primeras casas del pueblo. Otro se acuerda de cuando era muy chico y se cayó de bruces contra el santo suelo. Lloriqueaba y hocicaba en el polvo. Don Miguel lo puso a dos pies, que es postura de cristianos, y en brazos lo tuvo hasta que se le pasó la barraquera. Son cosas que ocurren. En Fuerteventura, cuando yo fui, aún vivía don Ramón Castañeyra y la presencia de Unamuno era como una sombra amiga. Parecía que todos los críos de la isla se hubieran caído alguna vez para ganarse una caricia de don Miguel. Sin embargo, en Fuerteventura ningún informante sabe quién es Azorín o Baroja o Valle-Inclán. Lo que son las cosas: a veces, los dislates de la política resultan beneficiosos para lo que los políticos ignoran. ¿No cree V.? Porque en este país nuestro para que se enteren de que un artista vive hay que matarlo, porque si no, ni modo. (El dialectólogo no sabe si estas palabras son suyas o del sujeto o las

ha oído en otra parte. Sin embargo, hay en ellas una verdad amarga que desazona.)

También en Fuerteventura conoció a maestro Vicente. Maestro Vicente vive en Betancuria. Sí, allí, en mitad de la isla. ¿Se acuerda V. de unos versos de Unamuno?

Roca sedienta al sol, Fuerteventura,
tesoro de salud y de nobleza.

Allí mismo fui a buscar palabras. Un amigo me recomendó a maestro Vicente. El hombre había ayudado a salvar todas las cosas que se han salvado. Las ruinas entrañables del convento de franciscanos, la capillita de San Diego de Alcalá, los balates enjalbegados que llegan hasta el viejo cenobio. Labor de pulcritud y aseo que ha dado nueva vida a las ruinas. Maestro Vicente también ayudó a montar un museo pobre y conmovedor. Así hubieran querido los franciscanos tener un museo, si es que les quedaba tiempo para pensar en cosas de los hombres. Maestro Vicente es todo, alarife y conservador, guía de historia y hostalero. El museíto tiene una predela barroca y una silla de coro, unos paños litúrgicos y un santo de palo. Pero todo allí tiene su sentido y el curioso que llega se entera de Betancures y Gadiferes, que son gentes de libros de caballerías. Y cuando el calor aprieta, maestro Vicente trae su tacita de café o su agüita clara. Don Miguel no conoció estas cosas, pues, entonces, hubiera sido muy otro su soneto. Pero como no puedo dar vuelta atrás a las manecillas del reloj, aquí está lo que él dijo:

Enjalbegada tumba es Betancuria
donde la vida como acaba empieza,
tránsito lento a que el mortal se aveza
lejos del tiempo y de su cruel injuria.

Aunque maestro Vicente no era sujeto del Atlas, el dialectólogo platicaba mucho con él porque le dio cobijo en su casa. Y allí supo de cosas nunca oídas de los camellos —majalulos y guelfos—, de su ferocidad cuando mascan y de la dureza de su esternón, de la mancha negra en el totizo y de lo útil que puede resultar sacudirles en ella. Supo también lo del ¡fuche! y del ¡párate! Y como maestro Vicente estaba dispuesto a enseñar al dialectólogo analfa-

beto todo lo que encartara, encartó mecer el fol o borracho, dar vueltas a la leche en el tocio o tabajoste y pilar millo en el mortero. En el patio de la casa, era un descanso aprender estas cosas, pues todo era de una dulce serenidad: al otro lado del río se veían unas paredes blanquísimas sobre las que chillaban las buganvilias oscuras, y un balcón de tea, sobrio, elegantísimo, sobre una cuesta en repecho. Al apagarse las luces, cuando temblaban las palmas del barranco, venían los amigos de maestro Vicente a seguir dando al dialectólogo lecciones de cosas. El dialectólogo piensa que debería volver a Betancuria y quedarse allí más de tres días para continuar hablando con el maestro Vicente y con sus amigos, gente discreta y de ponderados saberes. Pero el dialectólogo tenía que seguir su camino y un día se marchó. Maestro Vicente regaló al dialectólogo tres días de hospedaje. Y, ahora, el dialectólogo no lo dice para que los turistas vayan a Betancuria, sino para que se sepa que en las Islas encontró gentes muy generosas que le enseñaron —obra de caridad— muchas cosas que él ignoraba, que le dieron hospitalidad —y hubo muchos maestros Vicentes— y que aún le recuerdan. Años después, el dialectólogo volvió a Betancuria con unos mozos que querían aprender a trabajar, y no hizo falta la presentación de nadie, porque la misma generosidad seguía con sus puertas abiertas de par en par.

Pero, oiga, V. nos ha dicho que conoció mucha gente y que aprendía muchas cosas, pero... Mire, un dialectólogo es una criatura perecedera. ¿Sabe cómo se come eso? Y unas veces se acuerda de historias viejas y otras no le vienen a las mientes ni las nuevas. Además, el dialectólogo no apuntaba más que garabatos como curianillas chicas. Lo demás ahí se queda; apañaos estaríamos si hubiera que escribir todo lo que pasa. Por eso los recuerdos le vienen deslavazados y van saltando de una isla a otra, aunque siempre piensa que tuvo mucha suerte al tropezar con la gente. Se acuerda muy bien de lo penoso que era encontrar alojamiento en Semana Santa. Pero en Semana Santa el dialectólogo tiene vacaciones y por eso podía venirse a trabajar. Pues mire, no lo entiendo: usted es un bicho raro, le dan vacaciones y se dedica al pluriempleo. Lo que son las cosas. Y no es eso lo malo, sino que a veces las vacaciones no encuadran con lo que se busca y a jorobarse tocan. Pues sí, de eso mucho. El dialectólogo tenía un amigo que se llamaba Jean Séguy. Séguy hizo una tesis sobre plantas del Piri-

neo, pero como tenía que dar clase, no podía estudiar las floraciones que le coincidían con la didascalia. ¡Ah! ¿Y qué hizo? Pues, eso, lo de antes, jorobarse. ¿Y V. también tiene amigos de más allá de la Península? Claro, hombre, Séguy era un tipo raro: bebía en bota y escalaba montañas; un día, camino de Suecia, me lo encontré empinando en el barco. Los escandinavos, que son muy circunspectos hasta que dejan de serlo, lo miraban muy extrañados. Cuando me vio se alegró mucho, porque ya éramos dos los que iban a dar envidia a aquellas gentes con cara de mantequilla. ¡Ah! Después, cuando empecé esto de los Atlas, Séguy me tuvo en su casa para que viera cómo trabajaba él. Allí aprendí cosas que tenían mucho que ver con mi incumbencia, pero —además— puedo decir que supe cómo se escaló el Anapurna o cómo se llegó al Aconcagua. Un día, mi amigo Jean Séguy, escalador de alta montaña, resbaló en la escalera de su casa y se fracturó el cráneo. Yo lo supe muy tarde y escribo ahora estas líneas con gratitud y como homenaje.

Pero, a lo que íbamos, alojarse en Semana Santa no es fácil. Que se lo digan a V. los del sur de Tenerife. Es cuando llegan las invasiones de los bárbaros y de los indígenas. Las muchachas rubias adquieren untuosidad de lapas y no hay forma de despegarlas. Rubias por todas partes, crudas y al tueste, con su curso para extranjeros y su cursi para extranjeras, con su eso y con su otro. Ya sabe, todo es verdad. Pero el dialectólogo que no buscaba tales trotes no encuentra donde dormir. El informante da posada al peregrino, que es otra obra de caridad: los arrapiezos se van a dormir a la playa y Nuestra Santa Madre la Dialectología se lo premiará generosamente. Pero ¿y lo de Arico? Allí ya no había ni playa. Pero, ¿quién lo esperaba?, había una peluquería de señoras. Beauty parlor se llamaba, que eso de poner las cosas en cristiano pega muy bien. El cuarto era espacioso: olía a señora de las finas y en las paredes había fotos de esas ricas hembras que los cristianos no catamos (oiga, ¿V. no cree que también nos premiarán el sacrificio? El chófer del Cabildo no está por la teología). Aprovechando el hueco bajo el secador, pusieron un catre de vientos y la cosa quedó bastante apañada. Pero al dialectólogo le asaltaban sus dudas. No sabía si estaba bien adormecerse oliendo a señora de las finas, cuando la propia andaba bregando con los zagales allá lejos, ni sabía si el casco bajo

el cual introdujo la cabeza tendría virtudes de ciencia ficción y lo convertiría en Marylyn Monroe o en Rachel Welsh, que de todo se ha visto en la viña del Señor. Y el dialectólogo jura que durmió como un bendito y que, al despertar, con la luz colándose a través del balcón, todas aquellas señoras tan despampanantes y tan bien perfumadas, estaban quietecitas en sus puestos, como si la noche no hubiera sido noche. ¡Qué pena! Mientras, discretamente, le llamaban a la puerta: ¡Caballero, levántese que ya va a venir la parroquia!

Y, sin embargo, la Semana Santa en las Islas es recogida y triste. Al dialectólogo le han dicho que por allí no hay mucha religiosidad, pero uno no se lo cree. Uno que ha vivido más de veinte años en Andalucía. La gente en las Islas es seria y mantiene el decoro que los días exigen. Por eso el dialectólogo no cree que se puedan cortar todos los trajes con la misma medida. Mientras dure su memoria, el dialectólogo recordará un Viernes Santo que, en San Bartolomé de Tirajana, trabajaba en el ayuntamiento. Todo era un apagado susurro. El balcón estaba abierto. Y Cristo en la cruz pasó junto a la mesa donde se transcribía: los dos hombres que hablaban no veían sino la cruz levantada; desde la calle, no podían ser vistos. Y todo era un silencio tembloroso y acongojante. También recordará el atardecer del Puerto del Rosario: desde el hondón de la calle —vacía, sin un alma— se ve la rasante que lleva a la iglesia: había un rosa-cárdeno en las nubes y unos pocos nombres arrastraban un paso que se recortaba en el cielo, trágico, doloroso, con sus negras siluetas.

El chófer del Cabildo piensa en sus cosas y no hace mucho caso a los recuerdos del dialectólogo. Terne que terne vuelve a sus ideas, porque, eso sí, es liberal y respetuoso: que cada uno diga lo que quiera, pero sin molestar más de lo preciso. Las ideas del chófer del Cabildo no tienen que ver ni con la metafísica ni con la epistemología. Son ideas de hombre sano que hace buenas digestiones y a quien la mujer le guarda comida caliente todos los días. (¿V. no cree que los lingüistas de hoy son gente que pasa hambre? Vaya, no lo había pensado, pero tal vez sea cierto: claro, un bocadillo de lechuga y pepino para comer facilita ideas muy sutiles, pero poco humanas, ¿o no? Mire, a mí no me lo diga, que yo doy clases en la Facultad y esto resulta muy com-

prometedor.) El chófer del Cabildo, cerrado este paréntesis, vuelve a la carga.

Y ¿V. entiende de cosas? ¿Ha bebido vino de tea? Pues yo sí. Sabe V. es un poco áspero, pero luego sienta bien. Le pone V. un buen enyesque de burgaos, santorra y pata de cochino y trago va, mordida viene, hasta que el cristiano se entulle. Pero ¿también eso se ha gozado V.? Y que lo diga. No querrá ahora patentar la fórmula para las suecas. ¡Qué va! Si la fórmula la patentó Plinio. ¿El de la tele? No, hombre, un Plinio más viejo. Ah, claro, el de las novelas. (¡Qué tío! Lo que se aprende con un chófer del Cabildo.) Sí, más o menos. Era un Plinio que sabía un carro de estas cosas y que me dio la fórmula. Y no crea, que esto de la tea en el vino tiene su mucho con qué, porque dar fuerza a los vinos flojos es cosa de preocupación y de buen tiento. Que si ponerle yeso o cal o arcilla o mármol o agua de mar. Y gatos muertos, que dicen, y las heces de otro vino y el vinagre. El chófer piensa que el progreso es muy malo para los buenos caldos, que ahora todo se falsifica y que con tanta química como se descubre no hacemos otra cosa que mascar plástico y beber coca-cola. El dialectólogo que viaja mucho y que habla con la gente sabe que esto es verdad, pero que en la rebotica que hay en la casa de Colón van a la tertulia gentes de mucha entidad que cuentan historias increíbles; así el otro día, cuando vino un arcediano de Fuerteventura que le presentaron como don José de Viera y Clavijo. Don José sabe muchas cosas de historia natural y se escribe con sabios de todas partes. Como el dialectólogo tiene curiosidad por las Islas le estuvo preguntando por el drago y por el vino con resina. Don José se marchó con prisa porque su amigo don Pedro Perdomo le quería enseñar unos papeles sobre barcos antiguos que había encontrado en el Archivo de Indias. Sin embargo, como el Arcediano tiene la cortesía y suave condición de los canarios, antes de tomar la guagua se pasó por el despacho de don Alfonso Armas y le dejó una nota. Desde Italia le había escrito hace unos años su amigo Cayo Plinio y le contó a qué manipulaciones sometían los mostos en su tierra y en la carta que ahora leo se decía:

> Para dar cuerpo a los vinos corrientes, en algunos sitios de Italia se emplea una especie de resina llamada *crápula* [...]. En Oriente, la mejor de las resinas es la que

> se obtiene del terebinto y después la del lentisco, llamada también almástiga [...]. La resina de Siria se parece a la miel ática, pero la de Chipre aventaja a todas, por su color melado y su carnosidad [...]. Después de la primera fermentación, que dura nueve días cuando menos, se procede a dar apresto a los mostos, espolvoreándolos con pez para dar al vino olor y un pique de gusto. El efecto de la flor de resina cruda es más enérgico y da cuerpo a los vinos vulgares; por el contrario, la *crápula* endulza los vinos demasiado duros y les quita aspereza o da cuerpo a los que son flojos, sobre todo a los mostos de Liguria o de las regiones del Po (*Nat. Hist.*, XIV, 120-124).

Todo esto parecen cosas que no están en los libros y, sin embargo, van resultando muy viejas. A veces el chófer del Cabildo no se cree nada de lo que ve porque el caballero de la Península tiene unas cosas que ya, ya. Llegar a Garafía no es ningún anisete. Garafía tiene diez pagos. Y una iglesia en una plaza, desde donde se ven unos atardeceres increíbles. En la fonda de Garafía había dos muchachitas de la Sección Femenina que enseñaban a coser a máquina a otras mozuelas del pueblo. Un gran cartel hablaba del cursillo. El dialectólogo llegó a la fonda. Bueno, era una fonda. Bueno, se comía como en una fonda. Bueno, la cama era como en una fonda. Antes, a la derecha, quedaba un molino, pero el dialectólogo pinchó en hueso. Le trajeron como informante a un licenciado de la guerra de Cuba. La cosa salió mal. El dialectólogo, por ver si se consolaba, se arrimó a la biblioteca. Garafía, muy arriba de la isla de La Palma y con unos caminos de garabatillo. La biblioteca era una sala larga con no muchos libros. Agresivo, gordo, dignidad de país desarrollado, un libro que debía tener muchos lectores: *El mueble francés del siglo XVIII*. Pero el dialectólogo buscaba otras cosas, las regionales, las de la gente sencilla que vive, crece, se reproduce y muere con fidelidad a su pueblo; haciendo, sin saberlo, historia y teoría de lealtades. No, en Garafía no se podía leer eso. Pero había un libro caro, carísimo, sobre muebles franceses. Con lo que aquel libro valía se podía haber hecho una biblioteca legible y sensata. Pero a lo mejor es preferible que la gente sepa que hay consolas de tripa gorda, y recortes de bronce y patas como zarpas. ¿Quién sabe? En vista de

eso, y como en casa, con tanto crío y tanto libro, no caben muebles franceses del siglo XVIII, el dialectólogo se fue a buscar eses sonoras, que ocupan poco sitio. Pero las eses sonoras no aparecían. Y el chófer del Cabildo, el de ahora cuadró bondadoso y preocupado: No, hombre, no, ¿qué se va a quedar V. sin eso que busca? Por estos pagos está mi suegra, tiene noventa años y, no crea, ella conserva todo: la foto del marido, las andaderas de los rapaces, el corpiño de cuando era nueva. Claro, claro, también conservará eso que el caballero busca. El dialectólogo estaba feliz: le llamaron señor, le llamaron cristiano, ahora le llamaban caballero. El dialectólogo temía que le llamaran godo (no, V. no es godo, V. es de la tierra, pero ¡si sabe más que nosotros! Dios sea bendito). Ahora había una viejecita muy aseada: dirigía a varias mujeres. En una cocina amplia por donde entraba un sol transparente y claro, mientras las montañas eran una sombra espesa que dejaba paso al mar, las mujeres apeñusgaban cuajada en las queseras. Aquí el caballero busca algo que no encuentra. Y el dialectólogo dijo que sí, que no, que bueno que buscaba algo, pero que no importaba, que también era bueno no encontrarlo. ¿V. cómo dice *queso*? Pues queso. ¿Y cómo dice *rosa*? Pues rosa. ¿Y cómo dice *casa*? Pues casa. Al dialectólogo aquella vocecita delgada y suave le habló: No se preocupe m'hijo, en otro sitio encontrará lo que busca y si no, cuando duerma, a lo mejor se le descubre el sitio donde está. Y el chófer del Cabildo compungido y triste: Nada, aquí tampoco, ¿verdad V.? Sí, hombre, aquí sí. ¿Qué aquí había eso que ya no se conserva? Sí, aquí: había luces claras, y mujeres que saben hacer queso con las manos y una viejecita que me llamaba m'hijo. Aquí había. Por la noche, en la fonda, con cena de fonda, con cama de fonda, con sueño de fonda, las muchachitas que enseñaban a coser le decían: ¿Encontró eso que ya no va quedando? ¿Verdad que la biblioteca está muy bien? Era la última encuesta del Atlas de Canarias. No podía decirse que había resultado un éxito: ni molinero, ni eses sonoras, ni comida, ni cama. Muerto de cansancio, aspeado, hambriento, entristecido, el dialectólogo se acostó. Como es aragonés, no sueña nunca. Pero aquella noche, acabada la última encuesta —lo que son las cosas— soñó que Balduino y Fabiola le invitaban a cenar un pollo asado en un apartamento que tenían en la Castellana.

El dialectólogo piensa que las cosas le rodaron mejor otras veces. ¿V. sabe dónde está Artenara? Vaya a Artenara. Hay un balcón desde donde se ve una naturaleza increíble. ¿Cuántos planos desde el rojo hasta el violeta? ¿Desde el génuli hasta el cárdeno? Y las formas caprichosas: Roque Nublo, el Fraile, las Monjas. Artenara es un pueblo de cuevas. Hay cuevas limpias y confortables: con sus macetas de verodes, de lengua de vaca, de orobal. Sobre la alacena con su bernegal y su destiladera, hay bubangos, helechos y culantrillo tierno. Unos amigos le dejaron una cueva limpia y cómoda. Allí el dialectólogo trabajó. Su informante era un hombre alto, mesurado en sus gestos, pulcro en su decir. Tenía catorce hijos y sus palabras se enunciaban con la dignidad con que habla un moralista. No. Porque los moralistas no saben del sufrimiento de los hombres y se hacen agrios, impertinentes, inhumanos de tanto manejar abstracciones. Aquel hombre de Artenara tenía el decoro de ser hombre. Ni protesta, ni sumisión. La medida de su responsabilidad y el amor al trabajo bien hecho, aunque el trabajo —¿y esto es trabajo?— fuera hablar con un dialectólogo que preguntaba, que grababa, que dibujaba el arca del dormitorio, que retrataba el goro de la baifa, que siempre estaba dale que le das. En la cueva no había luz y el dialectólogo aún pudo leer con la vela. Después ni eso. Bueno, hasta mañana. No, hasta otro día. Mañana me iré pronto: el autobús de Valleseco sale a las seis. Se oyeron ruidos: eran ruidos suaves, ensordinados, como si pusieran un felpudo blando a cada pisada. No, no. Nunca han despepitado a un dialectólogo. Había que seguir durmiendo. Caballero, van a ser las cinco. El dialectólogo dio un respingo. Sin luz, hizo como que se lavaba, se atusaba el pelo y salía del cuarto con la mayor dignidad posible. ¿Qué hace V. aquí? Ya ve, me levanté a despertarle y no está bien que un cristiano se vaya en ayunas, y le preparé un buchito de café.

Ulises no mentía tanto como han dicho. Sus naufragios fueron de verdad. ¡Tantos hombres se salvaron agarrados a una tabla! Y alguno se salvó sin tabla ni nada, porque san Ulises también ha existido: ¿Que ha existido san Ulises? Pues, ¿adónde vamos a parar? Por esa si que no paso y le escribo al Concilio Vaticano Segundo para que lo tachen. Mire V., hace rato que le dije que los griegos mataron la poesía. Ahora vamos a acabar con las poesías. ¿Y luego qué? Yo me imagino a san Ulises con unas ma-

nos grandes —mullidas, flotantes—, con una camisa amplia sobre la que los vientos flamean, con unos labios dulces para besar en los ojos. Me lo imagino así desde un día en que le di las gracias por haber salvado a mi informante de Barlovento. Ahí está, en un puntito que se llama LP 2. Allí, en el Atlas, hay una espeluznante historia de valor y de patriotismo. Eran los días negros en que se hundió la comandancia militar de Melilla. Se volvió. Se empezó con fortuna en Alhucemas y se siguió. Pero ahora nos quedamos en Alhucemas. El dialectólogo ha ido de Tetuán a Melilla. Cuando el dialectólogo iba, la carretera era larga. Se pasaba por Ketama y por Targuist, por Axdir y por Tafersit. La carretera iba orillando la costa. El cielo estaba limpísimo y el mar era azul, tan azul como sólo ha visto en Peñíscola o en Santa Lucía de Nápoles. Al doblar un recodo, se levanta un peñón de blanco hiriente. Un genio del bien alzaba su mano con aquel regalo que surgía impoluto de las aguas. Tal vez estaba Venus bañándose detrás de él. O Simbad venía en vuelo y tenía que dormitar un poco. Eso era cuando el dialectólogo vio Alhucemas manchar de blanco el azul de las aguas. Tienes que llevar este parte al otro campamento. Si los moros te descubren, te lo tragas. Si te van a coger, te tiras al mar. Nadie tiene que saberlo. El soldado de Barlovento empezó la peregrinación y había moros en la costa. (Te lo tragas y al agua.) El soldado de Barlovento se tragó el parte y se tiró al mar. Durante ocho horas estuvo nadando. Primero, la emoción de la huida; después, la ansiedad por bracear; más tarde, flotar. Sí, flotar. Ya sabe V. que, en el mar, lo primero que se pierde es la vista: el sol reverbera sobre el agua, y la sal... Se va haciendo como de noche; luego, todo queda a oscuras. Yo nadaba y nadaba y nadaba. Por la tarde me recogieron. Eran soldados españoles y los moros se habían escapado. Yo, ya V. sabe, me tragué el parte y me eché al agua. Sí, sí, la vista me volvió. Al cabo de unos meses me dijeron muchas cosas. Al campamento vino el General Primo de Rivera y delante de todos me puso una medalla. Era, ¿sabe V.?, por el parte. Muchacho, pide lo que quieras que España te lo dará. Yo qué le iba a pedir, si siempre he sido pobre. Pero pide algo. Bueno, pues que me hagan farero de Barlovento cuando la plaza esté libre. Pues no, se les debió olvidar, claro tanto moro, tanto parte, tanta guerra. (Trabajamos en un cuarto alto, encima de la taberna. Por la ventana entraba

el salitre del mar y los ojos se prendían en las hojas carnosas de unos ñames. Sobre la pared, caparazones de crustáceos y una rubia opulenta en un cartel con beba V. lo que más asco le dé. El hombre estaba medio ciego. No, no, no me canso, hablar de la mar me gusta mucho. Distingo el bocaduz, de la tintorera, de la gata y del hanequín. Sé hacer tollos con el cazón a tiras y poner viejas en salmuera. Pregúnteme, pregúnteme, ahora ya estoy solo y no tengo prisa por volver a casa.)

Ulises aprendió mucho en sus viajes. También Cervantes. Uno que no es nada ni nadie, aprovechó peor la lección, pero acaso le quedó algo. Fue aprendiendo que el recuerdo es tenaz, más que el hombre que lo engendra; que la naturaleza es dura, pero también se puede dominar; que Séneca no conoció las Islas, porque entonces —tras ir al hombre— no hubiera vuelto a sí mismo enemigo del hombre. Todo esto pudo aprender el dialectólogo. Todo esto es lo que le enseñaron las tierras y los hombres de las Islas. Y ahora, cuando recuerda lo que debe a Canarias, se da cuenta que está con una deuda, grande, grande, grande. Porque aquí aprendió una limpia lección de humanidad y de patriotismo.

ANTILLAE JOCUNDAE

Esta vez encartó que el dialectólogo cruzara el charco. Pues podía usté buscar las cosas más cerca, porque habrá que escuchar los embustes —más o menos acreditados— que nos querrá contar. Ya le he dicho que nosotros no hacemos fullerías, que aquí se pone el espejo del Sr. Sthendal y —clac— fotografía hecha, pues algo han cambiado las cosas desde Parma, ¿no le parece? Además, en mi tierra la gente es más bien especulativa que imaginativa y sería feo que en estos tiempos viniera yo a perturbar las santas costumbres, ¿qué pensarían los psicólogos, los pedagogos, los pediatras y los pederastras? Así que la verdad, toda la verdad y sólo la verdad.

Los colegas parecían muy finos: Doctor, elija usted la sala. Gracias, me es lo mismo. Doctor, ¿le parece bien en Pedreira? Gracias, me parece muy bien. Era la única clase sin aire acondicionado. (A la vez siguiente —tan finos todos— el dialectólogo eligió el despacho del decano.) Por las mañanas daba sus clases: ventanas de par en par, puerta abierta. Entraba un vaho tropical, húmedo y agobiante; entraba un verde carnoso y jocundo; entraba un perro realengo. Día a día, el can llegaba puntualmente; miraba al profesor y al oír las primeras palabras (enlazando con lo que ayer les decía...), solemnemente, metía su larga cola entre las patas (según la Academia, el rabo del perro suele ser más largo que sus extremidades traseras), se agazapaba, ocultaba la cabeza y dormía dulcemente. Al iniciarse el ruido de los pupitres, sus ojos tenían una dulzura de gratitud; comenzaba un reposado caminar. Hasta mañana, amigo realengo. Y, fielmente, desde lejanas sínsoras, el perro llegaba con puntualidad a la clase. Era un animal circunspecto y digno (debió tener como antepasado al de algún mendigo castellano), era un animal agradecido y fiel (es nuevo

—¿verdad?— lo de amigo del hombre), era un animal inteligente y sobrio (aprendió tanto como el Sr. García).

El profesor había explicado una lección magistral, toda llena de sabiduría y novedades: que si Bédier y don Ramón, que si Walter de España y Milá, que si los carmina maiorum e Idacio, que... En fin, todo lo que de un ilustre visitante podía esperarse. Pero donde todo alcanzó alturas homéricas fue en la leyenda de los Infantes de Lara: ¡qué gran saber! La historicidad de la epopeya castellana, las prosificaciones alfonsíes, el terrible destino de Arabiana y el llanto de Gonzalo Gustioz sobre las cabezas de sus hijos. El profesor estaba conmovido de su numen y quería perpetuarlo: Sr. García, mañana trae un trabajo sobre el tema y lo discutiremos en clase. (El perro despertó sorprendido cuando a sus orejas llegaba la entonación cachonda y zalamera del Sr. García. El perro tenía la costumbre de sus ancestros y sentía caricias con el habla rápida (doctor, nos produce vahídos) y rotunda (¡ay, doctor, qué golpeado pronuncia!) del visitante.)

El Sr. García, como los grandes espadas en el momento solemne, se retiró de la cuadrilla, avanzó solitario y desplegó sus cuartillas: lo infante de Lara e un güete. (El maestro empezó a no entender nada. En otra clase explicaba don Segundo Sombra, salió mamboretá, es la mantís religiosa —mutismo colectivo—, es un bicho —las señoritas empezaron, frenéticas, a tirarse del vello de los muslos; los mozos se añusgaban con toses violentas—. ¿Este güete será otro bicho vitando?) Bueno, Sr. García, tal vez no esté mal del todo, pero usted viene a clase y podría perfilar con más exactitud. Bueno, doctó, puedo ponel.lo, ¿vel.lá? Y el Sr. García escribió el pedigree de los sobrinos de doña Lambra; un pedigree de puro linaje carpetovetónico; un pedigree de caligrafía imperialista: los infantes de Lara es un western. Siga, siga, Sr. García, llegará a hacer muy notables descubrimientos. Y el Sr. García de una patada apartó al perro realengo para que pudiera pasar la fertilidad, oronda, de su ingenio.

El éxito —A de paper— animó a los colegiales. Se acercó Leticia. Leticia era una muchacha de color: brillante hasta azularse —¿platinoche, noche que noche nochera?—; no estaba entrada, sino salida en carnes: opulencias de barroco bodegón se desmadraban generosas, por el descote bajo, por los tirantes arriba, por el caderamen que temblaba —zis, zas— cuando caminaba cachonda.

La mesa estaba ligeramente peraltada. Leticia —¡qué generosidad de luces en plenilunio!— se dirigía hacia la mesa (zis, zas, sus glúteos; clac, cloc, las ínclitas razas ubérrimas; sis, sas, el suspirar de su boca). Ay, doctor, pué ya uhté ve, si uhté me saca dehte apuro... Sobre la mesa se tendían aquellos odres vituminosos que, al andar, eran un terremoto de Lisboa vestido de luto, ¿o el huracán David en traje de noche? O, mejor aún, la Laguna del Condado antes de que amaneciera el primer día. Sí, era la Laguna del Condado: sobre la tabla, inmensas medusas oscurísimas se apoyaban; luego, se adaptaban —viscosas, blandas, fláccidas— sobre la superficie de la mesa. Era ya un inmenso pulpo de relato de ciencia ficción; un inmenso pulpo con su tinta y todo, con sus tentáculos llenos de ventosas adheridas a la mesa, extendiéndose más allá de los límites del tablero, precipitándose en los terrenos del maestro. Brillantísimos de negros y de andares, disformísimos de grandezas y generosidades, sonorísimos de macumba y tamtames. El didacta retrocedía, se encontraba asediado por legiones de amebas negras, de holoturias negras, de negrísimas vesicularias. Y retrocedía porque le alcanzaban noches pelágicas y submarinas. Había llegado al límite de la tarima: sentía ya un sudor frío y la áspera caricia de la pizarra; sentía que sobre la guayabera se imprimía con caracteres inversos el ingenio del Sr. García; sentía, una a una, las letras de aquel nuevo y esotérico abracadabra: nretsew. Contra la pared no había evasión posible. ¿Y si fuera espíritu puro? No, no era espíritu puro: los lomos iban marcados con la tiza de western y la marea de negritud subía: eran unos labios rotundos los que se le acercaban: chas, chas, dos sonoros besos y la gratitud restallaba temblorosa. Ay, doctor, nadie me dio tanta bibliografía..

Cuando el maestro salía de clase, la mirada fiel y triste del perro realengo se hacía cargo de todo, de todo, de todo.

NUEVA ESPAÑA

A veces se pensaba en las arideces de Castilla. Llanuras resecas en las que el maguey eran los dientes agresivos de unas fauces sedientas. De vez en cuando la iglesia en aquella inmensa llanura rompía la monotonía del paisaje y levantaba su airón de fortaleza.

Ibamos un grupo de dialectólogos a hacer prácticas de campo. Con nosotros aquella muchacha destartalada, rubia, suficiente. Había nacido en un país del norte y traía todo el desdén de una moneda fuerte y todo el desprecio de creerse superior: denunciaba al compañero que copiaba, discutía porque sí y no tenía ojos para ver. Dios sabe por qué medios la habían deformado. Pues Goya nunca supo pintar y no cuenta en la historia de la pintura. Porque sí, porque me lo dijeron en Alburquerque y allí sí que hay buenos maestros. ¿De verdad? (Un celaje se rasgaba y aparecía la tétrica escena: dos hombres enterrados hasta la rodilla blandían violentos garrotes. El resuello se detenía antes de llegar a la garganta; se escuchaba un chasquido sordo y una cabeza caía tronchada al suelo. De las nubes bajaba —gigantesco— el furor de las ménades. Una de ellas se sentaba a nuestro lado y levantaba un manojo de cabellos pajizos, de ojos blanquinosos, de labios blasfemos, que juntos tenían casi forma de casi cabeza de casi muchacha del norte.)

Estábamos ya en el mercado. Era un prodigio de colores: sarapes colgados para que la sombra fuera un arco iris de frescura, vasijas de barro con las huellas —aún— de unos dedos amorosos, mesas con asados y fritangas. Comíamos mazorcas tostadas repintadas con chile picante; carnitas sabrosas, entre tortilla de maíz; hongos negros exquisitos, huitlacoche, que sabían a ambrosía divina. Salimos a un inmenso terrero donde Santiago matamoros

—espada de hojalata, capa de percalina roja, mostachos de soldado de Flandes— solicitaba toda su gallardía para salvar a los españoles. Tras muchas idas y venidas, tras muchos versos retóricos, tras muchos quiebros ante salaces enemigos, el rey moro se rendía y, argolla al cuello, iba encadenado a la apoteosis final. Y aquellos indios —españoles ya— cantaban en la lengua de Castilla su victoria sobre el mal. (El sol iba haciéndose suave y la gente se desparramaba por las cantonadas del terrero. Sobre el suelo, barreños con un líquido espeso y blanco. Lo servían en cazos y todos bebíamos en el mismo vaso. ¡Qué barbaridad! En mi país la leche se sirve en marengos de cartón, y pasterizada; en mi país, en mi país.... Y le llegaba el turno. Con los dedos le quitábamos las motas de tierra, las pajuelas flotantes y —eso sí, es la buena crianza— con el moquero limpiábamos la huella de nuestros labios. Con avidez —en mi país— bebió aquel vaso de líquido blancuzco y espeso, se le cayó el vaso, las bascas se anunciaron en los ojos que perdían el color y en los labios amoratados. (Goya se había vengado en un agrio y violento sabor a pulque.)

De noche íbamos a un cómodo lecho. Pequeñas casitas exentas nos permitían dormir al amparo de unos leños que ardían suavemente. En el pueblo no había luz eléctrica. Salíamos a tomar un trago y a comer gusanos de maguey, tostaditos, corruscantes, con gusto a chicharrones de Castilla. La pulquería se alumbraba con algún indeciso candil. Todo era una suave y tediosa penumbra. En un rincón, destacaba una mesa cubierta por blanquísima sábana: el lienzo tenía refulgir de bodegón antiguo. Bebíamos tequila, el puñadito de sal entre el pulgar y el índice, el limón de excitantes amargos para clavarle los dientes y aquel líquido melado que iba a los labios. Hablábamos de lo que habíamos recogido, de tierras y gentes que a los demás les eran desconocidas; de vez en cuando, las estrofas abiertas y melancólicas (salías del templo un día, Llorona, y al pasar yo te vi; hermoso huipil llevabas, Llorona, y la Virgen te creí). Otro de vez en cuando tirábamos un tiento bajo la sábana: sabrosa y tostada, la carne en tacos macizos y resistentes era una incitación al noble y antiguo ejercicio de las libaciones. ¿Qué hay debajo de la tela? Un muerto. Pues en mi país... Pero el regusto, el olorcillo de horno reciente, los tientos cada vez más seguidos, acusaron deseos ya no contenidos. El candil por instantes se hacía más mortecino. Manos blancas de finos

dedos se mezclaban con las de los dialectólogos, avisados en algo más que en archifonemas. Al fin, un largo silencio: era una congoja infinita. (Dos hombres, bajo el livor cobarde de la luna, se hincaban en el pecho cuchillos cachicorvos.) De pronto un alarido, aquella cabeza cortada era un gesto de horror sin fronteras; de su boca pendía un líquido espeso y hialino —blanquinoso, entreverado de hilillos negros—, en su final colgaba, espachurrado en fofas arrugas, el ojo mal asado del cerdo de los torreznos.

Una alumna mía —ojos grandes, voz caliente— hacía su tesis sobre Oaxaca. Maestro, ¿por qué no viene un fin de semana? Oaxaca, Antequera para los españoles, es un prodigio de precisiones y de bellezas. Oros en el árbol de Jesé, armonías en los espacios construidos, emoción contenida en sus santas pecadoras (allí la Magdalena o María la de Egipto). Allí, en los soportales de la plaza cantaban bellísimas letras de Tehuantepec. Mientras escuchábamos, la *jícara* de chocolate era un dulce espumoso y caliente. Tenía suavidad de crema y densidad de manjar blanco. Tengo que ir a las ceremonias de un rito de paso: ¿por qué no me acompaña, maestro? (Este maestro mejicano es melindroso y suave, halaga y acaricia, se enlaza como unos brazos de muchacha y se desprende lenta, lentísimamente. En el oído queda —sí, también en el corazón— sí, queda un retemblar de emociones.) Era una habitación pequeña y agobiante, gentes que lloraban y gentes que cantaban, alaridos y falsas risas; ya merito lo traen. Estaban lavando al niño recién muerto; después lo pusieron en alto, vertical casi. El mortichuelo iba todo de blanco, de blanco cada hueco de la caja, de flores blancas. Con el agua del baño, las mujeres estaban haciendo el chocolate de los ángeles.

El dialectólogo recuerda y recuerda. Son tan largos sus días, que podría estar siempre contando cosas que ha vivido. Porque el dialectólogo empezó esto de las andanzas sin saber muy bien cómo y ahora piensa que el tiempo ha pasado y que la vida se cuenta —¡ay, y ya!— por décadas y cuartos de siglo, pero que, sin saberlo, en cada cuaderno —Dios sabe cuánto durarán y quién los acabará quemando— sí, en cada cuaderno, hay una historia de emociones. Y el dialectólogo ponía su atención en transcribir bien, que para eso con el oído basta, ponía sus ojos en el mundo que le rodeaba y —¿acaso creía usted que no lo tiene?— ponía su corazón para que temblara al mismo tiempo que el de aquellas

gentes con las que hablaba. El dialectólogo ha transcrito —¿cree usted que millones de palabras?—, pero el dialectólogo ha sufrido y ha amado y ahora —cuando se detiene a pensar— sabe que si algo queda de él no serán libros gordos y aburridos, ni atlas y congresos, ni... sí, quedarán —¿querrá Dios hacerle este regalo?—, quedarán unas mujeres y unos hombres que serán más viejos que él ahora y que, acaso, olvidadizos de su nombre, acaso, se acordarán de la pasión con que les hablaban de su lengua. O, tal vez, algunos dedos delicados cortarán una florecilla pudorosa y no sabrán que allí debajo, donde las insignificantes raíces beben de la tierra, hay un corazón detenido para siempre. Y es que, a la hora del recuerdo, ser archipámpano de las Indias no cuenta nada, si no se ha sufrido la alta condición de ser hombre. Y todo esto ¿a santo de qué viene? Pues, también es verdad, pero de vez en cuando a uno se le va el santo al cielo —y ojalá usted lo vea— y sus amigos canarios dicen que se le fue la baifa, que es una manera muy cortés de decir lo mismo. Pero es que ahora ya ha pasado mucho tiempo y todo se entrelaza como cerezas en un roscadero, o como cordeles desovillados, ¿no le parece? Pues sí, también como cordeles. ¿Y por qué no como tristes soledades? Y qué razón, qué razón, como tristes soledades.

Porque un día, el dialectólogo lo recuerda muy bien, había ido con sus amigos los Salomon hacia Palenque. (Oiga, el de las comedias, el de la sociedad de Felipe II. Sí, ese era su amigo Noel Salomon, el mismito. Y un día se quedó muerto —tan sin cuerpo apenas— como un pajarillo.) La avionetita era para tres pasajeros. El piloto nos sopesó con los ojos, como el tratante que entiende mucho de reses. Y nos escaqueó: delante el dialectólogo y detrás el matrimonio. Volvió a tentarnos con la vista y al parecer Salomon no daba el peso, o los demás nos pasábamos. Para no volar de costado puso una gran maleta sobre las rodillas del sabio francés. La avioneta iba a despegar, pero se abrió la portezuela del dialectólogo. Pues ya verá, con un mecatito, pues, y amarramos la chapa. Todo quedó asegurado. Allá abajo es donde se mató Infante, el cantor, pero fue a la segunda. ¡Ah, sí! Tomo nota para no repetir, ¿no le parece? Y esa es la pista de aterrizaje. Aquel hombre era de una seriedad casi olímpica. Pues, no, no veo nada. Sí, doctor, allí donde están los zopilotes. (Una bandada de pajarracos negros esperaba, filosóficamente, nuestro espachurramiento.) Ahora toma-

mos pista. Y la pista sin aparecer. Las ruedas dieron un salto violento al posarse: la pista era un arcén inclinado y pedregoso junto a los raíles del tren. (No, no hay peligro, el tren sólo viene cuando está seco y ahora es el invierno. ¡Ah!) Dos o tres días más tarde, desde el hotel —cucarachas en la ducha, cama imprecisa— la radio decía: Envíen máquina, pasajeros aprestados. Al despegar, unos críos corrían delante de la avioneta para espantar a los zopilotes. Oiga, piloto, ¿y ese es un juego popular? No, doctor, no, es para que vuelen y no se nos enreden en las hélices. ¡Ah!

En Palenque —la naturaleza y los prodigios del hombre exigirían, cuando menos, un poema en endecasílabos blancos, o en octavas reales, ¿no le parece que quedaría más propio? Sí, o en octavas reales. Pero como el dialectólogo no está hoy propicio al estrío y al numen, se conforma con su pobre prosa. En Palenque estaban de fiesta y el dialectólogo viajaba en domingo. ¿Hay misa? Sí, doctor, a las cinco de la mañana. Era noche cerrada; la iglesia, destartalada; alguna candela encendida hacía tener a aquello un aire tétrico. Cuando el dialectólogo se quitó las telarañas de los ojos vio, a través de los reflejos de la luz callejera, unas bancas. En la última, sin fuerzas para dar un paso, un indio tendido bocarriba —rodillas en arco, sombrero sobre los ojos— dormitaba y se acompañaba con sonoros solos de trombón. El franciscano comenzó la misa: traía muy bien aprendido un sermón apocalíptico. La iglesia seguía a solas: el indio, el dialectólogo y el cura. No era cuestión de quedarse con el sermón en el buche, produce indigestiones teológicas muy malas de curar: se manifiestan en forúnculos, ántrax, golondrinos y otros diviesos de mal nombre. El trombón sonaba acompasado y los trenos caían revocados desde la bóveda: Os condenáis. Estas fiestas paganas están llamando a la cólera divina. Así cayeron Babilonia y Nínive. (El trombón alzaba su tono.) Así la ira del Señor destruyó a Sodoma y Gomorra. Vivís en el desenfreno orgiástico de las lupercales y de las bacanales, peores que los gentiles, peores que los anabaptistas y los cátaros, peores que los husitas y los paleólogos. (El trombón alcanzaba su más espléndido metal.) Lloro por Palenque y por la ira desatada del Señor que os va a destruir en forma de lenguas de fuego. (El dialectólogo meditaba: ¿tan grave cosa será ésta de ir buscando palabras?) Al salir, la aurora pisaba con pies aurirrosados (oiga,

¿o sería que ponía ya sus dedos en el horizonte? Y yo qué sé, si me quedo con la desazón de la mala obra de ir a misa de cinco.)

El final había llegado. Aquellos alumnos de El Colegio de México se quedaron con un pedacito —y no el peor— del viajero que ahora regresaba. Para siempre ya esa dulce palabra de maestro. Sobre la mesa de trabajo había un telegrama: nos nació otro niño; los alumnos lo bautizaron el mejicanito. Volaba en la noche un avión casi vacío. Señor, puede tenderse, y el tripulante quitó los brazos de la butaca. Automáticamente, el hombre se tendió pensando en aquel manejuelo de su carne que aún no estaba en sus manos. Los ángeles tendían los dedos para llevar la nave sin riesgo. Y otras manos —¿un ángel?— desplegó una frazada y la tendió sobre el hombre que empezaba a entresoñar.

HABLAR PURA CASTILLA

El mercado de Mitla recuerda poco a los de Toluca, Oaxaca o Amecameca. Pasear por uno de estos mercados mejicanos es asistir a un portentoso espectáculo de color y de humanidad palpitante. Calles y calles de tenderetes o de montoncitos de fruta, de jícaras, de hierbas o de flores por los que apenas queda un estrecho paso para el caminante. Indios arracimados, descalzos, con anchos sombreros de paja. Bernal Díaz del Castillo vio así aquella vida fluyente: abigarrada, heterogénea. En el capítulo XCII de la *Historia de la conquista de la Nueva España* cuenta su sorpresa:

> Desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían [...] cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y de plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías de indios esclavos [...]. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón y cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao, y de esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que por cada calle están sus mercaderías, por sí.

La descripción completa es espléndida y llena de color. Tenía razón el viejo soldado: "Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza, porque es para no acabar".

Hoy, como ayer, cambiada la lengua, se vocearía igual y casi lo mismo: pomadas para el dolor de cuello o de reuma, hierbas para la esterilidad o mejunjes para el amor. Ahora, con sensible progreso: también hay folletos para interpretar los sueños. (En un rincón del mercado, el corro de los petates, las pobres esteras de palma donde reposan estas gentes y que —en el último sueño— sirven para envolverlas.)

El mercado de Mitla recuerda poco los de Toluca, Oaxaca o Amecameca. En aquella plaza desolada me acordaba de Cíbola, tal y como la vio Sender, o de la ciudad de trasmundo que encontró Pedro Páramo. Sol, polvo y algún árbol raquítico. Al pie de uno de estos árboles, sin fuerzas ya ni para dar sombra, el indio y la india vendiendo petates. ¿Vendiendo? Parecía como si la muerte no tuviera ocasión de morir. Al fondo de la plaza, alineadas en un porche, larguísimas filas de mujeres tejiendo palma. Las indias llevan las trenzas entreveradas con cintas de colores y los sarapes, no al cuello, sino rodeándoles, a guisa de turbante, la cabeza: un turbante cuyas vendas fueran muy largas y les colgaran, luego, por la espalda. Estas indias que por las aceras, a centenares, tejen sombreros de palma o petacas con una extraña y rapidísima velocidad, o que en livianos tenderetes ofrecen dulces de infinitas clases, mientras tupidos enjambres de abejas se posan sobre el azúcar, sobre el coco, sobre los pasteles. (A Mitla vienen indias de Aguatlatán o de Miahuatlán: tres días andando; venden sus objetos de palma y se vuelven. Ya mero tendrán camino. Y, a pesar de todo, se mueven.)

En Mitla, también, las impresionantes ruinas prehispánicas. Acaso con la mayor perfección en el manejo de las líneas. Algo como un recuerdo escolar de Creta, sin Tutankhamen y sin Merejkowski: exacta regularidad geométrica, absoluto rigor en el uso de los motivos. Todo sabiamente combinado. El arte mixteca, o aprovechado por los mixtecas, no tiene la grandiosidad de las cosas mayas, pero sí una prodigiosa vitalidad: uno de los templos, o un conjunto de templos, aún vive en el atrio y en ábside de la iglesia. La piedra de sillería que hoy es —¿es?— cristiana, sirvió en otro tiempo para la religión que venía a morir. No sin hondísima emoción se ve persistir el arte prehispánico en las nuevas formas de vida, y este sincretismo hace desgarradora la respuesta que

lejos, en el altiplano, dieron los sabios y sacerdotes aztecas a los franciscanos venidos a Nueva España:

> Somos gente vulgar,
> somos perecedores, somos mortales
> déjennos pues ya morir,
> déjennos ya perecer,
> puesto que nuestros dioses han muerto.

Porque nada de cuanto he visto en Méjico, nada comparable a la iglesia de San Pablo de Mitla: abierta de par en par, transida por un aire seco y limpio que adelgazaba las paredes y nos transportaba —como las campanas del Zócalo o Santa Prisca de Taxco— a la región más transparente. Y allí, por el suelo y por los bancos, gente no escasa: hombres y mujeres que entraban de rodillas o que rezaban sentados. En el altar barroco, la dignidad de un San Pablo de verdad, pero remoto en su santidad. Por eso, en el centro del templo, había otro San Pablo auténtico: armado con el burdo machete que aquí emplean para desbrozar y hacer leña. ¿No es acaso así el arma más contundente para el martirio? (Los hombres ofrecían velas; las mujeres, flores silvestres. La iglesia olía a campo y los santos —bellamente toscos— miraban complacidos: Cristo, desde su Cruz, o, desde una de las diminutas borriquillas del país, entrando en Jerusalén. Domingo de Ramos que se le repite cada día en su peana de Mitla.)

Por cualquier parte, en las ruinas, en un recoveco del camino, bajo un árbol, te asaltan las vendedoras: sartas de collares, piedras, hachas de cobre, vasija, figuras... Todo auténtico, si hemos de creer a sus juramentos. Acaso —moldes conservados— sea, de verdad, más auténtico que lo viejo. Al pie de los aposentos, mientras me cobijaba en la frescura de las sombras, dos niños de ojos grandes como de venado nuevo se me acercaron en silencio. A una caricia mía, se unieron a mis piernas. (A miles de kilómetros, por otros rumbos, los ojos de mi carne no tenían un muslo en el que apoyarse.) Vinieron dos indias a recoger a los niños. No, ellas no sabían zapoteca, venían —sí— de la sierra, con su carga de petacas tejidas —rosas y azules sobre el pajizo—, pero no sabían zapoteca. Ellas hablaban, sólo, "pura Castía".

Castilla es —y fue— para esta gente, como para otras gentes, todo el mundo. A. M. Espinosa ha estudiado la adopción de la

voz entre los indios queres de Nuevo Méjico y entre los hopis de Arizona. Sus explicaciones valen también para los zapotecas de Oaxaca: "los primeros conquistadores españoles hablaban de su país, Castilla, y declaraban que venían en nombre de Castilla, de los reyes de Castilla, etc. De esta manera el indio oía siempre la palabra *Castilla* y en seguida empezó a emplearla con el significado de 'español', 'castellano'. Primeramente la palabra se usó como sustantivo, y después se generalizó hasta tal punto que llegó a emplearse también como adjetivo". El proceso viene de lejos: en su caminar por las costas de Yucatán, cuenta Bernal Díaz que los indios les decían *castilan* y el capitán Gaspar de Villagrá en su *Historia de la Conquista de la Nueva Méjico* (Alcalá, 1610) muestra el uso de *Castilla* con el valor de 'castellano, hombre de Castilla' y las indias de Mitla añaden ahora ese testimonio como 'lengua de Castilla', que vienen a coincidir con otro conocido de los guaraníes. Más allá de las costas de América, en las islas unidas al mundo hispánico por la endeble sutura del galeón de Acapulco, *castila* es también el 'idioma castellano'. Y es que "lo que da sentido, en el pasado y en el presente, a lo que llamamos España, lo que hace que nuestra civilización sea algo de que el planeta no prescinde, no es el fruto de ninguna barbarie sangrienta, ni de intervenciones y mercedes extranjeras, ni de gárrula y gesticulante palabrería, ni de obtusez mental, sino que es fruto de unas creaciones humanas que están ahí desafiando los tiempos, creaciones labradas en palabras, en colores, en sonidos, en ideas, en paisajes, en piedras, y en algo noble y digno que yace en la conciencia de millones de gentes que siguen hablando la lengua de Castilla".

Las indias zapotecas tenían razón: ellas hablaban "pura Castía". No con las adopciones fonéticas de los queres y los hopis, ni siquiera con las deformaciones de los nahuas del Valle de Méjico, para quienes la lengua es el *kastilan copan*, sino con el tratamiento normal del español común: tan sólo el yeísmo (*Castilla, Castiya*), como se usa en el estado de Oaxaca, y la *y* embebida por la palatal anterior, igual que dirían los hablantes de muchos sitios de la República. Tratamiento fonético el de Mitla que acredita la incorporación de los indios a una lengua nivelada, no a los procedimientos de adopción de estructuras lingüísticas ajenas a su propio sistema indígena. Conservada *Castía* con valor adjetivo, nada de

extraño tiene que el adjetivo concierte en femenino, como era de esperar. Porque *Castilla* ha vivido en todas partes (queres, hopis), sin distinción de género y número. Por eso creo que no es indígena, sino de elaboración pedantesca e incluso ripiosa la coplilla que suele cantarse por la Sierra de Chiapas:

Yo soy el indio
que habla el castillo
lo habla poquito,
pero muy sencillo.

Acaso la rima con *sencillo* llevó a estructurar el sustantivo con una forma nunca recogida y nunca atestiguada, salvo en esta ocasión. Y mucho más extraña la anomalía por cuanto los indios de Chiapas (los chamulas, los zinacantecos) han conservado ahincadamente los más hermosos y enternecedores arcaísmos: cuando fueron cristianizados, cada pueblo recibió su patrón —San Juan Bautista, San Cristóbal— y los misioneros dejaron la efigie del santo como recuerdo perdurable de su presencia entre los hombres. Los chamulas, los zinacantecos, tomaron con amor tan grande la dádiva, que se vistieron como San Juan, como San Cristóbal. Y hoy el traje de los indios de San Juan Chamula y San Cristóbal Zinacantan es el que traían las imágenes que legaron los misioneros. Y las aldeas están convertidas en una especie de belén andante.

Y no sólo son cuestiones formales las que van ligadas a la adaptación del nombre de Castilla. En el maya de Yucatán, llámate *kax* "abreviación de Castilla", a la gallina que llevaron los colonizadores a las ciudades bautizadas con nombres de lejanas resonancias: Valladolid, Mérida. Todavía hoy, los yucateros dicen *la maya* con referencia a su lengua, igual que dicen *la castilla*, testimonios ambos que niegan valor al *castillo* de Chiapas al que acabo de referirme.

Los indios mapuches conservan un eco de la acción colonizadora en la adopción, semántica ahora, del topónimo peninsular. El *Diccionario Hispano Chileno* de Andrés Febres (Santiago, 1846) recoge la voz *cachillahue* como 'trigo' y este viejo testimonio se ha venido precisando por todos los tratadistas: *cachilla* 'le blé', *kachillawe* (al sur del río Valdivia, Chile) 'trigo', *mapu kachilla* o, simplemente, *kachilla* 'trigal', *kachillawe* 'rastrojo de trigo', *ka-*

chillantu 'paja de trigo'. No de otro modo a como ocurre en Yucatán, donde "*castlan*, modificación de castellano [...], se emplea en *castlan wash* por 'pan de trigo o de Castilla' ".

El propio nombre de Castilla, en los hablantes de nuestra lengua ha adquirido numerosas connotaciones: unas veces es índice de importación, como en Santo Domingo, Cuba y Argentina, en Méjico o Guatemala; otras, para nombrar plantas ignoradas, como el bello nombre del rosal en náhuatl, *caxtillanxochitl*, el del 'romero' en Guatemala; otras para creaciones menos poéticas, como el nombre del 'bayetón' (*castilla*) en Chile; otras, para designar animales sagaces, cosas de buena calidad o para indicar, como en Ecuador, las excelencias de algo o la "fortaleza o resistencia de las personas", según me dicen del aymara (Perú).

De todo este amontonamiento de testimonios, quisiera extraer un trémolo de flores. En las naves cargadas de una vida nueva, el colonizador puso, también, el aroma y el color de las rosas. No, los sentimientos más delicados pasaron entre el hacinamiento de necesidades. Y allí quedaron las rosas: *caxtillanxochitl* en náhuatl y *rosas de Castilla* en el español coloquial, sea en la tradición de una emocionante historia de la colonización californiana o en una de las novelas más alucinantes que jamás se hayan escrito en nuestra lengua. En Buenos Aires (1947) se publicó traducida *La catedral al sol*, de Anne B. Fischer. Una y otra vez, nos aparece el temblor de las flores fugaces:

Había fragancia de claveles y de *rosas de Castilla* en el jardín de la joven señora (pág. 160).

Un día se puso a moler pétalos de *rosas de Castilla* en un mortero de piedra (pág. 249).

Cuando Loreta salía apurada de la iglesia, empuñando una sola *rosa de Castilla*, tropezó con una teja (pág. 289).

Cuando Pedro Páramo vuelve a la casa familiar encuentra el retrato de su madre y "una cazuela llena de yerbas: hojas de toronjil, *flores de castilla*, ramas de ruda".

Y sigue la flor abierta en las más hermosas resonancias populares, como en la canción del istmo:

> Tú eres la linda Petrona
> clavel de Tehuantepec,
> rosa de Castilla en rama,
> ¡ay, Petrona!, cortada al amanecer.

Más al sur, la flor de Castilla, al abrirse, se llamaría *Santa Rosa de Lima.*

Castilla, hecha tierra, hombres, lengua, se ha ahincado como presencia viva entre estos indios que aún la mezclan en sus conversaciones (habla, plantas, animales) cuando tratan de caracterizar. ¿Cómo desarraigar Castilla de sus almas? Si para hablar o para rezar tienen que usar "pura Castía". Castilla pura —cabeza y corazón— de esta otra Extremadura. Trozo de cielo ganado a golpe de entusiasmo cuando la Castilla terrena, perdida al otro lado del mar, no era sino un recuerdo. ¿Sería un recuerdo? Porque el hombre castellano fue parco en añoranzas y soledades. Nunca debió sentir nostalgias y tristezas cuando se lanzaba —mar adelante— hacia lo desconocido. En estas tierras soñaría con su Castilla, pero no se embargaría de saudades: Castilla era, también, el destino al otro lado del océano, Castilla era la tumba lejos de Castilla, Castilla era la Jerusalén celeste que en la tierra jamás se encontraría o que —acaso— en la tierra fueran todas las tierras, como para los santos andariegos que, andariegos ya, pero aún no santos, tenían por nombre Teresa de Cepeda o Juan de Yepes.

No deja de llamar la atención que las voces que en español designan conceptos como éstos no sean castellanos. Así *añoranza* es un catalanismo; *morriña,* un galleguismo; *nostalgia,* un helenismo, venido probablemente a través del francés; *saudade,* un portuguesismo, y únicamente *soledad* tiene corte castellano a pesar de ser palabra de estructura libresca. Y es notable que *soledad* 'añoranza' comience su andadura en una carta de Felipe II, hijo de portuguesa, y se haya difundido, sobre todo, en Canarias, donde los portuguesismos son abundantes. Habría que pensar si el término castellano lo es sólo por la forma y no por el contenido, que se ha podido tomar del occidente peninsular.

Así, perdidas añoranzas y nostalgias, Castilla se había eternizado en el gesto de la indita —trenza sobre el hombro, chamaco a las espaldas— que se santigua al pasar ante la iglesia o en el del bracero que se destoca el gran sombrero de palma. (En Campeche o en Mérida, en Palenque o Puebla. O ante las iglesias barrocas de calles que tuvieron nombres emocionados: Correo Mayor, Amor de Dios, Moneda, Niño Perdido, Empedradillo.) Queda aún el gesto y la lengua, ancha y pura Castilla. ¿Medellín? ¿Trujillo? ¿Medina? y aquí, en tierras de Méjico, sintiendo ya la gloria de una

Castilla celeste: en el tañido inacabable, transmutado en cristal o argentería el bronce de la función, que hace resonar la inmensa piedra de cobalto de este cielo próximo y remoto. En el eco perdido de las campanas, o en el cielo impasible, de tan sereno, ¿cuántas noches no vendrían las voces ensordinadas de Zamora, los soportales de Olmedo, las rejas de Moguer o los patios de Ecija y de Carmona? En la *Recopilación* de Juan Vázquez se lee:

Soledad, tengo de ti,
tierra mía do nací.

Soledad en el miedo castellano de dejar —como diría Quevedo— el cuerpo deshabitado:

Si muero en tierras ajenas
lexos de donde nascí,
¿quién habrá dolor de mí?

Ahora, ya, soledad más allá de toda contingencia. Como un gesto liberado del tiempo y de la tierra. En la voz de los indios, pura Castilla.

EN LOS LLANOS ORIENTALES

Por 1930, Karl Vossler dio en Madrid un curso de *Metodología Filológica*. Sus palabras aún emocionan: "los lingüistas andarán nómadas en busca de los dialectos que se hablan por el mundo". Para el gran maestro, dialectólogo y lingüista eran la misma cosa. Para él que nunca fue dialectólogo y sí —sólo Dios sabe hasta qué lejanas medidas— lingüista. Dialectólogos en busca de la información más segura para que la ciencia pueda sustentarse y no se cuartee. (Después vendrían otras modas y cada uno especularía sin demasiada firmeza. Todo iría envejeciendo muy deprisa y la mitología nos haría el regalo de un apólogo que nos viene como anillo al dedo: Procusto, famoso bandido, tendía a sus víctimas en un lecho de hierro y les cortaba los pies, si eran más largos que la cama, o les estiraba las piernas con cordeles, si eran más cortos.)

Andar nómada significa convertirse en criatura arraigada. Quien siente latir la tierra, conoce el temblor emocionado del paisaje o ama al hombre, difícilmente querrá mezclar lo divino con lo humano. Cada cosa en su sitio y la paz con todos. Ahí están los hechos, variopintos y lagartones, como para que los atrapemos con fórmulas de rebotica sin sustancia y con no poco caldo de sesos. Y los lingüistas —perdón, dialectólogos, para estreñidos lectores de un solo artículo—, una vez más, iban a buscar su enraizamiento con la tierra y su pulso, acordado, con el hombre.

★

Había que bajar de la sabana, cruzar la sierra y llegar al llano. Sobre el mapa, las cosas son de una precisión casi exacta. Bajar, subir, cruzar y llegar. Pero el dios de los inviernos vació sus odres. Lluvias y más lluvias cayeron sobre la tierra; aguas y más

aguas se llevaron los puentes; ríos y más ríos se salieron de madre. Y los dialectólogos con su campero tenían que llegar hasta allá lejos. Villavicencio había quedado atrás, tan atrás como la historia aquella del candelabro y el anuncio de la Independencia. Y por delante aún estaban los largos caminos. ¿Caminos? Sobre el Ocoa, un puente caído:

> "Su merced, ¿quiere hacerme un favorcito? ¿Se puede pasar el río?" — "Aguadito viene."

(El dialectólogo de habla escueta y sin arropes no se atreve a abrir el pico. ¿Qué querrá decir esto? En Colombia hay un regusto casi monjil por la música de la palabra. Los saludos infinitos retrasan el tintico mañanero o las felicidades para una buena noche acaban desvelando al somnoliento.) Y el dialectólogo echa mano —¡Dios qué lejos estaban!— de las lecciones de urbanidad que le enseñaron en la escuela y platica como si fuera una ursulina. Pero no, su habla no se parece a estos alfeñiques conventuales. Aquí la lengua es algo que se paladea con fruición, como si fuera un arequipe tomado a lentas cucharaditas. Hay por la Carrera 7.ª un salón de té elegante. Los dos dialectólogos se sientan: una muchacha los atiende:

> "¿Son españoles? — "¿En qué lo conoce?" — "¡Hablan tan sabroso!"

Sabrosa la lengua en una dulcería. Que Dios se lo pague. Y Dios, que todo lo paga, se había excedido en el arte de hacer ojos. Cuando su obra estuvo perfecta, la puso en la cara de aquella muchachita que encontraba sabroso el hablar de dos celtíberos. Siempre la misma historia.)

Sí, el Ocoa venía aguadito. A mitad del cauce, el campero no caminaba. El agua nos iba arrastrando. Cada dialectólogo pensó lo que pudo. Enfilar el volante contra el tajamar del puente, palpar el remojón de los inviernos, subirse a la baca para esperar. Desde la otra orilla dirigían el salvamento, pero el vehículo no resistía. El agua penetraba en el interior. Agua sucísima, turbia, en remolinos. Por fin, ya, doctor, a las piedras aquellas, ya, doctor, y a desandar el cauce, sí, doctor. Sobre el suelo barroso, Luis Flórez

mira el reloj: "Hemos perdido veinte minutos". (Este Luis Flórez parece discípulo de Séneca.)

Había pasado el invierno, pero debía ser casi otoño. Aún llovía. El campero estaba como un eccehomo; quiero decir, lastimado en todo lo que tenía lastimable: el tubo de escape metido en el tanque de la gasolina; echaba humo por todos los bornes de la batería; se había roto una transmisión. Aquello era un cuento de don Juan Manuel: entre todos a hacer caminar al burro, digo al carro. Hasta que se compadeció un camionero —que también entre los camioneros hay ánimas benditas— y con suaves palpos nos fue achuchando hasta donde podía trabajarse en verano —¿por lo caliente?

Entonces el dialectólogo se dio cuenta de la grandeza del paisaje llanero. El yerbazal cubría kilómetros y kilómetros. Sobre los matorrales verdes, aquí y allí unas palmeras perdidas o las mocoras de tallo esbelto y liviano. Para deleite de los ojos, el verde más cambiante y lujurioso: guayabos claros, mangos de hojas oscuras, samanes copudos, ceibas gigantescas, cedros caóticamente dispersos y palos de platanera, con su bellota violeta y sus grandes hojas rasgadas en garepas. Por la llanada, los dedos de Dios habían trazado surcos a los arroyos, como esos hileros de marea que marcan las corrientes sobre las aguas quietas. Todo había adquirido grandeza genesíaca: las cunetas eran arroyos; la llanura, mares; el hombre, una pequeña criatura en desamparo. ¿Qué palabra podría medir las magnitudes? (Otro río grande, con su violento remormor, con sus aguas avanzando en tropel desacompasado, con su cruel violencia. —"Por favor, ¿cómo se llama este río?" —"No es río, es el caño Metica".)

Andábamos de nuevo. Contra nosotros manadas de reses. Blanquísimos cebúes y ganado cruzado. Sobre los caballos unas figuras legendarias: los vaqueros. Sombreros de ala vuelta, nazarenas en las botas y un abrigo encauchado —amarillo, naranja, negruzco— bajo la lluvia. El ganado ocupa el camino de tierra, o, asustado, se voltea hacia las empalizadas de espino; en la piel blanca, los rasgones borbotan sangre y muestran la violencia contra el alambre. Desde el campero, vemos pasar a los jinetes sobre sus caballos: gritos, brazos alzados, lazos en el cielo plomizo, y los cuernos —como liras— de la vacada. A nuestra derecha, una potranca muerta alza hacia las nubes una pata, rígida, enhiesta, admonitoria,

y los gallinazos dan vueltas para desgarrar la carne muerta. (El dialectólogo, lo ha dicho, ha aprendido a amar a las cosas, aunque estén muertas. Esta chirringa le ha hecho pensar en otra escena que vio en Jandía, en su muy amada isla de Fuerteventura: allí marcan a los animales y los dejan sueltos. Al año recogen las hembras con sus crías. Pero no hay agua, ni pasto, ni gente. Cuando nace un baifo, los guirres rodean a la cría: descienden sobre ella; le sacan los ojos y le arrancan la lengua; después la devoran hecha piltrafas.)

A veces hay alguna choza. Sobre la tierra roja, se destaca un chafarrinón negro. Paredes de tapial y cobertizo de chapa. El agua golpea implacable sobre la techumbre. Durante el día, el cinc, o lo que sea, abrasa y hace inhabitable la vivienda. Cuando hace frío, lo conserva como un tesoro. El tugurio vende unas cuantas miserias y una carne cortada a lascas, con moscas y zancudos que la recubren. Pero, ¿quién puede comer esta carne? (Dicen que un 6 por 100 de colombianos come carne alguna vez. Allá se las entiendan con las estadísticas.) Los niños la contemplan: unos niños flaquísimos, amarillentos, barrigones. Descalzos y desnudos. A lo mejor, las paredes de la chabola están pintadas con esas letras que sirven de panacea para todo: "Abajo la subida de precios". Otro día, entre los indios coloradoros, en Ecuador, el dialectólogo vio gentes desnudas; los indios fofos y borrachos; las indias moviendo unos pechos fláccidos, como perras sin cría. Y el cartel que servía para liberarlos: "Gringos, fuera del Vietnam". Contra la miseria y el hambre, el dialectólogo quisiera tener poderes. Sólo siente tristeza por una gente con la que se solidariza y asco por quienes —tirios y troyanos— manejan la necesidad ajena y no saben o no quieren remediarla. Cada uno lleva dentro de sí su propio gringo, insolidario, codicioso. Y son gringos todos los gobiernos que no quieren saber de miserias y de pobreza. El mundo —aún— no está dividido con una fácil dicotomía. Un viejo escritor español del siglo XVII —Ambrosio Bautista— lo sabía muy bien; lo dijo con una fórmula que todavía no ha perdido validez:

> No es decente, Fabio, a los ojos cristianos hacer diferencia de naciones, sino de obras [...]. No hay más que una nación, y ésa es Cristianos. [...] El francés que ama a Dios es mi español. El español que le enoja es mi francés.

Y esto se escribía cuando franceses y españoles polemizaban sobre la Guerra de los Treinta Años.

★

Puerto López es municipio desde 1936. Allí había un par de familias —los Fundadores— y uno de los hijos nos ayudó en la encuesta. Después han ido viniendo gentes del Tolima, de Boyacá, de Caldas o de Cundinamarca. Trabajar en Puerto López es enfrentarse con mil problemas de lingüística institucional y, a vueltas de ella, aspiración de *s* implosiva y conservación de una predorsal muy tensa, neutralización *ll* / *y* y oposición fonológica de ambas realizaciones, nasalización tendida sobre toda la palabra o vocalismo muy claro. Pero todo en un violento contraste, en una serie de consideraciones polimórficas en un mismo sujeto. El pueblo es también un hacerse caótico. La selva se ha talado para labrar calles anchas; alrededor de una ceiba, empieza a nacer una plaza; chozas dispersas anuncian que allí surgirá un camino. El pie del hombre trilla todos los pastos y vence todas las adversidades; aunque, sin huella, sus días se hayan ido quedando a túrdigas entre cortezas ásperas y cardos punzantes; aunque sobre una canoa enteriza se hayan amortecido muchas horas de vida. Los dialectólogos recogen el testimonio. Años después de que ellos hayan pasado, habrá unas palabras que les sobrevivirán. Ellos, tan nada en esta angusta naturaleza, están dando fe de la presencia del hombre. Ellos, levantando el acta notorial de lo que ya existe. —"¿Por qué hablan estos niños con zeta?" —"Sí, es mejor. Yo se la enseño." —"¿Pero V. la enseña?" —"Sí, les hago distinguir *ese* de *zeta* y *zeta* de *ce*." —"¿De verdad?" La profesora tiene un hermosísimo color negro. Es lista. Tiene ideas claras de las cosas. —"Quiero seguir estudiando expresión corporal." —"¡Ah!" —"Y me ayudo aquí. Vine del Chocó. Me quieren mucho." —"Pero y las *ces*, las *zetas*, las *eses*." —"Sí; verá, es muy fácil: lo hago con mucho énfasis y, a la vez, señalo con el dedo. Nunca se equivocan." —"¡Ah!" La profesora había pronunciado lo que ella llamaba *zeta* y *ese* y *ce*. El dialectólogo es un pedante y ahora escribe su arrepentimiento. Aquella maestra sabía muchas cosas: "Yo no sé de hablas, pero V. es español porque su tipo étnico es inconfundible". Más, ¡ah! Y uno se acuerda de los colonos alemanes de la Carolina, pero ¿no eran suizos o alemanes los Siete Niños

de Ecija o Jaime Ostos, el torero? ¿Por qué no puede ser uno un tipo étnico puro de algo? Aquella maestra era un portento; a brazo partido luchaba por enseñar. A unos chiquillos cimarrones, venciendo su propio y hermosísimo color negro —"pues hay a quien no le gusta"—, venciendo su penuria —"gano mil quinientos pesos y muchos meses nos declaramos en huelga para poder cobrar"—, venciendo su soledad. Pasaban unos muchachitos y le sonreían. ¿Qué importan la *ce*, la *zeta* o la *ese*? En honor suyo, escribo estas líneas que ella nunca verá; en honor suyo —¿cómo se llamaría?— no puedo estampar su nombre. Pero por unos pocos pesos, entre selva y malaria, una mujer joven se dejaba la vida a retazos —"ya hace dos años que estoy aquí"— para que unos niños colombianos aprendan —sí, hasta la *zeta*— y no sean gaminés o salteadores y para que ella —negra hermosísima— pueda aprender un día expresión corporal.

★

Puerto López debe su nombre a un presidente y, como su nombre indica, a no tener puerto. El río es sucísimo. Tierras removidas, partículas en suspensión, millones de amebas en cada litro de agua. Por sus orillas —nos dijeron— viven unas 8.000 almas; acaso 20.000 por todo el municipio. De ellos, la mayoría es católica, pero también hay adventistas y testigos de Jehová. En época de verano —la sequía de diciembre a marzo— un camino sin asfaltar llega hasta Venezuela; en el invierno —las lluvias del resto del año— el camino desaparece. Las embarcaciones fluviales tardan seis u ocho días en llegar a Puerto Carreño, en la confluencia del Meta con el Orinoco; si trafican, tardan un mes en hacer el camino de ida y vuelta. Llevan arroz, maíz, algodón, víveres; traen ganado y pieles de babilla. Quilómetros y quilómetros de selva en el comercio del menudeo; se comen las provisiones cargadas y los peces que se capturan. Embarcaciones insignificantes, con dos o tres hombres de dotación, arriesgan largas y penosas travesías. Es la voluntad de esa criatura indefensa a la que llamamos hombre. Hombre contra el hombre y contra la naturaleza. Hombre, seis letras que apenas si duran en una línea y que —ahí erguido— desafía al medio hostil.

★

El dialectólogo se fue a trabajar a un tugurio con visos de venta. ¿Miscelánea? ¿Abacería? ¿Taberna? ¿Lonja de pescado? Era todo o nada. Era mucho más que eso. Era algo que sólo puede darse en los Puertos López que Dios sembró en el ancho mundo. —"Aquí está en su casa. Yo le traigo gente. Espere que me ponga la camisa". El buda tripudo y de ombligo redondísimo hizo los honores. —"Aquí trabaje V." —"Gracias". —"¿Sabe que un toro ha matado a Camino?" —"Vaya". —"V. no sabe mucho de estas cosas". —"No, la verdad, no". —"¿Y a qué espera?" —"Pues ya ve". —"Y a V. ¿por qué le dicen doctor sus amigos?" —"Pues no sé, por pasar el rato". —"Pues es una vaina". —"Sí, y a veces un poco de verraquera, pero..." —"Bueno, bueno, pues siéntese ahí". —"Gracias". —"¿V. me dejará que me quite la camisa?". —"Sí, sí, está V. en su casa". Y el buda de abdomen abacial y ombligo redondo, colgó su camisa en una cabuya sostenida por un canalete. Gotas —benditas— de sudor caían desde la camisa sobre el dialectólogo que aguantaba a su primera víctima. —"Espere, no tenga prisa. Esto son sopas de leche para mi gallo". —"Pues sí que lo cuida". —"Es un gallo fino; dos mil pesos me dan por él y yo, ni modo. Ya ha ganado nueve peleas; mire, mire (y le acercaba un dedazo contra el que se engrifaba el gallo de pelea). Es criollo. Los españoles son más ligeros, pero se cansan antes". —"¡Ah!" —Aquí le traigo a éste. Es un burro; no sabe nada de nada, pero como V. es así, a lo mejor le sirve". (El llamado burro tenía unos ojos dulces, era amable y sabía muy bien todo lo que se le preguntaba. Pero se pasó el día haciendo vainas: que si la guía, que si el peso, que si cobrar el pescado, que si cargar los camiones. Al dialectólogo le habían dicho que en Colombia las encuestas se hacen con paciencia. Los perros venían a sacudirse las pulgas junto al dialectólogo, que agradecía con muy buenos modales la fineza. Los zancudos querían chupar sangre de dialectólogo, que debía ser una presa poco frecuente. El dialectólogo no tenía tiempo para aburrirse. —"Oiga, doctor, ¿V. sabe de medicina?" —"No, nada; como de ríos y caños, como de gallos finos y criollos, como..." —"Pues tendrá que ir aprendiendo". —"Sí, eso veo". (Una mujer joven temblaba en una silla; tenía frío y calor; ojos desorbitados y opacos, lloraba. Sí, uno era doctor de... Bueno, el dialectólogo a veces es muy fino hablando, y sobre todo, escribiendo. Por eso no dice qué

le parecía aquel doctor con que no dejaban de nombrarle. ¿Qué hacía allí, mientras la mujer sufría? Mientras un niñito amarilleaba de —¿qué?— hambre, enfermedad, fiebre, ¿de qué estaría el niño tan amarillo? Los tres hombres que habían traído la carga la contemplaban compadecidos. Y el dialectólogo sólo supo medir el dolor por horas de sufrimiento: —"¿Vienen de lejos?" —"Ocho horas de canoa, y los doctores no están todavía en el hospital".) —"Si V. no entiende, yo curaré a los dos hasta que venga otro doctor". Y el buda de ombligo redondo y abdomen abacial dispuso sus órdenes: "V. se toma dos botellas enteras de soda y ambas aspirinas". (La mujer temblaba y en su hipo engurgitó la aspirina y la soda.) "Con esto se cura enseguida". "Y al chino, eso se le pasa: cuando maten una res, la vacian y en el buche meten al niño. Y sano". (El dialectólogo ya no sabía nada de las maderas de gallo de su oficio. Hubiera querido saber a quién rezar para que las medicaciones tuvieran resultado. Pero uno está totalmente adulterado por lo que hemos dado en llamar ciencia. Por su mente pasó una palabreja odiosa: empirismo. ¿Pero no tienen experiencia de que con soda no se cura el paludismo? ¿De que la malaria no se remedia en el buche caliente de una vaca recién sacrificada? Pero, ¿de qué me sirve aquí —a orillas del Metica— el rehilamiento de la *ye*, si hay dos seres que sufren? Acaso sí; sin esas pendejadas, el dialectólogo nunca hubiera aprendido el dolor de las gentes perdidas en la selva; ni hubiera sabido que su amor podía ayudar a dos pobres seres que sufrían, mientras nada hablaban quienes estaban endurecidos por el padecimiento cotidiano.)

*

Los oídos del dialectólogo iban sintiendo palabras mil veces escuchadas. Ahora sonaban con música nueva, recién creadas en las aguas del Metica, recién nacidas de la cópula de la selva y el llano: canoa, bote de carga, chalana y, a su lado, palabras que se arrullaban con remilgo virginal: gongo. Y el burro de ojos claros iba definiendo. El dialectólogo que es —ya lo hemos dicho— un pedante pensaba en el *Diario* de Colón y en Pedro Mártir de Anglería ("es canoa porque es de un palo enterizo; cala de diez a quince arrobas y transporta pescado y carga"). —"¿Y el gongo?" —"Es igual, pero carga de cinco a seis toneladas, la llevan

dos hombres: el marinero que va a proa dirigiendo con la pértiga, y el motorista que va con el motor. Transporta carga, víveres y ganado". Y salían a relucir el calafate que fabrica falcas con martillo, maseta, patacabra, estopa y brea; que coloca el casco sobre los burros y va disponiendo los maderos de plan y de banda; las tablas de aforro hechas de sasafrás, de cachicamo, de cedro amargo, de cedro macho, de saladillo y de trompillo. De la misma madera siempre, aunque todas se dan por aquí. Y seguían las palabras amigas: proba, coera, culo pato, canalete, cabo, muerto, piola.

Después el anzuelo con la plomada, la boya, de pala de empatar, la lengüeta y la tarraya —no, chinchorro ya no se usa—, la maya (como el trasmayo, pero de un solo paño y sin piolas ni plomo). Y el pescado en cardume (volvían los recuerdos: a Juan de Castellanos, a Gaspar de Villagrá) y en bola y los nombres exóticos, que al dialectólogo nada le decían: apuy, yaque, yamú, mapuro, sepuara, cajaro. Y otros que sí le decían, pero Dios sabe qué querían decir: amarillo, blanco pobre, dorao, paletón, baboso, cherna, tigrito... Peces, a veces, gigantescos, pescados con anzuelo y colgados con una cabuya de la romana. Peces de cabeza aplastadísima, de tanto bregar con la corriente del río; de ojos menudos y esmerilados, de tanto no ver en las aguas turbias; de bigotes y barbas larguísimos, de tanto quererse orientar en los fondos. Peces amarillos y negros, blancos listados, moteados; peces de color laureado o azulito, de escama o de cuero. Larga teoría llena de expresivas connotaciones.

Un camión esperaba. Sobre el lecho de la caja, grandes hojas de plátano; en ellas ordenaban camadas de peces grandes, que cubrían con nuevas hojas frescas. Unas cadenas impedían que los pescados se descubrieran y se llenaran de polvo. Hacia Villavicencio partía el camión. Sobre el suelo quedaban unos cuantos peces que al tacto o al golpe parecían pichos o bombos. El burro de ojos claros, terminada la vaina, seguía contestando. El río estaba en silencio. Y las chicharras, las ranas, los sapos, organizaban su algarabía. Co-quí, co-quí, co-quí.

★

Un día —nuestra Santa Madre la Filología quiera que sea pronto— en el Atlas de Colombia hará un puntito con un número: rojo, naranja, gris, ¿qué más da? Allí, en el Departamento del

Meta, estará Puerto López. Tal vez no figuren ni el río, ni los Llanos. Acaso un estudioso se inclinará sobre las hojas, extraerá un dato y cerrará el álbum. Será todo. Nadie sabrá lo que ese punto significa, lo que unos hombres trabajaron, sufrieron y se emocionaron para que aquel punto exista. Acaso —y Dios lo ampare— alguien que no habrá saludado ni de lejos el campo, sacará a colación la suficiencia. Desearía que ese tal no leyera nunca estas líneas, pero que supiera —¿osará tanto su desprecio?— que Valle-Inclán le dedicó estas palabras: "El crítico tiene ante el autor el mismo resentimiento que el eunuco ante el don Juan".

POR DONDE PASÓ LA IRA DE DIOS

I

Entre las nubes se acertaba con el destello de una raya parduzca. Era el Amazonas. A veces, por los rasgones, un horizonte de crestas negras y el nácar de la luz que asoma tímido. Después, selva y más selva. Una hondonada infinita de verdes; acercándose, el almohadillado de los árboles, como si se levantara el bulto tembloroso de una naturaleza dormida. El verde ya no es verde; es también amarillo y rojizo de herrumbre sucia, y negro y azul. Más cerca aún, los árboles se hacen criaturas exentas: cada una hostil a las otras, agresiva en su soledad. Y la selva sigue espesa y compacta. Pero contemplo árboles secos, erguidos sobre sus compañeros vivos. Esqueletos de angustia con mil brazos crispados y rígidos en el aire hostil, víctimas de las otras criaturas que siguen vivas y que han estrangulado la presencia de quienes querían evadirse de su gregaria estirpe vegetal. Y palmeras que agitan el airón de sus ramas sobre las ondas verdes. Y ya, lejos, las franjas del agua que se precipita y el tímido nácar de la luz de nuevo.

II

Navego en una canoa con motor. Las bujías se mojan y el motor se para. Entonces el barquichuelo ofrece sus bandas para mantenerse al pairo. Un liviano remo de pala ancha ayuda a la quietud, mientras se ven orillas de arbustos y ceibas liberadas. Tierras de Colombia, del Brasil, del Perú, encontradas en esta cantonada. Un día por aquí pasó la ira de Dios. La naturaleza sería

la misma, pero los hombres muy otros, ¿muy otros? Los yanaconas bajaban las cargas hacia el río, mientras una gavilla de locos se aprestaba a partir. Ahí vio Herzog la ira de Dios, en la vesania de aquel Lope de Aguirre que en sus balsas empezaba una insensata aventura. Al recordar, ni entro ni salgo; pero si se sigue el relato del fraile Carvajal, a Carvajal hay que dejarlo con vida para que el resto no sea ficción engañosa. Si hacemos historia, hay que hacer historia. Si no, sobra todo aquello que se enfrenta con la verdad. Vivir es —sí— quedarse solo, aunque uno esté loco. Y no sé si tiene más grandeza matar a la propia hija para ganarse la soledad o ir a la deriva, visionario, rodeado de micos. En un caso, la tragedia de haber vivido; en otro, la ridícula parodia de estar vivo.

(Lo que probablemente Herzog ignora es que su final puede tener antecedentes hispánicos. Hace siglos, Jerónimo de Alcalá Yáñez escribió *El Donado hablador*. En las orillas del río de la Plata, los monos saltan de árbol en árbol; alguno menos avispado cae al agua y allí se anega. Sus compañeros de juego se espantan, pero pronto olvidan: "Verdadero retrato de nuestra vida; cae en el río de la muerte". Aquellos monos que desde las lianas de la orilla saltan sobre la almadía donde Aguirre enloquece, mientras el río no es sino un fluir de aguas encrespadas hacia la muerte. Escribo en el Amazonas y pienso en la literatura de España, en los hombres que hicieron la literatura de España. Una película que vi en París, mientras las calles se aterían de un frío doloroso, me ha asaltado en este calor de agobio que padezco. Y entre el hielo y el fuego, como encerradas en un largo paréntesis, páginas y páginas de Historia. El recuerdo son poetas muy queridos: Quevedo y Machado, Manrique y Blas de Otero. Y el recuerdo se llama, digamos, metáfora en cuatro tiempos. El erudito que la escribió tomaba a broma su propio saber. Y es que no podía inventarse ni a Herzog ni a los ticunas. Sí, a mí, sí. Pero ¿cómo verme perdido en las selvas del Amazonas? Y ahora, mientras contemplo la nada del hombre frente a la naturaleza, me he asido a una tabla de salvación: mi vida y la razón de mi vida. Y la erudición es, también, vida, por más que uno navegue por un río inmenso, y es lección, por más que uno piense en su inanidad. Lección que nos enseña que los demás también sufrieron y que vivir es un hilillo fácilmente quebradizo. Un largo testimonio del dejarse arrastrar

por las corrientes turbulentas, mientras lejos —Belém do Pará está a ocho jornadas— la mar espera. La mar y a ocho jornadas.)

Por aquí pasó aquella ira de Dios cuando no había ni barcos ni pueblos ni estos indios. Habría otras cosas, capaces de enloquecer ellas solas al hombre más sereno, pero no éstas, ellas también propicias para hacer perder el tino a quienes sienten el dolor de la soledad ajena. Porque la naturaleza —sí— era la misma, y el hombre también, a pesar de su ropaje distinto, o de su uniforme desnudez. Sigue siendo el agua rojiza y, a veces, flotando sobre ella asoma el cerro de un caimán. Siguen saltando delfines junto a las embarcaciones, y se oye, como oyeron gentes iracundas, su llanto de niño; ahora —¿y antes?— dicen que estos *bufeos* sacan con su trompa a los hombres que caen al agua y los hombres —agradecidos que son— les machacan los genitales para hacer filtros de amor. Siguen, como agonizando la soledad de Aguirre, los árboles de copa redonda o los frondosos con cúpulas de sombra y frescura. Aquí dentro, bajo un aire opaco, se ven flores de un rosa intenso, con pétalos carnosos y estambres rígidos y temblantes, les llaman —hermoso nombre— *pomarrosa del Amazonas*. Y sigue la selva con sus ramas dispersas hasta perderse en un temblor borroso, con sus penachos sobre los troncos erguidos, con su varillaje cubierto de muchos brazos rematados en dedos espesos. Y siguen nadando palos y hojas verdes, y pasamos arenales para que las embarcaciones varen, y siguen, silenciosas y suaves compañeras, las mariposas blancas junto a la canoa, o alguna roja que se atreve a buscarnos dentro, u otra amarilla perdida con su incierto revoloteo. (Van y vuelven las mariposas blancas. ¿Serán almas que transmigran? ¿Vendrán a buscar la nuestra para salvarla de la soledad? Mariposas blancas, también, en el alma de *Platero*. El alma en soledad sobrecogida por la naturaleza augusta, antes de evadirse para siempre.)

III

Llegar al poblado —Ronda, San José, Nazareth, Arara— es es un portento de equilibrio y habilidad: entre limo fangoso y rollizos atravesados, sobre tablas quebradizas y charcos pudriéndose. Cada pisada en falso levanta un vuelo de mariposas negras, torpes, carnosas y repugnantes. Al fin, un repecho, siempre un repecho coronado por unas cuantas cabezas de indios. Chozas dispersas, asentadas en troncos, techumbres vegetales y miseria. La más grande y atroz de las miserias. En cada casucha viven dos o tres familias. Hay hombres jóvenes decrépitos ya, mozuelas que arrastran su vientre, y niños que palmotean sobre carroña. El hedor nos persigue desde que pisamos el gramalote podrido, pero ahora estamos con seres humanos que se hacinan. De la escuela van llegando unos niños graciosos y sonrientes, tienen ojos claros y dientes muy blancos (¿cuánto les durarán sus dientes blancos?); en un plato llevaban fariña, y ahora traen un sopicaldo escaso y ralo sobre el que nadan fríjoles oscuros y manchados granos de arroz. Los niños ríen al contemplarlos y dan las gracias por unos caramelos. Han puesto un destello luminoso en nuestra tristeza, pero nos dejan solos. Los ojos se prenden en cuanto les rodea. ¿Se prenden? Caen endoloridos por las paredes de guaduas enlazadas y sólo descansan, atribulados, sobre un suelo de tablazón mal clavada. Uno no es moralista, pero aspira a ser hombre: gentes famélicas, tendidas por los rincones, oscilando —quienes tienen más fortuna— en el balanceo de una hamaca. Las mujeres, desdentadas siempre, dan de mamar y el seno, abandonado, les cuelga vacío y tembloroso; los hombres, si cuadra, ríen, se rascan, bostezan; los críos mean sobre las tablas y por los huecos se cuela un riillo amarillento. Todo ajuar es una cabuya de la que cuelgan trapos harapientos. Son pingajos para cubrirse, si es que quieren cubrirse. En este abandono —ni comida, ni medicina, ni nada de nada— el cartel agresivo: "Familia bien programada es una familia feliz". Y desde el papel sonríen —risa imbécil, corbatita de cretino, peinadito copiado de actriz asalariada— tres monigotes (él, ella y el planificadito). La ira de Dios pasó por aquí y dejó la más amarga de sus venganzas: la estupidez. ¿Qué programación

para estos pobres indios? ¿Qué importa la familia feliz, si el indio no vota? (También hay maravillas en el comercio: una muchacha indígena —lucida, emplumada y todo— da la mano a un niño gringo vestidito de azul: la quebrada de la amistad. ¿Y para cuándo, Señor, tus rayos?)

Buscamos al curaca. Sucio, depauperado, mellado, como cada hijo de vecino, o de lo que sea. Pero *curaca* ¿no es quechua? Sí. ¿Cómo es en su idioma? *Cachique*. El investigador —habíamos venido a trabajar y, se me olvidaba— anota. Tampoco ellos dirían *cachique*. Cachique lo trajeron los españoles, los primeros, los de la ira; curaca lo volverían a importar cuando quisieron poner las cosas en orden. Cachique y curaca para boras y mirañas, para muinanes y ocainas, para cocamas y huitotos, para ticunas y yaguas. Hasta piensan que esto es un orden. Orden, sí, en tanto no se perturbe, en cuanto sirva para la marginación y la explotación. Así el orden. Si van a la ciudad, en barrios con pomposos nombres históricos, siguen viviendo igual, promiscuos, hacinados, paupérrimos. Los hombres los ordenan y los tienen tranquilos. Sin embargo, son gentes todas para quienes sigue la ira de Dios. (Algún blanco salió más listo de lo debido: importó indios, los metió en una ciénaga horrenda y los convirtió —¿a cambio de qué?— en materia de turismo: son los yaguas traídos de Perú a territorio colombiano. Están desnudos, fingen usar cerbatanas, danzan (¿de dónde estos bailes?) y hay muchos monos a su alrededor. La isla tenía un nombre hagiográfico, pero los mercaderes profanaron el atrio del templo. ¡Qué bien suena monkey en inglés! Ahora —toda al servicio del prestigio viajero— los turistas pueden retratarse con indiecitas de pechos desnudos y en el aeropuerto se venden las postales. (El *Eclesiastés* —libro sabio— debió decir que el mucho leer da dolor. Uno más de sus dolores, acaso el peor, el que más araña en las entretelas del alma. Y los libros viejos enseñan lo que no queremos saber. El Rey —allá lejos, por el siglo XVI— ordenaba a sus Corregidores que no comprasen a los indios sino lo estrictamente necesario para el servicio de sus casas, pero sin hacer grangerías con ellos, ni cambiarlos de asentamiento; había que pagarles de inmediato cualquier servicio que hicieran y, si estaban incorporados a la Corona, no podían ser ocupados ni alquilados a nadie. Las transgresiones eran multadas con mil ducados. Un Corregidor en el siglo XVI o en el siglo XVII tenía derechos que

ni el Virrey podía cercenarle. Pero un Corregidor era la autoridad del Rey, no un mercader. Cuatrocientos años después, los indios han empeorado mucho de suerte: tras las viejas conductas —buenas y malas— estaba la voz que exigía el mantenimiento de la dignidad del hombre. Esa voz se llamó Corona o se llamó Iglesia. Ahora, sin rey ni roque, hay seres perdidos en la selva a los que se ha degradado, se les ha cambiado de asentamiento, se trafica con ellos y, por supuesto, no se les compensa. Los libros enseñan mucho y los viajes no poco: el mercader del siglo XX tiene —frente al Estado y frente al hombre— la impunidad que no se atrevió a utilizar un rey del siglo XVI. Y es que todo depende de vender el alma al diablo.)

IV

¿Sabe usted? Nos dijeron que hiciéramos una casa y que nos darían siete mil monedas; la acabamos hace tres meses y... Nos dijeron que hiciéramos otra casa para poner medicinas y que enseñarían a curar a uno de nosotros y... (hace meses, la *jofe* terminada luce los nombres de los padres de la patria, pero el dinero no llegó, ni las medicinas, ni llamaron al escolar, ni...) Pero ustedes al aprender mejoran, ¿no? No. ¿Por qué? No nos dejan progresar, y nos quedamos al aire. Ni en la ciudad ni en la selva. El indio imita al blanco, pero es indio. El color de la piel es de indio y de indio se queda. Pero usted sabe muchas cosas (el indio de ideas muy claras, inteligente, de cordialísimo trato), ¿le sirven? No. ¿No? No. Quise ser enfermero y no me admitieron porque no sabía problemas de matemáticas. Mis hijos viven peor que yo. Yo vivo peor que mis padres en la quebrada. Me he vuelto a la selva, aquí sigo siendo indio. (Uno ha venido a hacer lingüística indígena y no sabe qué contestar. No quiere saber argumentos: ve esto, ve la miseria, ve un hombre capaz e inútil, sin embargo, para su propia tribu, ve que el jornal que él paga por dos días —unas 600 pesetas— es lo que el indio cobra por quince de trabajo como mayordomo de una finca. El lingüista ve esto, y cómo ese hombre que es una maravilla en sus descripciones, en su dar equivalencias justas, en su afecto sin zalemas, está perdido

en la selva, mientras la mujer trajina, y cuatro niños aprenden cosas, ¿para qué? (Hasta 19 kilómetros tienen que andar a la escuela más próxima.) Y sobre la cabeza de una de las criaturas se adormecen dos micos. (¡Cuídalos! Son para el patrón.) ¿Y si Dios olvidó su ira y la encontraron —remedo cruel, grotesco— los hombres blancos?

V

Entre las casuchas, hay dialectólogos que trabajan. Se ve a una muchachita que devora su cuestionario. Ella tiene su casa, sus libros, su música. Pero está aquí, sudorosa, congestionada casi. En la canoa comieron unas latas entre todos (atún español, carne brasileña) y bebieron gaseosas colombianas. Ahora, rodeada de mirañas, de huitotos o de cocamas siente una mano oculta que le ahoga en la garganta. En una jofaina suben unos peces negros, *cuchas* de aletas voladoras; encima de ellos campea una piña. Se limpia la piña, se despedaza, se muerde. Sobre el cuestionario van cayendo gotas de jugo sabroso, de sudor espeso y salado, de agua sucia del río. Y la muchacha pregunta por ritos de paso y ceremonias nupciales. Ella que tiene su casa a cientos y cientos de kilómetros, que sabe que desde la selva no podrá volver a ella en muchos días y que, sin embargo, lucha con los zancudos y con la sed y con el cansancio y con el asco, por arrancar unas respuestas que le permitirán estudiar un problema, que darán vida a su esfuerzo y que un día —sin llamar al recuerdo— aparecerán incrustadas en su conducta. Aquel día —sabiéndolo o no— la muchachita que hoy sufre bascas por el mundo en que le toca vivir, sentirá una extraña ternura y correrá a hacer el bien. Y no sabrá que el bien se llama la selva, o Nazareth o Arara, o muinane o ticuna.

VI

La canoa desciende por la quebrada hacia el Amazonas. Las orillas tienen un verde compacto. Malva-violeta, después; carmín transparente. Sin querer llegan recuerdos de cuadros muy queridos: atardeceres del Tintoretto o del Greco. Violencias de Goya. El río pierde su tierra sucia y se convierte en una lámina de plata o en un temblor carmesí. (Al desembarcar, se sabe de cada día, esperan insectos y hedores. Hojas de helecho y plátano sobre las que tendieron miles y miles de pescados. Luego, una cuesta: tenduchas, con nombres en español y portugués: Palacio de las Novedades, Os Inconfidentes, Graneiro do Porvenir, Cabildo Abierto, Comandancia Militar, Armada de todos los países, Gabinete Dental, Farofa carioca. Y al final, subiendo a la derecha, un tugurio increíble: champaña francés, whisky de Escocia, vinos del Rhin, pirañas disecadas, pepinos silvestres, collares de dientes de mono y, al aire, Botticelli.) Otro día de trabajo, y la soledad, un día más. ¿Para cuánto, Señor, tu ira? ¿O el suave consuelo de tus manos?

AMAZONIA TERCA

Escribo en Yerbabuena, cuando la agresión de la selva está lejos y el rebullir fangoso del agua ha perdido su amenaza. Por mi amplísimo ventanal entra la más bella sabana bogotana. Un pasto tierno de hojillas que tiemblan si el recental suspira; el alcaparro próximo con sus flores amarillas, sí no es el brillo de las retamas andaluzas; un muro espeso de urapanes umbríos y el perfume azorante que exhala el borrachero. A veces, cuando los ojos se cansan de las hojas tendidas, en el blanco barandal el copetón salta y su capirote se recorta mientras las negras plumas van punteando los enjalbegados ladrillos, o el toche pone un grito amarillo y negro, y el cardenal salpica con su pechuga escarlata. Al amanecer, con el lubricán rayando, canta el diostedé onomatopéyico o el turpial gorjea a la flor más abierta y el cucarachero —ruiseñor indígena— aún alarga su trino delicado. Aquí escribo. A veces las nubes se hacen ceñudas y espesas, pero entre los livores cárdenos, un rasgón de azul purísimo me recuerda los cielos velazqueños.

Leticia —hermoso nombre— está lejos, pero pervive en mí con su recuerdo terco. Para un dialectólogo español Leticia es una extraña experiencia. Desazonante y hermosa. Más de una vez, sobre el mapa eléctrico de un gran hotel, el dialectólogo pulsó el más extraño y remoto de los nombres. Como el sueño concita grifos alados o seres ambiguos o carnosas flores que no existen. Pero el sueño es una forma real de caminar la vida, y el dialectólogo fue llevado a Leticia por el manto tendido de los cincuenta y cinco arcángeles de la canción renana del siglo XII. Arcángeles que ahora tienen nombres familiares y que saben abrir la argentería celeste. En Leticia el dialectólogo vio gentes que nunca había visto, y aprendió a amarlas. Oyó cosas nunca oídas, y las quiso

guardar para que no cayeran en el olvido. Sintió la ira de Dios y lo contó. Pero ahora quisiera escribir otras cosas, para que sean ciertos unos versos de Camões que siempre recuerda y que sabe de memoria, pues el dialectólogo piensa que, muchos años después, cuando sea mantillo de alguna flor humilde, otro dialectólogo podrá entender la realidad, que hoy es variopinta y cambiante. Por eso ha escrito de una fonética que se quiere hacer estable, de unas lenguas que se encuentran, de un río —ancho y largo— como si Dorival Caimy lo cantara, de unos hombres que se debaten por llegar a serlo con plenitud. Cada cosa exige su tiento y el dialectólogo no sabe si pulsa bien tanto registro en los trastes de su guitarra, pero ha puesto su voluntad. Allí donde se encuentra Colombia con Brasil —su alegría e saudade— y con Perú —su alta honra.

Los arcángeles del viaje sabían que en 1867 un capitán peruano, Benigno Bustamente, puso un puesto militar al que bautizó como Puerto de San Antonio, que el tratado de Lozano-Salomón (1922) dio a Colombia el pequeño emplazamiento a cambio de otros enormes territorios que había perdido, que en 1930 se hizo la entrega, que Perú (1932) asaltó Leticia —ya Leticia— y la Sociedad de Naciones puso las cosas en orden, hasta hoy. Pero lo que no sabían ni Bustamente, ni los caucheros sin piedad, ni los días del conflicto, ni el sosiego, es que un dialectólogo español llegaría (1975, 1977) con una encomienda de ciencia y de paz. Allí, justamente allí, por donde pasaron las almadías de Lope de Aguirre. Y que el dialectólogo sentiría emociones desusadas y amores recónditos por gentes y cosas que apenas si cuentan nada en el comercio de las vanidades o en las grandes balanzas donde se ponen dibujos con cifras rojas o negras. No. El dialectólogo ha sentido por su cuenta y sin pedir colaboración a nadie. Ahora escribe unas pocas páginas de recuerdo muy lejos de Leticia. Y el recuerdo se le llena de emociones. Como en los días de invierno, cuando entre sus libros, redactaba página tras página, las muchas hojas que dedicó a Leticia. En el invierno de España, viendo violeta, génuli, ceniza, la serranía del Guadarrama, el dialectólogo pensaba en árboles de gesto airado y en quimas litúrgicas, en peces de esmeril y en aves desabridas. Y pensaba en niños indios con dos micos en la cabeza o en su amigo huitoto llevándolo por la selva ("no tema, yo soy baquiano"), o en el pedazo de vida que

se le quedó al sol, al agua y al viento, tensa en la estacada de un pueblo donde ni la muerte cabe. Entonces, acaso entonces, creía que su ocupación podía tener sentido entre gentes de las que antes no sabía ni su nombre, y recordaba —sí, sí, queriendo— unas ironías del gran poeta Carlos Drummond de Andrade que —ya ve usted— se le habían convertido en una punzante esquirla:

> Da estruturação sêmica
> Do idioleto e da pancronia científica
> Da reabilidade dos testes psicolingüísticos
> Da análise computacional da estructuração
> silábica dos falares regionais
> Libera nos, Domine.

Acaso, sin querer, allá en el trapecio amazónico de Colombia —caminos inescrutables— también él se había logrado como hombre. Y se había logrado con gentes que querían aprender una lengua que es, precisamente, el español. El dialectólogo se había encontrado con su propia lengua en el rincón más perdido de la ancha geografía. La había oído en labios que apenas la musitaban o en bocas que la entonaban con plenitud. Era el milagro más allá del sueño. Esa lengua —¿en cuántos sitios, de cuántos corazones la ha escuchado el dialectólogo?— era la herencia que conservaba un país al que llaman —voz sonora— Colombia. Nueve letras, sólo nueve, en las que el dialectólogo quisiera encerrar mil siglos y mil millones de almas de gratitud.

Por eso —pedazos de propia vida— evoca los días en que pudo encontrar su muerte. Allí, en las orillas espesas, en un vértigo que le asalta al recordar las picaduras de millares de diminutas, insignificantes y encarnizadas hormigas. En el cielo veía nubes de plata vieja con sus filos recortados por nácares balbucientes o allá abajo, en la quebrada, un portentoso pincel había ido colocando estratos de luz y colores, sobrepuestos, hasta que las nubes del cielo naufragaran en el más hondo de los pozos. Las plantas se posaban sobre una trocha de detritus fangosos: maderas podridas y ciénaga enervante. Allí, camino del asentamiento de los indios yaguas, mientras temblaba la última gota de lluvia en la hoja más tierna y los pies resbalaban entre tarquín y gusanos. El dialectólogo —una áspera hoja de ortigas su cuerpo— quería llegar a los

hombres: lejos quedó el refugio en la orilla del río, unas tablas, un cobijo inclemente, un sostenido chirriar en la noche: la orilla del río, donde los monos más salaces arrancaban la piña que aprehendían las uñas del guacamayo más emperejilado; la orilla con el amacizo o cachimbo de flores como gallos de naranja empenachados de rojo; la orilla, donde los biólogos americanos tenían equipos, y linternas en la noche, y antihistamínicos que calmaban la comezón. La orilla, definitivamente perdida en la esperanza del regreso.

Lo que es humanidad se avisaba con anticipo endolorido: niños con una zarpa que les arañaba el interior de sus gargantas, indios con los ojos mordidos por la conjuntivitis, el ciego que caminaba (¿qué liana, qué tronco, qué picadura darían con él en el suelo?), la mujer con su escueta pampanilla y el crío acuclillado sobre la cadera, mordisqueando en un seno vacío, piltrafa de pellejos sin fuerza ni para seguir colgando. Unos pasos más: allí íbamos. Era la vergüenza de la carne: ¿es posible que tanto se degrade lo que es bello en sí mismo? Aquellas mujeres habían dejado de serlo, los negrísimos cabellos como costras de barro sobre una llaga, los pechos oscilantes en su flaccidez, los vientres deformados en una gestación pavorosa. Y los hombres, resecos en sus pellejos de iguana, molidos a palos por los ticunas, rascaban sus llagas en el poste de la choza. El dialectólogo ya no sentía; sí, sentía, pero no su carne, no su dolor, no su tristeza, infinita y sin fronteras. El dialectólogo sentía ser hombre. Una especie de visco aceitoso se le detenía en el paladar. El buscaba los pasos de una lengua hermosa y sonora —español— y había encontrado la miseria del hombre en la más viciosa y lujuriante naturaleza, al hombre en su total invalidez. Los indios le rehuían. Sentían terror de la cámara fotográfica: verse en imagen era perderse, dejar de ser ellos mismos. El blanco que los explotaba se lo había dicho: con cada foto se iba un día de la propia vida. Y sólo él, podía salvarlos del desgaste. El que los hacía materia para los turistas americanos que pudieran llegar a Leticia.

La lluvia volvía de nuevo. Primero unos goterones calientes y anchos; luego, unos alfileres agresivos; después, la noche total. Se buscaban las piraguas de la orilla para salvar las máquinas. El suelo no existía: todo eran unas olas que crecían, desde la hierba, desde la tierra, desde el agua. Los animales hostigados enronque-

cían con sus gritos y el dialectólogo tapaba con el sombrero sus cuadernos, mientras cada cabello era un canal de hostiles agresiones. El río a la espera. Y el agua en cortinas densas y carnosas. La piragua abandonada ya a la corriente, antes de que los troncos fueran arrastrados y pudieran agujerearla. Total la noche; y el viento con fauces agresivas. En los vientos que ululaban se perdió el estalache de palma: indefensos ante la lluvia y, ¿existiría aún?, el sol. Unos hombres que, pensaban, servían a su lengua y aprendían lo que en su lengua aún no se había dicho. Era —¿por qué un recuerdo de ternuras en tanto zozobrar?—, era, sí, la eternidad de la palabra en el tiempo.

Volvió el cielo y seguía mostrando su mirada ensañada. Los indios —buena señal— llegaban al río con sus tarrayas, y sus arpones; una piragua se hundía y la pudimos remolcar; el trabajo —con palos, con uñas para poder subir a la tierra: el agua caliente, áspera como lengua jadeante de perro, nos lamía las ingles.

Estábamos ya en Nazareth —creíamos haber vuelto a la vida—. Habían cazado un gran jabalí y se aprestaban para la fiesta. Sobre el suelo, una muchachita bellísima preparaba achiote para embijar. Un pañuelo blanco cubría su cabeza. La muchacha había salido de la pelazón y molía colores para otra compañera. La crueldad del rito de paso —arrancado uno a uno sus cabellos, uno a uno cada pelillo de su cuerpo— le había dado —¿sería así?— un triste dejo de melancolía. (Encerrada durante días y días en un exiguo cuchitril sufría las torturas de la sed, del calor, de la soledad. Cuando salía, físicamente aniquilada, la fiesta le devolvería la vida y con ella la granazón.)

De nuevo las preguntas. Y de nuevo el dialectólogo sin saber qué sentido podría dar a las cosas que había visto, a las palabras que había oído, a los silencios que —como alacranes vivos— se le habían ido colgando de cada latido de su corazón.

TATA SIMÓN EN SU CERRO SOMBRÍO

El autobús llegaba resoplando. Al arrimarse al ribazo de la carretera parecía una de esas viejas asmáticas de pesadas ubres que se bambolean. No pudo parar y nos pasó unos metros. Enseñaba unas posaderas de amarillo sucio, amarradas —y bien amarradas— por las parrillas de sus escaleras laterales. Las letras se leían góticas y agresivas: La Zunileca Stop on signal. Las cosas empezaban a estar claras. ¿Hay plazas libres? Sí, en la primera fila. El camión por dentro no mejoraba: gutapercha rajada, alambres que arañaban las piernas y los brazos, espaldares escorados. En la primera fila, sí, en la primera fila, sin asientos y un pasillito central. Los indios saben muy bien las cosas. Uno, con su faldellín, sus botas sin calcetines, su negro sombrero somnoliento, dejó el canto de un duro para el recién llegado; por el lado de babor, una india con aire de monja protestante se apretujó a su acólita. Renalgándose mal que bien, los intrusos cerraron el callejón. Ya no cabía ni un alfiler, y la salida se anunciaba por la baca. Mientras se retrechaba el dialectólogo, sus ojos leían máximas de adecuadas pertenencias: Your Children's Safety is our Business (lo que pone las cosas muy en su punto) o El soltero es un animal incompleto, mientras que el casado es un animal completo (el que lo escribió se sentó a descansar). El autobús debió ser un camión escolar en sus buenos tiempos de país higiénico; evocando un pasado esplendor, aquella calcomanía tan culta: II Vuelta Ciclística a Quetzaltenango, Guatemala, C. A. (C. A. es Centro América, por si las moscas. También —por mor de las pérdidas— lo ponen en las chapas de los autos). Entraban sol y polvo por los cristales rajados, alimentaba el olor de humanidad y era como si se comiera ropa vieja (con perdón) o carne sudada (mejorando lo presente). Ahora el cobrador saltaba por el artilugio del cierre y el chófer

juntaba dos cables, hacía brotar la chispa y el motor, recién cebado, iniciaba una alocada zarabanda.

Detrás del dialectólogo llegaban unos murmullos hipados en lengua quiché y, más cerca, un profesor de emperejilado desacato dejaba oír unos tonos de aberrante didascalia. Tenía ojos azules y corbata agresivamente rameada, tenía manos damiselas con remilgos y una máquina de escribir sobre las piernas, tenía voz de picaraza. Había escrito un tratado de lógica. (Pasábamos un pueblo. El aburrido vendaval derribó la carpa del circo, y elefante escuálido —cerdas chamuscadas, trompa indiferente— paseaba rodeado de críos aldeanos.) Uno que nunca supo nada de lógica, ni de paquidermos, ni de quiché, pensaba que los buenos caminos se habían encontrado topónimos de alto porte y difícil pronunciar. Con silogismos y elefantes ennegrecidos, una sarta de desocupados halló la piedra filosofal; en Totonicapán, entre Quetzal y Chichi como para abreviar dicen por estos pagos (y, en la pared, la salvación por la nueva cultura que alborea entre necesidades satisfechas y anhelos ya redimidos: zunil pepsi vive un día pepsi). Pero, a lo que íbamos, el dialectólogo quería ambientarse. Entre brinco y brinco acertó a ver Romanos, II, 9. Era la lectura de la monja. Al llegar a casa buscó la Epístola y encontró esta cita:

> Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal, primero sobre el judío, luego sobre el gentil; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil; pues en Dios no hay acepción de personas.

La india-lectora-monja-sabihonda-presbiteriana, silenciosa, intentó apearse. Las nalgas —agradecidas que estaban— no se podían despegar. El suave contoneo hacía creer ahora —perdón, otra vez— en melindrosos rigodones. Debió ser la herencia de Rubén, que nació por ahí cerca. Con amor de redención o, vaya usted a saber, con rencores de miope, la hoja quedó marcada con un profundo doblez. Al respirar —apretujados que estaban nuestros sedosos pulmones— los ojos leían Templo Evangélico Emmanuel, Instituto Bíblico Iglesia de Dios, Clínica de Psicología y Ginecología, Clínica de Hipnosis, Salón de Sociedad de Esfuerzo Cristiano de Adultos Iglesia Evangélica Bethel. Y así, sin resollar, y a punto de desfa-

llecer, el dialectólogo recibe la luz. Esto, justamente esto, es lo que aquí hace falta. Sí, y también, aquella mujer enloquecida que pisotea la marimba, según fina labor de escultor italiano. ¿Cómo es posible no haberlo descubierto antes? Lo dijo el personaje de Casona: un dialecto de religión y, de nuestra minerva, como cuadra, Clínica de Hipnosis es lo que estas gentes necesitan. ¿Por qué si no? La nueva guerra espiritual, con Viejo y Nuevo Testamento, con anatemas, con batallas presentidas, ha estallado en los escaparates de Zunil, y los indios sin enterarse: corriendo, siempre corriendo para no ir a ninguna parte; riéndose, siempre riéndose para no decir nada; despiojándose al sol, siempre despiojándose al sol sin saber que las liendres se les mueren de hambre.

Ya estamos. El dialectólogo se da un golpe al bajar. Vuelve la cabeza y el letrero previsible: Cuide al subir. La memoria del hombre es falaz y, sin embargo, recuerda aquel bistrot de Montmartre (buen nombre por estos andurriales). Entraban y salían gentes: unos riendo, otros refunfuñando; todos la mano en la frente, con perdón. La cautela se imponía: entrar despacio, esquivar la viga que —casualidad— estaba a la altura —con perdón— de la frente, agachar la cerviz, mirar y descubrir una verdad como un apotegma clásico: les cocus doivent baisser la tête. El sofoco era —ahoritita ya— por el calor y, sin embargo, había que ver muchas cosas sin aquellos paraguas de aldeano gallego que traían las indias. Oiga, por dónde se va a San Simón. Pues allá arribita, digo. Había que desandar guijarros, hilillos de sumidero, humo con relente pegado a las paredes. Humanidad de llamas amatadas se respira siempre en estos pueblos. El vendedor de helados que, a pesar de no ser catalán, era muy fino, no nos pudo colocar su freza de mosca —eso sí— en hibernación. En la iglesia había un frescor de tumba recién abierta. Era hermosa y blanca, alada y volandera, con santos humanos (sí, eran santos) y retablos de oro. Artesones y trabas recordaban —tan lejos— las iglesias alpujarreñas. Menos íntima y más solemne, pero con ponderados equilibrios.

Sobre una pared enjalbegada cinco muchachitas eran cinco chupaflores aleteantes. Dientes blanquísimos rasgaban el tostado de la piel. Sobre la cabeza, trapos de mil colorines; en los hombros, rojos y violetas tenían dignidad de púrpura; las faldas, de mil rayas hirientes entreveradas de plata y oro, apuntaban unos pies des-

nudos. De pronto la nidada rompió el vuelo y quedaron, plumas caedizas, los colorines desazonando los ojos.

Arriba, en la carretera que nos había traído, estaban varios cuchitriles en tres planos. Una cerca de tablas hincadas servía de testimonio. Y un desfilar de gentes. Hormigueaban indias de trajes gayos y espesos y mirada de vidrio, indias de vientres abultados, y pellejos que apenas si escapaban por la abertura del pecho; mulatas cachondas, con los hombros al aire y el retintín en los ojos. En la parte alta del palenque, dos chimanes leían oraciones, mientras mujerucas del pueblo avivaban una hoguera rodeada de virutas. Bolas de copal llegaban al fuego y ardían, rojas, con elotes tiernos, con yerbas estiradas, con las flores amarillas del árbol que languidecía a la entrada. El humo decía muchas cosas en lenguas incomprensibles; entonces las mujerucas —primero una, después la otra— pasaban sus piernas dobladas sobre el rescoldo. La mulata cachonda se enervaba y nos decía hacen un trabajo muy bueno. Salmodias en quiché, en cakchiquel, en mam, en ixil. Olor de adormideras, calores de modorra y sudores picantes de sobacos desnudos o aceitosos, de carnes maceradas.

Junto al chambado de las fogatas, el jacalillo de las bebidas y los recuerdos, que todo es necesario a las veces. Refrescos o chicharrones, mazorcas o velas, estampas milagrosas o chiclé de burbujas restallantes. Gentes de la costa con hablares cantarines y ladinos de sonoros y arcaizantes ecos. Las gentes bajan al tercer plano del palenque. Hacen su petición y suben a un pequeño rectángulo de bloques a las vistas con cubierta de chapa. Es la casa de Tata Simón. Los ojos no se hacen a la oscuridad: la hendrija de la puerta y un ventanuco enrejado. Todo sombrío, sofocante y espeso. De pronto, el sobresalto. Una silla de barbero, de dentista o de lisiado sostiene a un hombre macilento. Debe estar en las últimas, tan arropado, con su sombrero, con sus gafas oscuras, con su cigarro encendido, con su toalla agarrándole el cuello. Mira al frente, inmóvil, sin un parpadeo. Bultos van cobrando forma. La habitación tiene —bajo la ventana— un piso de cemento sobre el que languidecen las candelas; una valla de palos parte el ámbito; al otro lado, un Cristo yace en el suelo entre cerca de flores. Pegada a los barrotes una mesa con una jarra de agua y dos sillas: es todo el ajuar que alhaja el recinto. Los ojos empiezan a ver. No, no es un desahuciado a punto de cantar la quiticlera. Ahora

se ve bien, la desconchadura de la oreja derecha nos denuncia al monigote. Como hombre, vestido de hombre, fumando como un hombre. Entre sus piernas, ya merito, se pone una mujer. (Estas gentes gustan mucho ponerse entre las piernas de sus santos: hay que verlas rezar al señor de Esquípulas: manoseando los muslos, el vientre, las rodillas de palo; sujetándose las sienes, tratando de meter su cabeza entre las canillas del Cristo.) Otro chimán reza en idioma. Cuando acaban las preces, el emborlado bastón anuncia el fin del manoseo. Tata Simón tiene brazos articulados. Alzan uno de ellos y —tam— pesadamente cae sobre el penitente. (Sigue sonando un transistor.) Otras peticiones con mazorcas, botellas, incienso; otras oraciones; otra vara y otro tam. Hora a hora, día a día.

(Oiga, pero ¿este Simón es un santo, es un tata o un turista gringo? No, verá, es un santo particular. ¡Ah! Los pompiches, chumpes o pumpos, que de todas formas se llama a los pavos, picotean allá cerca de nosotros. Sí, también le damos de beber y en su fiesta, que cuadra por las Animas, le tocamos la marimba. Pues sí, a lo que se ve lo hemos cogido en día de motorista. No, verá, es que cada día lo vestimos con un traje cuando se levanta. ¡Ah! Porque no piense V., que también lo acostamos por la tarde; ¡ah! y lo cuidamos los cofrades, eso sí, con mucho orden para que el cuido no se deteriore: un año, y luego otros cofrades. La gente quiere mucho a Tata Simón; hay años que recogemos doce mil quetzales. ¡Ah! no, no se lo crea así: los repartimos a la Iglesia, a las otras cofradías más pobres, a las obras buenas del pueblo. ¡Ah! Tata Simón es un vecino generoso. Tata Simón se deja hacer lo que quieren. Tata Simón goza de prestigio. El señor general de división don Carlos Manuel Arana y Osorio —clarinazo de queda— quería ser presidente (¡ah!); el señor general vino a pedírselo a Tata Simón y el señor general llegó a primer mandatario de la República. ¡Ah! Sí, el padre de la patria cumplió su palabra de soldado. Tata Simón vistió uniforme del ejército —con entorchado y condecoraciones— durante largos meses. ¡Ah!)

Sobre los cerros que rodean el valle, las nubes ponen penachos de azúcar hilado. Las casitas se desperdigan —sabe, su merced... los terremotos, por eso son igualitas, de bloques y techumbre de cinc—. El urubú, gallinazo o zopilote empieza a volar en banda-

das. Del mercado del pueblo comienza a subir una turba de indígenas. A la vera del camino abren sus bultos y colocan por orden cerezas, aguacates, habas secas, flores de calabaza, pescadillos salados. Suben también niñitas —¡qué almendras blancas sus ojos!— aprendiendo a portear bultos en la cabeza: sus trenzas entreveran listones de colorines y collares de plata tintinean con las risas. El sol se ensombra y amaga la tormenta. (Zunil no está en un flamante diccionario de geonimias. Siempre pasa igual. Los libros traen lo que se sabe; de lo otro, Dios te ampare. El dialectólogo echa mano de su ignorancia: *tzun* quiere decir con sombra; *huit,* cerro. A lo mejor no es así, pero sirve. ¿Y si fuera cerro con sombra? No hay tiempo para buscar el norte, pero para la ocasión vale: los nubarrones tiene agresiva fosquedad. Umbría, cerro con sombra.) Palmerales, ceibos, aguacateros, plataneros, tiemblan hostiles y agresivos. Nos protege la cantina de la buena esperanza y buscamos el cartel (taller de mecánica y herrería San José a un costado de la iglesia de zunil a sus órdenes) donde la camioneta llega. La india sigue tejiendo de rodillas y Tata Simón nos despide lánguidamente con las notas de *Siboney* en su transistor.

HIJO DE SANTO

El dialectólogo buscaba —lo que son las cosas— azudas en el río San Francisco. Sus pasos le habían llevado lejos de aquellos pueblos que tan bien conocía: Iznájar, Ecija, Vadolatosa y San Jorge, Morata, La Ñora u Orihuela, por citar otras sementeras, pero, un día, Celso Cunha le dijo queremos que vengas a Brasil, y como el dialectólogo —lo que son las cosas— nunca había cruzado el charco dijo, pues bueno, así veré otras azudas que me hacen falta. Y se fue —veinticinco horas volando— al Brasil.

*

El Baedecker lo decía: no emprender el camino del interior si no se tiene potencia en el coche y aventura en el espíritu. Estrenábamos un flamante Caravan para recorrer casi cuatro mil kilómetros y en el monte Nebo se quedó la máquina: Bahía estaba a salto de can, pero en la noche espesa y candongona tuvimos que abandonar las esperanzas para que los pies caminaran con el candomblé aherrojado a los tobillos. El espíritu, bueno, don Alonso Quijano lo sabía mejor que nosotros: las glorias arrebatan, el denuedo permanece. Y leoncitos no injurian con posaderas cascarriosas.

Saudade y ledice se llamaban Río, Río para la vida, y para la muerte, Río. Al azúcar lo bautizaron Río y Río bautizaron a la cadera sabrosona; Río, a los pasos que danzan adormecidos, a los labios que dormidos cantan y a los ojos que despiertos encandilan. Río de embeleso, y de feitiços, Río. Era una mansa culebra ceñida a los brazos, al torso y a las piernas. Un trasgo abatido en las plantas y que se arracima hasta convertirse en una temblorosa luz de santelmo. El demon meridiano enloquecido en

el vórtice inverso de un torbellino. Un extraño desarraigo de las cosas o una involuntaria entrega, también eso se confundió con Río.

★

Las últimas luces se habían perdido y sólo la noche abría su pulpa espesa a nuestro paso. La noche, sonora como un tritón variegado y oscura como las mantas fulónicas. Noche para caminar inciertos, igual que los palpos del ermitaño salen, desperezándose, de la valva que los protege. Una noche larga se cernía sobre el mundo: aún no existía la luz y nosotros hendíamos las sombras. Era el espíritu deportivo que el Baedecker exigía, y San Salvador de Todos los Santos estaba a días medidos por largas noches. Eran las sendas del interior por donde queríamos discurrir: inconfidentes y aleixadiños, mineiros y bandeirantes, negro de oro y blanco de encajes. Azules, rosas, ocres y baldosas que Portugal tenían por nombre.

¿Dónde dormimos por vez primera? ¿Cuáles fueron nuestros aposentos hasta la primera agresión del recuerdo? Se entremezclan tejavanas con zarzos, adobes con mimbres y arenales con cañaveras. Pero Teófilo Otoni nos aguardaba; cruzamos calles hasta llegar a un poblado protegido por sus propias soledades. Nadie sabía de nuestra llegada, pero la generosidad era largueza. Para descanso del agobio de cientos y cientos de zumbidos, subimos a los altos corredores. La inesperada sorpresa tenía frescura de convento; inacabable mesa en el largo pasillo: lechones asados y pavos enteros, pollos a trozos y res estofada, farofa nevada y frijoles negros, yuca panera y batatines monjiles. Un bodegón barroco derramaba su cuerno de amaltea: granadilla, yacá, papayá y mango; anana, abacaxí, guayaba y plátano. Todo vertido para que las manos lo alcanzaran: braceros que detenían su trabajo, patrones que llegaban de la hacienda y viajeros inesperados. Era un cuadro de infinitos matices; anuncio y celaje de lo que ni siquiera se soñaba: topacios, aguasmarinas, esmeraldas, derramadas sobre la mesa insensible. Rubíes y granadinas como obsequio; ojos de gato y turmalinas en ofrenda; turquesas y amatistas en recuerdo.

La tarde se anunciaba con su umbría. Los rebaños de cebúes regresaban del río. El cafetal enrojecía en los filos y el urubú no era pajarraco de malos presagios. En la terraza de una choza, el

caboclo tañía la guitarra; el negro cantaba y el blanco recogía mil heridas sorpresas. Un hato de ganado pío corría entre nubes oscuras de polvo, y del alto penacho de la palma, bajaban cocos en los que la garganta cedía asperezas.

★

El halago volvía a perderse. Cientos y cientos de leguas y cruzábamos pueblos tristes: carneros uncidos a yugos diminutos arrastraban carrillos que apenas si cargaban. Cruzábamos camiones con sus palos de arara: ochenta hombres suspendidos de un listón y la huída apresurada del secarral sertanejo, hasta volver con las lluvias y salvar lo que abandonó la miseria. Pueblos con nombres acomodados a circunstancias nuevas y casas viejas para reposar los huesos. En la pared de la fonda, un friso de chinches despachurradas marcaba el hito que les dejó una bota. Bajo la línea de defunción, una mano vigilante había escrito en sus ocios:

Cidade do Salvador,
Bahía de Todos Santos:
um vago en cada rincón
e una puta en cada canto.

No había motivo para el mucho cavilar. En todas partes cuecen habas y, por si hace falta, en mi casa a calderadas. Y así día y noche y noche y día, largos y largos días y largas y largas noches. Buscábamos norias de agua por el río San Francisco. Parábamos el motor y escuchábamos si llegaban los ecos de la mugiente madera. Si terciaba la suerte, preguntas y más preguntas. Si se mostraba esquiva, a esperar otro tornavoz. Y así pasaron los días, y también las noches. Hasta que nos quedamos en la alta vigilia. En las chozas sonaba el tan tan de los negros y lucecitas temblonas brillaban de vez en cuando, como si los tugurios estuvieran alumbrados con cucuyos. No eran voces calientes y levantadas, sino tediosas y adormecidas. Voces de cansancio y de fatiga —tan, tan— sin acompañamiento de guitarra y sin brazos abiertos para atraer compañías. Gastado y con fatiga sonaba el tambú de batuque; a veces se escuchaba el temblar de un pellejo en el pandero y las voces sin matices de los negros. Era un eco apagado de maracatá, la danza negra brasileña, y un des-

lizarse temible e inhibitorio de culebras venenosas, que se anunciaban en largos silbos de vocales premonitivas: jararaca, araracussú, urubú, surucucú...

Ahora pienso en aquellas horas. Perdidos en la noche y con el temor montando guardia a nuestro lado, mientras el amigo mineiro cantaba letras de Dorival Caimy (*Eu vou p'ra Maracangalha, E doçe morrer no mar*) y al hablar de Inezita Barroso nos hacía soñar con su vibrar de saeta rehilando. Pero Bahía estaba, a salto de can he dicho. Sí, casi. Siete días hacía y podían adelantarnos los que sólo volaban tres o cuatro horas. Pero ¿íbamos a perder el gesto del esfuerzo?

Bahía era un ascua de luz en sus días claros y en sus noches de macumba; en sus mulatas de hombros desnudos y en sus negras de frufrú al andar; en los retablos de los entalladores y en el grito tembloroso de sus pájaros. Pero Bahía era también un trazo de carbón en el mercado de Agoa dos Meninos y en las hambres desatadas; en el viejo que ni fuerzas para morir tenía y en los changadores que se hundían cieno debajo, cargados con bateas de cañaduz; en las manos que tiznaban las arcillas y en el veneno de sus ofidios enfurecidos. Trabajábamos con las sombras y aprendíamos con los brillos. Eramos, también nosotros, un puro contraste y apenas si sabíamos discernir. Nuestro trabajo se llamaba bilingüismo y lenguas en contacto, geografía lingüística y hablas populares, fonética experimental y dialectología. Pero había humanidad en carne viva de la que no podíamos sustraernos. Era, sí, y también, nuestra propia condición de hombres. Las arenas finísimas de Itapuán, en las que el viajero —entre sarapatel y vatapá o acarajé— se dejó más dolores de los que quisiera, el clarín de los pájaros cardenales camino de las cascadas y el brillo enloquecido del candomblé: ritos serenos y pausados, languideces en el ritmo y color en vestidos chapados. Hasta que el espíritu desciende y la posesa enloquece; entonces el ritmo se desata para ser un potro desbocado, la epilepsia sincopa el baile y los efluvios de la danzante traen fortuna a quienes pasan dinero sobre su cabeza. El tambor es un frenesí y la posesa un vértigo que descompone los colores. Torrentes de sudor descienden de su frente y una intermitencia puntillista hace que sus ropas sean pinceladas inconexas. Los ojos ya no pueden seguir el ritmo; una delgada corriente de mieles se derrama por la garganta cuando los párpados caen ren-

didos al mareo. La muchacha yace en el suelo y las danzantes no pueden dominarle sus espasmos. Cede al final y extenuada la retiran. Silencio. Ascua triunfal, mudada en oros, aparece, de nuevo, dominada por el espíritu y, en el vestido trocado, nuevos oros y luces, la danza vuelve a ser cadencia de serenidades, mientras Orixás, la diosa del cundomblé, se perfuma las axilas.

★

La noche en Bahía es, también, olores desnudos, sombras aceitosas e indecisos temores. Habíamos dejado el poblado para llegar a la cabaña donde iba a cumplirse la iniciación en los ritos. Buscábamos en la sombra de la noche y los oídos se aguzaban para allegar cadencias. Llovía. Los goterones sonaban acordados sobre las hojas carnosas, mientras las ramas flexibles devolvían las gotas hacia el cielo. Caminar era un incierto deslizarse: barro viscoso acariciaba los pies y retrepaba por las piernas. Subir aquella cuesta era un quiebro inacabable; a cada traspiés, un suspiro de descanso nos hacía sentir un agua salitrosa que arañaba en los ojos y ponía regusto de sudor en los labios. Obstinadas, las manos pretendían limpiar uno ojos incapaces de ver en la noche. Pero el tan tan resonaba más cerca y los pies se acostumbran pronto al deslizarse viscoso. Entre la deshilada cortina de goterones, temblaba la apariencia de una luz. Ingrávidas alas nos hicieron alcanzar la cumbre: candilejas de grasa anunciaban su presencia y alguna sombra —negro sobre negro— se deslizaba en la noche. El tan tan se acercaba y llegamos al terrero. Paredones de tabla encerraban el ámbito, un par de ventanas, una puerta tapada con harapos. Un negro vigilaba. Nuestra extranjería franqueó arcanos; otro negro autorizó el paso y el buscador de palabras se encontró aislado de su mujer. Delante, solo el hombre con los ojos abiertos hasta palpar con su delicada trama el misterio franqueado: era un ámbito pequeño; horadaba una pared un hueco sin puerta cuarenta o cincuenta negros se hacinaban en corro. Los ojos empezaban a acomodarse; velas de sebo vertían llamas inseguras y a la luz del pabilo se veían bultos como sombras; en rincones opuestos, dos mujeres tañían panderos y otras dos, agachadas, golpeaban rítmica y monótonamente en los tantanes; eran los sones hiposos del pandeiro de cururú. Mientras la cadencia remaba en ondas de silencio, la voz agria de la sacerdotisa salmodiaba rezos unifor-

mes. De vez en cuando, el coro respondía y con palmadas lúgubres acompañaba su canto. Era una ceremonia ancestral y remota: esperaríamos calveros africanos bajo la luna clara, máscaras terribles para exorcizar misterios y el gesto hierático del brujo de la tribu ordenando los ritos. Ahora, tan lejos, aún duraba un eco del misterio, pero la iniciación se ahogaba en aquel escaso recinto.

Conducido por la mano del guía, el corro se abría al tiento de mis plantas. Las candelas arrojaban su indeciso temblor y podía ver aquellas camisas abiertas, aquellas faldas de blancas apariencias, aquellas hendiduras desgarradas por las que colgaban fláccidos senos. El tan tan caía rítmico y yo había alcanzado ya el centro. El corro estaba de nuevo cerrado; sí, la vista cobraba su hábito, el oído admitía el hiriente martilleo y el tacto era como una yema sensible que percibiera los más extraños palpos: las caderas contiguas que —din, dan— me zarandeaban con el ritmo de las palmas, la espalda que notaba el temblor de unos pechos oprimidos o el deslizarse de los cuerpos que se apoyaban contra el mío. Pero el olfato no acertó hasta muy tarde, hasta que vista, oído y tacto se hubieron asentado. Sólo entonces. Mil veces he sabido del olor picante de los negros (en Alcazarquivir entre especias, en los autobuses de Cartagena de Indias, en las noches metálicas de Dakar) y mil veces podría reconocerlo, pero no en aquel tugurio, donde todo se concitaba al temor: temor a perturbar el rito, temor al blanco agresivo de la piel propia, temor al sudor jabonado de viajero. Las negras más próximas se mostraban indiferentes y el rito seguía: tan, tan, canturria, palmoteo, gritos. Hasta que en el centro del corro descubrí cenizas extendidas; de ellas venía un olor familiar. Salió un hombre que tendió una capa de ascuas y otra de ceniza y otra de ascuas y otra de... Los adufes redoblaban su intento, los arrinconados tambores volvieron a su opaca resonancia y se irguieron los cantos en las gargantas. Un hombre desnudo danzaba sobre el fuego, con una escueta trusa cubría sus desnudeces, y acomodaba el movimiento de su cuerpo al ritmo de los sones. Las pavesas de la primera capa habían desaparecido y los pies descalzos danzaban sobre las ascuas. Primero un amago, luego un quejido, alaridos más tarde. El ritmo se apresuraba, las palmas batían más fuerte y la sacerdotisa animaba al grito. El hombre lanzaba alaridos, sus plantas se asaban en las ascuas y de la llama subía un humo de sangre y de carne abrasada. La danza se exte-

nuaba; rítmicos espasmos lanzaban y retrocedían el torso, mientras la cabeza, vencida, giraba en torno de una incierta vértebra. El alarido desgarró humos y tambores: sobre la hoguera un cuerpo estaba tendido. Dos hombres lo arrebataron rápidamente; una respiración jadeante traspasaba la puerta mellada y, al desaparecer, quedaba la estela de una cabeza que se bamboleaba colgando entre dos hombros.

La iniciación se había cumplido. El hijo del santo sollozaba en la cámara contigua y una desazón espesa y angustiosa me apretaba en el pecho. Humo denso sofocaba el ambiente; sentí mis espaldas liberadas de carnes fofas y pendientes. Los negros salían a la noche y en mi mano se apretaba, aterrorizada, una suavísima mano blanca.

El betún de la noche brillaba con dejos de mirlo y era legamo fétido en la piel de los negros. Una larga teoría de úúúes ponía punto final a la turba encrespada de fosquedades. Todo era una *ú* infinita y opaca, que no se extinguía en los temores ancestrales ni en el sincretismo alienante. Exú el diablo se había retirado y avanzaba en tropel Ogún. Omohi Oxún. Híbridos monstruosos de hermafrodito, o de diosas y santos cristianos: garabatos de hierro condenado, San Roque y Santa Bárbara, el tiznajo de Pedro Botero y la fisga en forma de rabo. Ya no existían límites de averno y de gloria, ni de estoicismo y de lascivia, ni de bandeirantes y esclavos. Sólo Oxalá, ambiguo y remoto, temblaba a la luz indecisa de una mariposa.

El dialectólogo buscaba —lo que son las cosas— azudas en el río San Francisco.

EVERY DAY I'VE A BLUE

Veníamos de la calle veintiséis. Habíamos dejado allí un barrio mejicano, agresivamente cursi, entrañablemente propio. Corazones abiertos sobre un cáliz místico y los dos contrayentes con su mejor cara de eternidad. Trajes de etiqueta —celestes, rosados, violetas— con un ribete más oscuro, y propios de la más linajuda de las academias. Camas estofadas en oro, con su conopio blanco y su radio incrustada en la cabecera. (Reportamos las doce del mediodía en la ciudad del viento. Al servicio de la comunidad hispana, le apartamos ternos en el gran sale del acciónde gracias. Algo pasa tras los vidrios que nos han cambiado el teip y pedimos perdón a los señores comerciantes. Venimos de Chihuahua y les ofrecemos el gran chou de México lindo.) Era un desgarro: gentes con las raíces al aire y sin encontrar un poco de tierra muelle y caliente para recuperar el reposo. ¿Cuántos así, en el mundo hostil e inmisericorde?

Tome usté el ocho halsted, según viene de Sheridan en el lago y en veinticinco minutos llega. El ocho halsted era un autobús muy dado a sus sociologías. Uno podía dejarse conducir o interpretar el paisaje, porque los días dan para todo y las horas también. En cada manzana, el autobús se detenía, o, si se terciaba, hasta dos veces. Así la ciudad se iba dejando descubrir, como si un chirriante escalpelo fuera levantando los estratos sangrantes: un barrio casi elegante (vitrinas con leonadas braguitas para gays de escuetos atributos; panties de costuras reforzadas para dudosas virginidades o pantaletas zapateantes en un aire rijoso), otro en desintegración (zen templo budista, el elefante de marfil blanco, el buey dorado, campus universitario de paul), el polaco (un planetario de globos ponía mil colores en el aire torvo; cuando parecían volar en su libertad lograda, una mano tiraba de los hilos y eran almas de

nuevo sometidas a infame servidumbre), el griego (restaurantes pretenciosos y comidas sin clase; absurda danzarina que al mediodía desvelaba el ombligo. Nombres solemnes muy venidos a menos: Parthenon, Oudisseos, Panhellades, Olympo), el de los negros (allí hicieron su blocao contra los guardias), el de los mejicanos, el de los chinos. Todos hacia la derecha, porque al otro lado —¿por el de las cornejas aviesas?, sí, por ése— se veían enormes rascacielos (el del chicle, el del play-boy, el de la sears). Rascacielos blancos, negros y parabólicos que posaban sus pezuñas sobre el caballo de Picasso o la cerámica —amarillo, cobalto— de Chagall. La ciudad estaba segregada en tacos de rompecabezas. Sí, claro, también se podían poner unos sobre otros, y entonces se juntaban todos en la torre del agua o en el loop (a tres minutos si usté usa los colectivos). Pero, ¿piensa de verdad que una ciudad es un rompecabezas? Un rompecabezas y un rompemanos y un rompepiés y un rompe... (No, la policía tiene sus normas, señorita: aquí tiene el silbato. Si la violan, déjese, pues la cosa no pasará a mayores. Sin resistirse, para que todo tenga aire civilizado. Si se esfuerza usté, la pueden matar y, ya ve, la sangre fuera de su sitio es desagradable y escandalosa, y, a veces, hasta mancha. Sí, eso despues, toca usté el silbato y nosotros —ya ve si hemos progresado— captamos la onda y allí nos tiene, con nuestra coca-cola, por si la necesita, o el seven-up si prefiere. No, a tanto, no; las hamburguesas quedan para el macdonals: nos acrecentarían demasiado los gastos. Sí, claro, tiene usté razón, podrían establecerse sociedades de violaciones toleradas y no nos llegaría para mantener limpia su bella ciudad de los vientos. Hay que ver cuánto piensan estos policías que parecen tener cara y manos de cartón piedra. Porque, sabe, los violadores también merecen consideración, pues, acéptelo conmigo, su trabajo no es fácil; imagínese, una col áspera y reacia, hasta llegar a las pencas blancas y tiernas. Claro, claro, en eso no había pensado. Así ponemos un sofá en los reservados de señoras. Sí, claro, el suelo, frío, da tiritonas. Y luego —en el piso dieciocho, frente al departamento de filosofía: el nueve de septiembre, mañanita temprana, aquí ocurrió el hecho. Ahora, silbato y puertas abiertas. ¿Y la filosofía? Verá, es todo un símbolo: el sofá, la inscripción feminista, el juicio (de raza africana, sutiles distinciones entre cruz de isis, taladro, barreno, berbiquí y sacacorchos), todo, todo, muy bien precisado. Sí,

claro, sí, el símbolo; ahora utilizamos el piso quince.). En el autobús, a las ocho de la mañana, con telarañas aún, los críos de la escuela; a las diez, los negros borrachos, digo raza africana, con los chirlos ataraceándoles la cara, la botella de ginebra en el bolsillo y el chop chop de las charcas en los ojos; a las doce, los ejecutivos de vía estrecha con sansonites falsificadas; a las tres, las mejicanas que vienen de su costura: dulzorronas, melindrosas y tordidolientes. (Oiga, tordidolientes, sí, claro, el mal del tordo, como en las de Salamanca. Hay que ver, pues no afina poco en su diagnóstico, hay que ver, las piernas cortas y el culo gordo; lo que progresa hoy la medicina preventiva y ocular; claro, claro, como las ciencias, una barbaridad de progreso.)

Allá por el ocho halsted había un blue, aunque de eso no hablaba la autoridad del transporte urbano. El dialectólogo recalaba en los fines de semana, cuando los niveles socioculturales, las oposiciones contrastivas y demás mamaderas de pavo, o meatos de gallina, que también valen, lo dejaban sin respiro. Había un blue familiar e íntimo, con la big time sarah anunciada con tizas de colores en el pizarrón, y con indecisa caligrafía en el papel blanco, y con tubos tintilantes de neón. Los otros blues eran grandes y destartalados, estridentes y chirriantes, pirotécnicos y luminosos: así, de dos en dos, como los policemen de Londres, los gendarmes de París y la guardia civil caminera codo con codo. Nuestro blue era un blue instructivo y moral. Ibamos a la matiné, que es cuando la noche empieza y los rascacielos son —tan sólo— mil ojos tuertos de tétricos polifemos. Entonces, cuando aún queda un rasgón cárdeno y rojizo en el cielo desolado. Entonces, una voz desperezándose su más profunda tristeza iba musitando la letra, fané y descangallada, de las tabernas del Boca. La vida es una herida absurda, la vida, sí, también la vida iba a nuestro lado. Como una estela de muchachas tebanas. Ofrenda de ánsares y flores de loto. Un caminar erguido casi de venablo clavado sobre el suelo, delgadez de silbo y toda la noche de Tiy, la madre de Akenaton, en los ojos. Como una cucharilla con perfumes en la cuenca de las manos, deslizándose, suavemente vencida, hasta el legamo rojizo del añil de las aguas serenas del Nilo.

Ya no quedaban resonancias amigas, ni parpadeo de vidrios, ni comparaciones emocionadas. No, tampoco, deformaciones profesionales. Era un antro alargado. Con velas temblorosas sobre los

tableros, mostrador gastado en su canto de tanto sobarlo sin reposo, una fila de altos posetes y un tablado en el fondo. La pared quería ser de borujones blancos, grumos blanquinosos le daban relieve, y el techo, sobre negro, tenía desconchones de goteras contenidas. Los ojos tardaban en recuperar su costumbre. La barra se veía gracias a la carne mantecosa de aquella sueca que tendía sus cabellos dorados sobre la tabla oscurecida. En otro rincón, la luz eran ojos y dientes de la negra extasiada ante el músico blanco. Y en otro —necesidades imperiosas— gracias al restroom fosforescente, por si acaso. Los protagonistas trabajaban: inesperados instrumentos surgían de las más insólitas cavidades. La maleta guardaba una batería plegable que se dilataba, infinita, por el castillete del tablado; el cabás alumbraba una interminable trompeta de varas y la shopingbag, resistente y fornida, regurgitaba colecciones de armónicas. (La big time sarah escurría la rodilla en el mostrador.) Toda aquella gente rezumaba frenesíes y el negro gigantesco —camisola malva, alamares de lentejuelas y vello sudoroso de cuentas de azabache— ajustaba el asiento desde el que ordenaba los ritmos. En el piano, un bebedor de Cézanne se acodaba buscando misterios en el fondo: el sombrero de fieltro calado hasta los ojos, la barba con somnolencias de semana y la ceniza sobre las teclas rociando sin reposo. Era la obertura. Después, el blanco del embeleso buscaba la armónica más diminuta y el micrófono le daba resonancias de armonium. La guitarra eléctrica rasgaba estridores desde los dedos nerviosos de un mark twain que tras el bigote ocultara un gato que alargaba el pescuezo en arcadas interruptas. El negro adormecido sobre su manga potrosa, levantaba los ojos oblicuos; la negra arrinconada se erguía en el asiento; el promotor de chocolate entraba regalando sonrisas y destellos de baratijas centelleantes: paja en el sombrero, cuadros rosas y celestes en la chaqueta, verdes agresivos y cambiantes en los pantalones. La orquesta era ya una estridencia enloquecida; los blancos babeaban, las blancas eran sólo mariposas de sebo, los negros reglotaban aguardientes baratos y las negras se transformaban en ascuas sobre rescoldos. Se quebraron las estridencias y nació el silencio: la big time sarah entraba triunfante. Era una pirámide de temblores indecisos, era un caminar de hogueras en la noche, era un gozo de vida recién estrenada. Comenzaba su canto. La pirámide se inclinaba, temblaban sus carnes todas y la boca lanzaba el

dolor de su desgarro. Apenas si los pasos podían amagarse, pero subían y bajaban, bajaban y subían unos senos rotundos y mayestáticos. Los ojos no podían contemplar tan gloriosa plenitud y, al cerrarse, veían los fofenos que acompañan la duermevela o las espirales interrumpidas de Van Gogh: eran los senos de la big time sarah que habían quebrantado el aire y habían florecido en un chisporroteo de bengalas multicolores.

De pronto, descendió la selva. Un alarido de alegría y de pena (me engañas cada día y no aciertas a dejarme), rugían las fieras y se apagaban las criaturas (te olvido y tu recuerdo no me deja a solas), los dioses del calvero despertaban a la venganza (te odio y tú no puedes olvidarme). Sí, todo de pronto: la cabeza caía sobre un cerro de sombras, la voz derribaba las frascas de los anaqueles y los puños erguidos reforzaban el desgarro. Every day I've a blue. Todos los días yo tengo una tristeza. La negra big time sarah tenía razón. Todos los días yo tengo una tristeza. Y años hay que uno no está sino para sus penas. Y vidas enteras. La negra big time sarah cantaba como un libro. El antro aullaba por todas las tristezas contenidas, por todas las tristezas que se estaban vertiendo —ahora suavemente, como se derraman las atarjeas represadas—, por todas las tristezas que llegarán puntuales. Temblaban roncos sones amarrados con estrobos a toletes del lejano Mississipí; bajo la bóveda de la selva, los sollozos de mil nuevas orleanes de rencores y la esperanza perdida en el odio de los dioses de los blancos.

Fuera el cielo se había convertido en la fosca tragadera de un lobo. La vida, fané y descangallada, era una herida absurda. Las muchachas tebanas, perdidas sus ofrendas, apoyan en los muslos las manos vacías. En el lago, sobre cama de espadañas, los ansares morían con sus cabezas degolladas, y eran dedos piadosos las hojas de los lotos.

AGUADORES, 20

Estas calles se derrumban tediosas. Han pasado tantos años que las casas caen pesadamente aburridas y no dejan más que un bago emponzoñado y amargo. El tiempo se ensañó con la vejez decrépita y fue cegando ventanas, y mellando dientes, y difundiendo humedades como costras purulentas. Viejas calles que tenían un dejo artesanal y campesino, cuando la vida urbana se asomaba al campo y eran voces estrenadas en las aceras *ir al tajo, enganchar a las ocho* o *comprar en la agostera*. Cuando abrían las zanjas para meter la alcantarilla y quitar los guijarros que cederían su sitio a los adoquines regulares y precisos. Fue entonces cuando salían los huesos entre cascajos y pozos negros. Y la imaginación del barrio soñaba fantasmas. (Mi padre dice que el cementerio de San Pablo llegaba hasta el callizo de la Morera. Bien, ¿sí son huesos de los muertos de la inquisición, que estaba en la calle de predicadores, antes de llegar al mercado! O mi tío, que hace alpargatas con un banco en la calle, sabe más que nadie, y son restos de los moros. O de los romanos. O de los fenicios y cartagineses. Voces sorprendidas con tan largas hipótesis, hasta que la historia mal oída —zas, zas, dos palmetazos para que atiendas—, la historia mal sabida —tortazo y tente tieso—, la historia de perfiles difusos —y esto para que no acompañes a los borrachos—, la historia... Y anda tú si no es historia, por eso le han puesto a la calle, la democracia.)

Eran años convulsos y desazonantes: frente al balcón colgaron un trapo rojo con hoces y martillos, los pistoleros acuciaban —¡por medio de la calle!, ¡los brazos altos!, ¡el crío en medio!—. Así desde la escuela que había en la calle de la paja, mientras la madre se mordía el llanto entre los dientes y el padre —cuántas veces se habrá oído, se ha oído, se espera oír— ¿en este país

nunca podremos vivir en paz? Aquellos años cuando en una carreta —entre velas— paseaban retratos de Fermín Galán y García Hernández y un día en la escuela —allí junto a los bomberos de la plaza de la victoria, pero, oiga, ¿aquí hubo nunca victorias?— quitaron el crucifijo porque el rey —debía saltar por los tejados— había huido. (España, España, tu valentía... Tu valentía, España, para matarnos unos a otros, tu valentía para odiar, tu valentía para no olvidar —tirios y troyanos— los rencores.) Desde el balcón de la calle estrecha, cuando la bruja se untaba los pechos vacíos y colgantes con mejunjes, y la harpía buscaba clientes celestinos, y los niños mascaban injurias (... Que para gobernador no vales).

Aquellos años aún permitían ser niños a los niños. Por el barrio pobre, los coches no pasaban y los carros anunciaban su traqueteo renqueante. La cantarilla de la leche y el bordillo de la acera: era la portería. Los once pies. Que te mojas, que los tuyos son más largos, que no pierdas el tiempo, que mi madre me casca si llego tarde, que a los tres cornes, penalti. Y la galera no doblaba entre Cerezo y San Blas y el partido se acababa. Hay que ayudar la rueda para que suba la acera (¡inútil, que has agarrao por los cagajones!), y hay que desenganchar el primer macho del tiro, y hay que empentar la trasera del carro, mientras horribles votos del jayán (jura más que un carretero) hacían resbalar a las mulas y la herradura era un eslabón contra los adoquines, y los oídos temblaban aterrorizados (en esta ciudad se prohíbe la mendicidad y la blasfemia). Cuando al fin, tras hincar sañudamente la vara en los ijares de la bestia, la galera se desatascaba. Años en los que ser niño no tenía melindres, pero sí castigos. No se lo digas a tu madre, ¿eh?, pero frente a San Pablo van a capar un macho. Y la herrería olía a picante (a orín y sangre) y olía a humo pegajoso (a callo socarrado) y olía a exceso dominguero (a carne con botones de fuego). El animal jadeaba y lo iban descolgando poco a poco entre espumarajos y resuellos. (Pasaba un cabrero con su hatajo y los críos cambiaban de camino: la hilera de cagarrutas se remansaba: sobre la olla caía, blanquísima, caliente, espumeante, la leche que vertían unas ubres peludas y generosas. Era un mundo fascinante en cincuenta metros: el cubero que hacía toneles, con su hoguera en medio de las duelas, y los cellos de hierro que se iban ajustando a golpes de maza y los témpanos del cierre; y el botero que empeguntaba las botanas, y el cordelero que trenzaba

la soga, y la procesión con un gancho de plata de cuando rozaban las cardinchas al bendecir los campos.)

Que si fue y que si vino, y que a estudiar, que todos sois unos pigres, y que don Vicente dice que puedes hacer más (debían ser los pichones del regalo navideño) y que sólo vais a plantar pinos para llevaros la merienda y que ya tendremos que pagar una perragorda en la cartilla (quince años después, con premio y todo, al salir de la mili, al crío de antes le dieron ochocientas pesetas). Que si fue y que si vino. (Sí, lo que se vino fue la guerra, pero no se miente la soga en casa del ahorcado.) Que si tu primo estudia en los Maristas con beca, porque ese sí que es un talento, que los curas dicen que llegará a maestro de escuela, que le dirán don y que será un hombre de provecho. (El primo no tenía ni media guantada y le daba miedo que los frailes le vieran tirar piedras y que cuando fue a la guerra volvió con diarrea para siempre. Además jugaba a las tabas como las chicas —culo, tripa, rey y verdugo— y le daba miedo la colica del abadejo porque había cabritos que sacudían con la hebilla y no con la correa.)

Había que ir a buscar lejía entre mastines bisojos. Se entraba por un carril de tierra; en un alpende, tinas borbotantes —¡no os arriméis, que escalda!— y una goma que, a chupetazos, llenaba la botella y detrás, oiga, me deja asomar, pero ¡no te bajes!, el río con la vaquería, con las cuadras —cuántas— de mulas y caballos y, al otro lado del postigo, ése sí que era sueño, bajábamos a la orilla. Bueno, bueno, a mí no me gusta, pobre gato, pero lo llevaré. Y el gato, dentro de un saco, para echarlo al río; el gato, que no comía los ratones, y luego el carbón olía en la cocina económica, y el cisco en el brasero. Pero, al oscurecer, que nadie os vea, y allí iba el gato, en el sudario de arpillera, tras los chopos del río. Los niños temblaban, de frío, de congojas, de emociones inesperadas y que se anunciaban temerosas; río abajo un bulto, sin moverse ya, perdido en las sombras incipientes. El gato. Que si habéis tardado mucho, que vaya miedo que he pasado, que si los ejercicios (como era escuela del ayuntamiento, no decían eso tan fino de los deberes). Los críos se agazapaban sobre los libros, pero los ojos se desorbitaban tras un saco, con el gato que rebullía erizando las uñas, con el maullido desesperado, con el glooo, gloo, glo, largo sobre las sucias aguas del río. El miedo era el precio de

los juegos prohibidos: junto a los chopos, almadieros navarros. Venían del Roncal y se encontraban con los que bajaban por el Aragón, hacia Tortosa. Largas tramadas urdidas con vergas, remera durísima que ordenaba la marcha, historias entreoídas en la sombra. (Sí, sabes, venía gente y no queríamos tirar el gato. Además no lo podíamos soltar, porque, ya sabes, vuelve siempre a casa. Y un gloo lúgubre, lastimero, retumbaba en los oídos y había un vidrio húmedo que arrasaba los ojos.)

Hoy buscaba mi vieja casa, con sus rollizos abuhardillados y el lucernario sobre la escalera. La reja enseñaba la torre mudéjar, esbelta, cambiante, bellísima. La torre de campanadas solemnes y amorosas. Toca a muerto, toca a fuego, toca a rebato. La torre de la infancia: es la más alta de España, ahí va éste: la más alta de Europa; anda, la más alta de mundo. Sí, la torre bellísima de campanas solemnes. ¡Callad! (Y ahora suena como un alborozo dentro del pecho, con un arrebato de palomas. Y al bandearla dando fuerte a la melena está encanada y voltea ella sola.) La vieja casa (no lo digas, pero he saltado siete escalones sin agarrarme al barandado. ¿De los primeros? No, de esos no, son muy altos y el pasamanos tiene astillas y se clavan como pinchos de tapaculos y hay que sacarlos con la punta de los alfileres). La vieja casa, con las escaleras sin bombilla, con la cuerda de la que tirábamos cuando —tan, tan, tan, tres golpes de aldabón—, cuando llamaban a casa, cuando la señora Rafaela gritaba *¡La Libertad!*, y nos regalaba un tebeo atrasado, a ti y a mí, que nunca pudimos comprarnos un tebeo. La vieja casa sobre la que una noche dispararon y a la mañana había sangre en las jambas del portal, aquel día de julio del 36 en que abrieron para que un soldado cayera muerto dentro. Y otro día —ta, ta, ta, ta— las ametralladoras de San Pablo dispararon y todos habíais bajado, menos el padre que tardaba y yo, para eso era el mayor, me quedé en el rellano esperándolo y, de pronto, se hizo de infierno y de noche al mismo tiempo, y el ruido nos enloqueció y hubo un gusto espeso y picante en los labios y los cristales caían rotos sobre aquel hombre que bajaba a abrazarse con el hijo, y se nos hundió el comedor, y todo se tiñó de chocolate desvaído, y sobre la calle —muerta— estaba la chica del 16, la sobrina de la tripicallera, con sus trenzas y todo (se me fue de los brazos cuando la bajaba al refugio). Y en el mostrador de la tienda de despojos, que ya nunca volvió a ser tienda,

quedaban unas baldosas —¿serían tan bellas como creíamos?— de un picador citando a varas, mientras el peón —izquierda arriba, derecha arrugando la capa— hostigaba el arranque del toro.

Pero no he visto el balcón donde a la hermanilla —aún tan claramente— la doblaban metida en almohadas cuando tuvo meningitis; el balcón donde me asomaba entre latín y matemáticas; el balcón abierto si la primavera anunciaba su vicio. Un día Blecua nos lo dijo en el instituto: vosotros sabéis romances viejos. Y me acordé de la hermana que ya llevaba lazos azules en los moñetes, cuando sus voces nos llegaban a lo alto de la calle estrecha: soldadito, soldadito y en sevillá a un sevillano, por los pinos de altamara, gerineldo, gerineldo. Y todas aquellas otras cosas de estaba el señor don gato, yo soy la viudita, madre que oscura noche. Todas aquellas cosas que nos ponían un nudo en la garganta o que nos abrían los ojos hacia mundos de ensueño. Porque, fíjate, en el barranco del lobo hay una fuente que mana sangre de los españoles y en sevillá ¿qué será sevillá?— a un sevillano le dio Dios una desgracia porque no tuvo ningún varón, y la linda Altamara —¿tienes una hermana que se llama Altamara? Yo, no. Se llama Pilar. Ah, ya me parecía— sí, la linda Altamara que se sube a los pinos derecha como una espada y aquel rey —¿sólo lo pueden hacer los reyes?— que tenía tres hijas y las metió en tres botijas y las tapó con pez, y...

Pero no estaba mi casa, ni mi balcón, ni el recuerdo del padre que no volvió, ni el de la madre joven, ni el de los cordones azules de la milicia, ni el primer libro que compré a Inocencio Ruiz. Había una tapia cruelmente rematada con culos de botellas rotas, como si fueran para encarcelar a estos recuerdos míos que han empezado a volar, por si quieren encerrármelos. Y en la huida no encontraba la salida, porque habían tirado aquella baldosa que en la hilarza, hacia el mercado, señalaba la dirección única: con un mozo de gorra y blusón, que llevaba un mulo, que arrastrada de un carro, que tenía colores preciosos, y que no era una flecha blanca, ni un redondel rojo, ni un triángulo amarillo. Era un hombre, sí, un hombre con su caballo y su carro. Un hombre que sabía ir a las calles que nosotros llamábamos de los broqueleros, de las armas, del portillo, de la golondrina, del sacramento, del postigo del ebro, de la tripería, de las tenerías, de los cereros, de mayoral... Sí, al doblar por la hilarza cuando se

venía de predicadores y se tocaba la esquina de nuestra casa, allí en el barrio viejo, agrícola y artesanal, con nombres de héroes populares de la independencia, con huesos romanos o de moros, con casas de ladrillos o de adobes, con balcones de hierro o ventanas de madera. Nada tenía resonancias amigas. Estabo solo ante la tapia hostil a mis recuerdos y una mujer me miraba como quien mira a un mochuelo (¿qué verá este bicho raro entre tantas enronas?) y yo sentía que unas uñas largas y enlutadas iban —ras, ras, ras— cortándome los hilos de las añoranzas. Y me había hecho de pronto, y a solas, triste, triste, como el gloo de aquel gato que se fue —apenas un bulto— con las aguas sucias del río.

INDICE

Pág.

Dedicatoria 5
El envés de la hoja 7
Instituto Goya 9
Salamanca la blanca 15
Mosen Feliciano 21
Treinta años después 31
Solemnes palabras 41
Tierra de Jauja 49
Truchas y bragas enjutas 57
Igual que un cuento de Barbey 65
Islas Afortunadas 71
Antillae jocundae 89
Nueva España 93
Hablar pura Castilla 99
En los Llanos Orientales 107
Por donde pasó la ira de Dios 117
Amazonia terca 125
Tata Simón en su cerro sombrío 131
Hijo de santo 137
Every day I've a blue 145
Aguadores, 20 151

DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA

C. S. I. C.